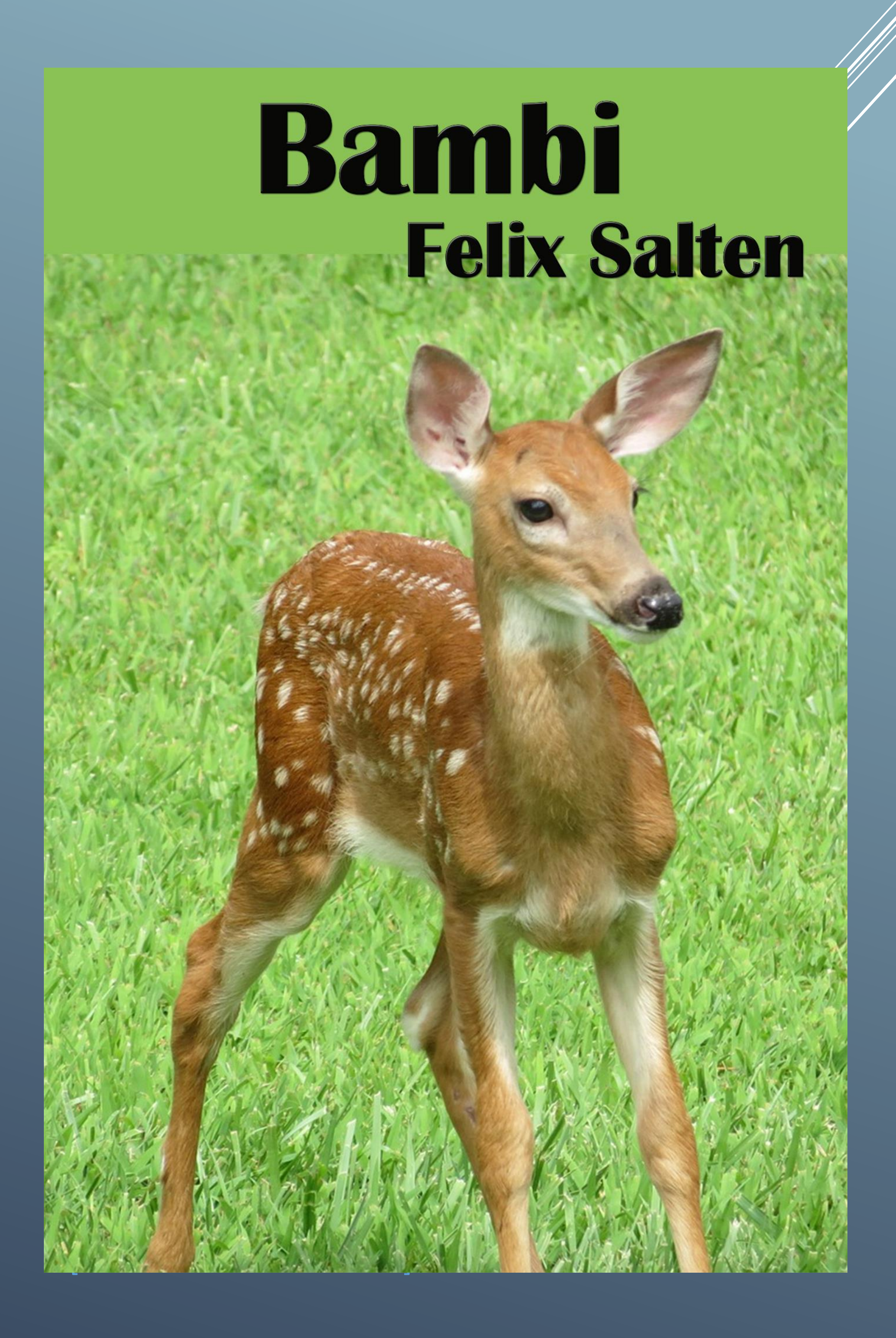
Bambi

Felix Salten



Felix Salten

Bambi

PREFACIO

Bambi es un libro encantador, no sólo para los niños, sino también para aquellos que ya no tienen la dicha de serlo. No creo que exista ningún cuento de animales que pueda compararse con este, verdadero estudio de la vida de un ciervo, que se caracteriza por lo profundo de sus observaciones y por su veracidad.

Félix Salten es un poeta. Siente intensamente la naturaleza, y ama a los animales. En general, no soy partidario del sistema de poner palabras humanas en boca de seres irracionales; teniendo en cuenta esto, el verdadero triunfo de esta obra consiste en que a través de la conversación uno descubre las verdaderas sensaciones de los que hablan. Claro y luminoso, y a veces intensamente emotivo, puede considerarse a “Bambi” como una pequeña obra maestra.

Yo leí las pruebas de galera en un viaje de París a Calais previo a la travesía del camal de la Mancha. Terminada de leer una hoja, se la pasaba a mi mujer, quien después de leerla se la daba a la mujer de mi sobrino; ésta la leía a su vez y la entregaba enseguida a su marido. De este modo, los cuatro estuvimos tres horas absortos en silenciosa lectura. Los que saben lo

desagradable que es leer galeradas, y conocen por experiencia propia lo que es la travesía del Canal, estarán corteses en afirmar conmigo que son pocos los libros que pueden soportar semejante prueba y “Bambi” es uno de ellos. Lo recomiendo muy especialmente a los deportistas.

JOHN GALSWORTHY

CAPÍTULO I

Vino al mundo en medio de la espesura, en uno de esos pequeños y escondidos claros del bosque, que aun cuando parecen estar abiertos a todos los vientos, están sin embargo abrigados por todos sus lados.

Allí había muy poco sitio; apenas el suficiente para él y su madre.

Vacilante, inseguro sobre las delgadas patitas, miraba vagamente con los ojos empañados, que en realidad no veían nada. Tenía la cabeza caída y temblaba mucho; todavía estaba completamente atolondrado.

—¡Qué hermosa criatura! —exclamó la urraca. Había llegado volando, atraída por los hondos gemidos que los dolores del alumbramiento arrancaran a la madre. La urraca se acomodó en una rama próxima.

—¡Qué hermosa criatura! —volvió a exclamar. Y aunque no obtuvo respuesta, siguió lo mismo hablando con garrulería: —Es realmente asombroso que ese pequeñuelo ya pueda mantenerse en pie y caminar. ¡Qué interesante! No he visto cosa igual en mi vida. Es cierto que todavía soy joven; he salido del nido hace apenas un año, según tú misma recordarás. Me parece realmente algo maravilloso que una criatura así, acabada de nacer, empiece ya a caminar. A esto le

llamo yo cosa notable. Pero, en fin, me parece que todo lo que hacéis vosotros, los ciervos, es siempre extraordinario. Mas, dime, ¿también puede correr?

—Ya lo creo —replicó la madre con voz débil—. Pero te pido que me disculpes, porque no estoy con ánimo para conversar. Tengo mucho que hacer... y todavía me siento un poco desfallecida.

—Por mí no te molestes —dijo la urraca—; yo tampoco dispongo de mucho tiempo. Si me

detuve fue porque esto es algo que no se ve todos los días. No sabes las complicaciones y los trabajos que esas cosas nos causan a nosotros. Nuestros hijos son incapaces de moverse cuando salen del cascarón; yacen impotentes en el nido y requieren tales cuidados que... ¡ay, cuántos cuidados! Tú no puedes tener idea de ellos, por supuesto. ¡Cuánto cuesta alimentarlos, y qué de angustias se pasan por ellos! Piensa tan sólo en el esfuerzo que significa salir en busca de alimentos para los hijos, y tener que estar, al mismo tiempo, alerta a fin de que no vaya a sucederles nada malo. Cuando no se está con ellos, quedan completamente desamparados. ¿Verdad que es como yo digo? ¡Y cuánto tiempo hay que esperar hasta que aprendan a moverse! ¡Cuánto tiempo pasa antes de que les salgan las primeras plumas y adquieran un aspecto presentable!

—Te ruego que me perdones —dijo entonces la madre—; no te escuchaba. A estas palabras la urraca levantó el vuelo.

—¡Qué persona más tonta! —se dijo—. Es simpática, pero muy tonta.

En cuanto a la madre, ni reparó en su partida. Siguió lavando diligentemente con la lengua al recién nacido, y de ese modo le prodigó, al mismo tiempo, aseo, caricias y calor.

El pequeñuelo se tambaleó un poco. Dobló ligeramente las rodillas bajo las suaves caricias que llegaban a todas las partes de su cuerpo, pero no se movió de su sitio. Su pelambre, roja, todavía un poco desaliñada, mostraba finas pintas blancas, y en su carita infantil se reflejaba todavía una expresión soñolienta.

En las proximidades del pequeño claro crecían avellanos, cornejos, ciruelos silvestres y saúcos jóvenes. Altos arces, hayas y robles formaban una techumbre verde, y de la tierra firme y de color castaño oscuro, se elevaban helechos, yeros y salvias. Pegadas al suelo se arrastraban las hojas de las violetas que ya habían florecido, y las de las fresas, que empezaban a florecer. La luz del sol se filtraba a través del tupido follaje con sus rayos de oro. Todo el bosque resonaba con múltiples voces, que en conjunto constituían una nota de intensa alegría. El tordo

lanzaba ininterrumpidos gritos de júbilo, las palomas arrullaban sin cesar, silbaban los mirlos, gorjeaban los pinzones y chirriaban los paros. En medio de tales cantos, se dejaba oír la voz pendenciera de los grajos; se burlaban de ellos las urracas, e irrumpía el cloqueo fuerte y agudo de los faisanes. De vez en cuando, el estridente grito de júbilo de un carpintero se elevaba sobre el concierto de tantas voces. La llamada del halcón se elevaba aguda y penetrante por encima de los árboles, y se dejaba oír sin reposo el coro ronco de las cornejas.

El cervatillo no entendía ni uno solo de los múltiples cantos y reclamos; ni una palabra de las conversaciones. Ni siquiera les prestaba atención. Tampoco percibía aún ninguno de los olores característicos del bosque. Sólo tenía conciencia de las lamidas que acariciaban su pelambre mientras le lavaban, proporcionándole al mismo tiempo caricias y calor. Su olfato sólo era sensible al suave olor del cuerpo de la madre. Animándose, recorrió hambriento el cuerpo que le protegía y calentaba, hasta hallar la fuente de su sustento.

Mientras el pequeño mamaba, la madre continuaba acariciándolo.

—Bambi —susurraba—. Y erguía la cabeza a cada momento para escuchar y tomar el viento. Luego volvía a besar a su hijo, tranquila y feliz.

—Bambi —repetía—; mi pequeño Bambi...

CAPÍTULO II

En los comienzos del verano, los árboles permanecían inmóviles bajo el cielo azul, con las ramas tendidas, recibiendo la energía que el sol derramaba sobre ellos. En las maas y arbustos se abrían flores como estrellitas, de color blanco, encarnado y amarillo. Algunas plantas mostraban ya innumerables brotes en la punta de las ramas, firmes y vigorosos, que parecían pequeños puños cerrados. Del suelo brotaban verdaderos macizos de flores, como abigarradas estrellas, de modo que la tierra oscura del bosque resplandecía de colores vivos que ponían una nota de alegría en el ambiente. Por doquier olía a pasto tierno, a flores, a tierra mojada y madera verde. Cuando despuntaba el alba o cuando se ponía el sol, resonaban en el bosque entero mil voces; y desde el amanecer hasta la tarde zumbaban las abejas y las avispas, llenando el aire fragante y sereno con su ruidoso murmullo. Ese fue el ambiente en que Bambi pasó su primera infancia.

Trotaba en pos de su madre por un estrecho sendero que atravesaba el centro de la espesura.

¡Cuan agradable era andar por ahí! El tupido follaje acariciaba dulcemente sus flancos y se ladeaba con suavidad a su paso. El camino parecía cerrado por

todas partes; sin embargo, podían recorrerlo sin inconvenientes. En el bosque había muchos caminos como ése, y por ellos podía recorrerse la espesura en todas direcciones. La madre los conocía todos. A veces, cuando Bambi se detenía frente a unas matas como ante una impenetrable pared verde, ella encontraba siempre y sin titubear el punto por donde el paso estaba abierto.

Bambi formulaba preguntas. Gustaba interrogar a su madre. No había para él diversión más entretenida que preguntar continuamente y escuchar con atención las respuestas que su madre le daba. El pequeño no se asombraba de que las preguntas acudiesen a su mente de una manera continua y sin esfuerzo; lo encontraba perfectamente natural. Más aún, le encantaba sobremanera. Resultaba muy divertido, asimismo, esperar ansiosamente la respuesta. Si ésta era tal como él mismo la imaginara, quedaba satisfecho. Es verdad que a menudo no las comprendía; pero eso también lo encontraba encantador, porque le permitía interpretar a su gusto lo que no había entendido. Había oportunidades en que tenía la seguridad de que su madre no le daba una respuesta completa, callando de propósito todo lo que sabía al respecto. Y hasta eso, al principio le resultó grato, porque así quedaba presa de una vivísima curiosidad; y se sentía invadido de tales barruntos que

experimentaba a la vez ansiedad y contento; y, como consecuencia de tan opuestas emociones, terminaba por quedarse mudo, absorto.

Una vez preguntó:

—¿De quién es esta senda, mamá? La madre repuso:

—Nuestra.

Él preguntó entonces:

—¿Tuya y mía?

—Sí.

—¿De nosotros dos?

—Sí.

—¿De nosotros dos solos?

—No —dijo la madre—; es de todos los ciervos.

—¿Qué son los ciervos? —preguntó Bambi, y rió. La madre le miró de pies a cabeza y rió también.

—Tú eres un ciervo, y también lo soy yo. Los dos somos ciervos —agregó—. ¿Entiendes? Bambi dio un salto de alegría.

—Sí, comprendo —dijo—. Yo soy un ciervo pequeño, y tú una cierva grande. La madre asintió.

—Eso mismo.

Pero Bambi volvió a ponerse serio.

—¿Existen otros ciervos, además de ti y de mí? —preguntó.

—Ciertamente. Hay muchos además de nosotros dos.

—¿Y dónde están?

—Aquí, en todas partes.

—Pero yo nos los veo.

—Los verás pronto —aseguró ella.

—¿Cuándo? —preguntó Bambi, quedándose tieso de curiosidad.

—Pronto.

La madre siguió caminando tranquilamente. Bambi la siguió. Se había quedado mudo, preguntándose qué podía significar "pronto". Y llegó a la conclusión de que "pronto" no era lo mismo que "ahora". Pero en cambio no estaba seguro de cuándo "pronto" dejaría de ser lo que era para empezar a ser "hace mucho tiempo". Luego preguntó:

—¿Quién hizo este sendero?

—Nosotros —repuso la madre. El hijo la miró sorprendido.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo? La madre dijo:

—Quiero decir nosotros, los ciervos. Él insistió:

—¿Qué ciervos?

—Todos los ciervos —replicó ella, un tanto fastidiada. Siguieron caminando. Bambi se sentía lleno de alegría y experimentaba el deseo de salir a saltos del sendero; pero se contuvo y siguió junto a la madre. De pronto vieron que, delante de ellos, se movía algo. Alguien avanzaba con movimientos bruscos; alguien a quien oculta la fronda de helechos y lechugas silvestres. Una voz débil, un hilito de voz hendió el aire; enseguida volvió a reinar el silencio. Hubo un sacudimiento entre las hojas de las plantas pequeñas y entre el pasto. Un hurón acababa de dar caza a un ratón. Avanzando a hurtadillas, se agazapó a un lado disponiéndose a devorar su presa.

—¿Y eso... qué fue? —preguntó Bambi.

—Nada —le tranquilizó la madre.

—Pero... —insistió Bambi, trémulo—; sin embarga... yo vi...

—Bueno, bueno —dijo la madre—. No te asustes. El hurón acaba de matar a un ratón. Bambi estaba terriblemente asustado. Un terror desconocido e inmenso le oprimía el

corazón. Pasó tiempo antes de que pudiese volver a hablar. Y entonces preguntó:

—¿Por qué lo mató?

—Porque... —dijo la madre, titubeando—. Caminemos más ligero —agregó, como si acabara de ocurrírsele algo y hubiese olvidado la pregunta de su hijo. Apresuró el paso, y Bambi la siguió alargando el suyo.

Siguió una larga pausa. Ahora estaban caminando lentamente, como al principio.

Finalmente, Bambi preguntó con ansiedad:

—¿Mataremos nosotros también un ratón alguna vez?

—No —replicó la madre.

—¿Nunca? —preguntó él.

—Nunca.

—¿Por qué no? —preguntó Bambi, aliviado.

—Porque nosotros no matamos nunca —dijo sencillamente la madre. Bambi volvió a ponerse contento.

De un joven fresno que se levantaba junto al sendero, salían fuertes gritos. La madre prosiguió la marcha sin prestar atención; pero Bambi se detuvo, curioso. Dos grajos se disputaban allá arriba, entre las ramas, un nido que habían robado.

—¡Largo de aquí, asesino! —gritó el uno.

—Vamos, vamos, no te sulfures —replicó el otro—. No te tengo miedo. El primero se exasperó.

—¡Búscate tú mismo tus nidos, ladrón! ¡O te romperé la cabeza! Fuera de sí, rugió:

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia! El otro había notado la presencia de Bambi, y voló a una rama más baja para decirle:

—¿Qué miras tú con la boca abierta, mamarracho? ¡Largo de aquí!

Amedrentado, Bambi echó a correr, alcanzó a su madre, y acomodó el paso al de ella, temeroso y azorado; creía que su madre no se había percatado de su ausencia. Tras una pausa, preguntó:

—Madre, ¿qué es una infamia?

—No sé —repuso la madre.

El cervatillo inflexionó un momento e insistió de nuevo:

—Mamá, ¿por qué estaban enojados esos dos?

—Disputaban por cuestión de la comida —contestó ella.

—¿Disputaremos nosotros alguna vez por esa misma causa?

—No —aseveró la madre. Bambi prosiguió:

—¿Por qué no?

—Porque siempre hay comida suficiente para nosotros —replicó la madre. Bambi quiso saber algo más.

—Mamá... —empezó.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Nos enfadaremos alguna vez tú y yo?

—No, hijo mío —declaró la cierva—; entre nosotros eso no ocurrirá nunca.

Prosiguieron su camino. De repente apareció, hacia el frente, una claridad brillante. Allí terminaba la maraña verde y frondosa, y también el camino. Unos pocos pasos más, y saldrían al espacio luminoso que se abría frente a ellos. Bambi quiso seguir avanzando a saltos, mas se detuvo al ver a su madre inmóvil.

—¿Qué es eso? —gritó impaciente el pequeño, completamente deslumbrado.

—El prado —contestó la madre.

—¿Y qué es un prado?—insistió Bambi.

—Ya lo verás tú mismo. Ahora la madre estaba seria, vigilante. Permaneció inmóvil, levantó la cabeza, escuchó con atención, tomó el viento, aspirando fuertemente. Su semblante estaba lleno de gravedad.

—Está bien —dijo por fin—; ya podemos salir. Bambi dio un salto adelante, pero ella le

cerró el paso.

—Tú esperarás hasta que yo te llame. Bambi se detuvo, obediente.

—Así, muy bien —le ponderó la madre—. Y ahora, acuérdate bien de lo que voy a decirte. El hijo notó la gravedad con que hablaba la cierva, y prestó atención, intrigado, para oír

bien lo que iba a decirle.

—No es tan fácil salir al prado —continuó la madre—; es una empresa grave y peligrosa. No pregunte» por que. Más tarde lo sabrás. Por ahora debes obedecer exactamente las indicaciones que te daré. ¿Comprendes?

—Sí —prometió Bambi.

—Pues bien. Por lo pronto saldré yo sola. Quédate aquí y espera. Y mírame siempre. No apartes la vista ni un instante de mí. Si ves que vuelvo corriendo otra vez aquí, da vuelta al momento y aprieta a correr lo más rápidamente que puedas. Yo te alcanzaré.

Calló, pareció reflexionar, y prosiguió luego con entonación grave:

—De todos modos, corre, corre a todo lo que den tus patas... Aun en el caso de que me sucediese algo, corre... Aunque vieras que yo..., que yo caigo al suelo..., no te fijes en mí,

¿comprendes?... Veas lo que vieres, oigas lo que oyeres, corre siempre hacia adelante y todo lo más velozmente que puedas... ¿Me prometes hacer eso?

—Sí —afirmó Bambi en voz baja, impresionado por la gravedad de tu madre.

—Mas, si te llamo —agregó ella—, puedes venir. Puedes jugar afuera, en el prado. Es muy hermoso. Te gustará mucho. Sólo que... Esto también tiene» que prometérmelo: a mi primer llamada debes estar a mi lado. ¡Sin falta! ¿Me oyes?

—Sí —prometió él, en voz más baja aún. Y ella agregó: —Una vez allí, cuando te llame..., nada de distraerte; nada de perder tiempo en preguntas: corre detrás de mí como el mismo viento, sin pensar, sin titubear. No bien yo comience a correr será cuestión de apretar el paso y no volver a detenerse hasta que estemos otra vez aquí, dentro del bosque. ¿No lo olvidarás?

—No —aseguró el pequeño, cohibido.

—Entonces, saldré —resolvió la madre recobrando la tranquilidad. Y salió.

Bambi, que no apartaba la mirada de ella, la vio avanzar lenta, cautelosamente. Permaneció en su lugar lleno de expectativa, de miedo y de curiosidad. Vio que su madre escuchaba en todas direcciones; la vio estremecerse y se estremeció él, dispuesto a volverse

y saltar hacia la espesura. Pero al instante ella recobró la calma. Finalmente volvió la cabeza y dijo:

—Ven.

Bambi salió de un brinco. Una alegría inmensa le embargó con fuerza tan maravillosa que olvidó en el acto su zozobra. Dentro de la espesura sólo había visto las copas verdes de los árboles sobre su cabeza, y sólo de vez en cuando había vislumbrado el azul del cielo. Ahora veía todo el cielo, que se extendía bastante más allá de donde alcanzaba la vista. Esto le hizo sentirse regocijado, sin saber por qué. En el bosque sólo había visto el rayo del sol, o el tenue haz de luz que jugueteaba entre las ramas. Ahora se encontraba de repente bajo el sol ardiente y enceguecedor, cuya majestuosa grandeza le causó una gran emoción; al mismo tiempo que le obligaba a cerrar los ojos, el astro rey le abría el corazón, penetrándole con su grandeza. Bambi se sentía como hechizado; estaba completamente fuera de sí de placer, loco de contento. Saltaba torpemente, sin apartarse del lugar, tres, cuatro, cinco veces. No podía menos que hacerlo; era un imperativo. Algo que le forzaba a brincar de ese modo. Sus miembros jóvenes se estiraban con energía, su respiración era profunda y fácil; y al aspirar el aire perfumado de la pradera, su contento llegaba a tal extremo que volvía a saltar para dar rienda suelta al mismo. Si hubiese sido una criatura

humana, habría gritado de júbilo. Pero era un cervatillo, y los ciervos no saben gritar; al menos, no saben hacerlo en la forma que lo hacen los niños. Manifestaba su alborozo, pues, a su manera, moviendo las patas, el cuerpo todo, lanzándose al aire. Su madre estaba junto a él, feliz de verle así. Veía que Bambi estaba contentísimo. Le vio dar grandes saltos, caer torpemente, siempre en el mismo sitio, mirar sorprendido y embriagado, y al instante saltar de nuevo una y otra vez. Comprendió que su hijo sólo conocía las angostas sendas de los ciervos en el bosque, que en los pocos días de su existencia se había acostumbrado a la estrechez de la espesura, y que no se movía del lugar porque aún no sabía correr libremente por la extensa pradera.

Así, la cierva estiró las patas delanteras, sonrió a Bambi, dio un respingo y empezó a correr describiendo círculos, tan velozmente, que el alto pastizal parecía zumbar. Bambi, asustado, se quedó inmóvil. ¿Era ésa la señal de que debía regresar al bosque? “No te preocupes por mí —le había dicho—; veas lo que vieres, oigas lo que oyeres, tú aprieta a correr lo más velozmente que puedas”. Quiso volverse y huir, según se le había ordenado. Pero entonces la madre se acercó al galope, se detuvo bruscamente a dos pasos de él, se inclinó cariñosamente sobre la cabeza del hijo, y dijo vivamente:

—¡A ver, alcánzame! —Y volvió a alejarse veloz como el rayo.

Bambi permaneció inmóvil, perplejo. ¿Que significaba eso? La madre volvió, siempre a la carrera y con una velocidad que confundía al pequeño; y dándole con el hocico en el costado, insistió:

—¡Vamos, vamos! ¡A ver si eres capaz de alcanzarme! Y se alejó nuevamente, siempre a

toda velocidad. Bambi se dispuso entonces a seguirla. Primero dio unos pocos pasos; pero enseguida esos pasos se convirtieron en saltos. Y ahora se sentía como si estuviese volando, sin hacer el menor esfuerzo. Bajo sus patas había mucho espacio libre; parecía realmente suspendido en el aire. El cervatillo estaba fuera de sí de alegría. El zumbido del pasto sonaba a deliciosa música en sus oídos. Al rozar sus flancos, era maravillosamente suave, como la seda.

Así corriendo, describió un círculo. Dio media vuelta y emprendió a la carrera otro nuevo; y después otro, y otro, siempre corriendo a saltos, loco de contento. La madre se había detenido hacía un instante para recobrar el aliento. Mientras descansaba, no perdía de vista a Bambi, quien seguía, corriendo alocadamente.

Por fin el pequeño dejó de correr.. Moviendo graciosamente las patas se acercó a la madre y la miró con expresión jubilosa. Entonces se alejaron juntos,

llenos de satisfacción. Desde que saliera al prado, Bambi gozaba infinitamente viendo el cielo, el sol y el amplio espacio verde. Todo su cuerpo parecía vibrar de emoción ante tanta belleza. deslumbrado, trató de mirar al sol cuyos rayos le acariciaban el lomo.

Ahora disfrutaba de la magnificencia de la pradera también con los ojos, que a cada paso

experimentaban la sorpresa de nuevas maravillas. Allí no se veía la tierra, como en el bosque; el pasto crecía apretujado, cubriéndola enteramente. El pastizal todo se mecía en movimientos ondulantes; la hierba se inclinaba suavemente bajo las pisadas, para volver a erguirse sin experimentar el menor daño. La dilatada pradera verde estaba estrellada de blancas margaritas, flores de trébol de color rojo y púrpura, redondas, y botones de diente de león, de un dorado muy vivo.

—¡Mira, mira, mamá! —exclamó de pronto Bambi—. ¡Una flor volando!

—No es una flor —explicó la madre—; es una mariposa. Bambi siguió con la vista, encantado, a la mariposa que salió velozmente de entre la hierba y ahora volaba describiendo círculos, en una especie de atolondramiento. Enseguida vio que eran muchas las mariposas que volaban por el prado. Daban la impresión de tener mucha prisa, y sin embargo

avanzaban con lentitud, revoloteando de arriba para abajo, en una especie de juego que le deleitaba.

Realmente parecían verdaderas flores voladoras que se habían librado de su respectivo

pedúnculo para bailar un poquito. También daban la impresión de flores que a la puesta del sol se recogían para descansar; mas no teniendo un sitio fijo donde cobijarse, tenían que buscarlo; y así, desaparecían como si acabaran de encontrarlo; pero volvían a aparecer enseguida volando bajo para ir elevándose poco a poco, buscando cada vez más lejos, como si todos los buenos lugares hubiesen sido ocupados ya.

Bambi las miraba a todas. Y hubiera querido poder fijarse en una de cerca. Hubiera deseado estar viendo constantemente aparecer una ante su vista. El aire estaba lleno de mariposas.

Cuando volvió a mirar hacia el suelo, se sintió deleitado viendo una gran multitud de seres vivientes agitándose debajo de sus patas. Eran unos seres pequeñitos que corrían y saltaban en todas direcciones. En un momento veía un grupo numeroso, y en el siguiente había desaparecido por debajo del pasto.

—¿Y esto? —preguntó—. ¿Qué son, mamá?

—Son hormigas —repuso su madre.

—¡Mira! —exclamó Bambi—. ¡Mira ese montoncito de pasto saltando! ¡Y qué alto lo hace!

—Eso no es pasto —le explicó ella—; es un simpático saltamontes.

—¿Y por qué salta de ese modo?

—Porque nosotros caminamos por aquí y tiene miedo de que le pisemos.

—¡Oh! —dijo Bambi volviéndose al saltamontes, que estaba sentado sobre una margarita—

. Oh —repitió, y añadió cortésmente—: no tienes nada que temer; nosotros no te haremos ningún daño.

—No tengo miedo —replicó el saltamontes con voz temblorosa—. Sólo me asusté por un momento, cuando estaba hablando con mi mujer.

—Perdónanos entonces que te hayamos molestado —dijo Bambi tímidamente.

—No es nada —contestó el saltamontes siempre con voz temblona—. Tratándose de vosotros no hay cuidado. Pero uno no sabe quién puede presentarse en el momento menos pensado, y por eso mismo hay que estar alerta.

—Esta es la primera vez en mi vida que visito el prado —explicó Bambi—; me trajo mi madre...

El saltamontes estaba ahora con la cabeza inclinada hacia adelante, como si fuese a topar. Puso cara seria y murmuró:

—Eso a mi no me interesa en absoluto. Yo no tengo tiempo para estarme aquí charlando contigo. Tengo que ir a buscar a mi mujer. ¡Hopp! —agregó, y dio un salto.

—¡Hopp! —repitió Bambi, sorprendido ante el enorme salto con que el saltamontes se perdió de vista. Enseguida corrió hacia donde estaba su madre.

—Mamá —le dijo— estuve hablando con él.

—¿Con quién? —preguntó la madre.

—Con el saltamontes. Hablé con él. Se mostró muy amable conmigo. Me gustó mucho; es maravilloso, muy verde, y se puede ver a través de sus costados. Parecen hojas, pero no deben de serlo porque no se puede ver a través de las hojas.

—Esas son sus alas —dijo la madre.

—Oh —prosiguió Bambi—, y su cara es muy seria e inteligente. Con todo, a pesar de su seriedad, se mostró amable conmigo. ¡Y cómo salta! "¡Hopp!", dijo; y brincó tan alto que ya no le volví a ver.

Madre e hijo siguieron caminando. La conversación con el saltamontes había excitado y cansado un poco a Bambi, pues ésa era la primera vez que hablaba con un desconocido. Ahora sentía hambre, por lo que se apretó a su madre para mamar.

Después permaneció inmóvil, mirando ensoñadoramente hacia el espacio en una especie de

gozoso éxtasis que siempre se posesionaba de él después de haber recibido el alimento. De pronto vio a una hermosa flor moviéndose en el enmarañado pastizal. Bambi la miró más de cerca. No; no era una flor, sino una mariposa. Bambi se le acercó casi arrastrándose.

La mariposa estaba apoyada sobre una brizna de hierba y movía las alas lentamente.

—Por favor, quédate quieta —le dijo Bambi.

—¿Y por qué he de estarme quieta? Yo soy una mariposa —repuso el insecto, sorprendido.

—Oh, por favor, quédate quieta tan sólo un momento —rogó Bambi—. Tengo grandes deseos de verte de cerca. Por favor...

—Bueno —dijo la mariposa—, lo haré por ti; pero no me estaré quieta mucho tiempo, ¿eh?

Bambi se acercó más y la miró de frente.

—¡Qué hermosa eres! —exclamó fascinado— ¡Qué maravillosamente hermosa, como una flor!

—¿Cómo? —preguntó la mariposa, agitando las alas—. ¿Dijiste como una flor? Pues en mi ambiente se da por sabido que nosotras somos más hermosas que las flores.

Bambi se sintió confundido.

—Oh, sí —tartamudeó—; mucho más hermosas; excúsame, yo sólo quise decir...

—Sea lo que fuere lo que quisiste decir, a mí me da lo mismo —repuso la mariposa. Y arqueó el delgado cuerpo con afectación, jugando con sus delicadas antenas. Bambi la miró encantado.

—¡Qué elegante eres! —agregó—. ¡Qué elegante y delicada! ¡Y qué espléndidas y blancas son tus alas!

La mariposa extendió las alas bien amplias y después las irguió y las juntó hasta que parecieron la vela de un barco.

—Oh —prosiguió Bambi—, estoy seguro de que eres más hermosa que las flores. Además, tú puedes volar y las flores no, porque están unidas a su pedúnculo; por eso.

La mariposa extendió nuevamente las alas.

—El hecho de que puedo volar —dijo— es más que suficiente para demostrar mi superioridad sobre las flores.

Y con estas palabras se remontó tan velozmente, que Bambi apenas pudo seguirla con la mirada. Moviendo las alas con gracia y elegancia se lanzó al espacio bañado de sol. Y volviendo para estar suspendida un instante frente a Bambi, le dijo:

—Sólo estuve inmóvil durante tanto tiempo por ti. Ahora me voy. Así fue cómo Bambi

pasó su primer día en el prado.

CAPÍTULO III

En el corazón del bosque había un pequeño claro que pertenecía a la madre de Bambi. Se hallaba sólo a unos pocos pasos del estrecho sendero de que se servían ella y todos los de su especie para recorrer la floresta. Nadie que no conociese el pequeño pasadizo que conducía al mismo a través de la espesura, podría haber descubierto jamás su refugio.

Ese claro era muy estrecho; tan estrecho que sólo había lugar para la cierva y su hijo; y tan bajo, que cuando la madre se incorporaba, la cabeza quedaba oculta entre el ramaje. Los avellanos, tojos y cornejos crecían enmarañados los unos con los otros, de tal manera que interceptaban la poca luz del sol que podía pasar a través de las copas de los árboles, que de este modo nunca llegaba a alumbrar el suelo. Bambi había venido al mundo en ese claro. Era de su madre y suyo.

Ahora la madre yacía dormida en el suelo. Bambi también había dormitado un poco. Súbitamente, se despertó, se incorporó y miró a su alrededor.

Allí la penumbra era tan intensa que le faltaba poco para ser oscuridad absoluta. De la espesura llegaban hasta él suaves susurros. Los pájaros piaban intermitentemente. De vez en cuando se oía el claro martilleo del pájaro carpintero o el lúgubre llamado de

una corneja. El bosque estaba sumido en una profunda quietud que abarcaba todos los ámbitos. Sin embargo, si se prestaba atención, podía percibirse en el aire una especie de chirrido en esa hora calurosa del mediodía. Era un sonido que producía una impresión soporífica, agradable.

Bambi miró a su madre y le preguntó:

—¿Estás durmiendo?

No, ella no dormía. Se había despertado en el preciso instante en que Bambi se incorporó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó él.

—Nada —repuso la madre—. Vamos a quedarnos aquí mismo. Recuéstate como un cervatillo bueno y duérmete. Pero Bambi no sentía deseos de dormir.

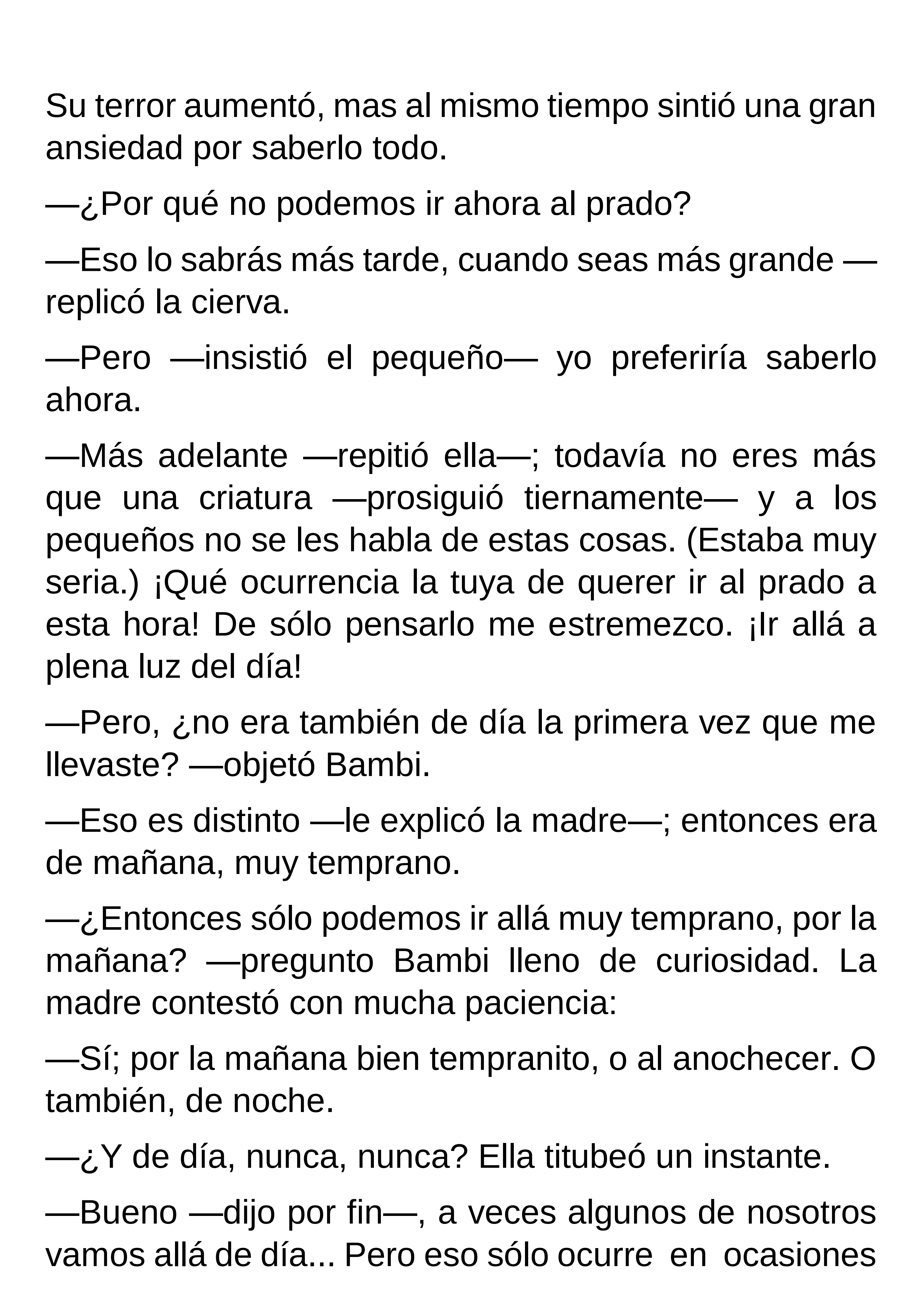
—Ven —suplicó—, vámonos al prado. La madre levantó la cabeza.

—¿Ir al prado, dices? ¿Quieres ir al prado ahora? Su voz estaba tan llena de asombro y terror que Bambi Se asustó mucho.

—¿No podemos ir al prado? —preguntó tímidamente.

—No —replicó ella con tono que no admitía réplica—. No se puede ir ahora.

—¿Por qué? —preguntó él, dándose cuenta que las palabras de su madre encerraban un misterio.



Su terror aumentó, mas al mismo tiempo sintió una gran ansiedad por saberlo todo.

—¿Por qué no podemos ir ahora al prado?

—Eso lo sabrás más tarde, cuando seas más grande — replicó la cierva.

—Pero —insistió el pequeño— yo preferiría saberlo ahora.

—Más adelante —repitió ella—; todavía no eres más que una criatura —prosiguió tiernamente— y a los pequeños no se les habla de estas cosas. (Estaba muy seria.) ¡Qué ocurrencia la tuya de querer ir al prado a esta hora! De sólo pensarlo me estremezco. ¡Ir allá a plena luz del día!

—Pero, ¿no era también de día la primera vez que me llevaste? —objetó Bambi.

—Eso es distinto —le explicó la madre—; entonces era de mañana, muy temprano.

—¿Entonces sólo podemos ir allá muy temprano, por la mañana? —pregunto Bambi lleno de curiosidad. La madre contestó con mucha paciencia:

—Sí; por la mañana bien tempranito, o al anochecer. O también, de noche.

—¿Y de día, nunca, nunca? Ella titubeó un instante.

—Bueno —dijo por fin—, a veces algunos de nosotros vamos allá de día... Pero eso sólo ocurre en ocasiones

muy especiales... No puedo explicarte esto aún; eres demasiado pequeño... Algunos de nosotros vamos allá... Pero haciéndolo nos exponemos al mayor de los peligros.

—¿Qué clase de peligro? —preguntó el cervatillo, que escuchaba atentamente a su madre. Pero ella no quiso proseguir la conversación.

—Bástate con saber que corremos peligro, hijito. Tú no puedes comprender todavía esas cosas.

Bambi pensó que él podía comprenderlo todo, excepto la razón por la cual su madre se negaba a decirle la verdad. Sin embargo, permaneció callado.

—Eso es lo que la vida significa para nosotros —agregó la cierva—. Aunque todos amamos la claridad del día, especialmente cuando somos jóvenes, tenemos que estarnos quietos y escondidos durante las horas de sol. Sólo podemos salir desde el crepúsculo de la tarde hasta el amanecer. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Bambi.

—Así, hijo mío, tenemos que quedarnos donde estamos. Aquí estamos seguros. Ahora, vuelve a acostarte y duerme. Pero Bambi no quería acostarse.

—¿Por qué estamos seguros aquí? —quiso saber.

—Porque la espesura nos protege —contestó ella—. Las ramas, las hojas y las ramitas secas chasquean, restallan y crepitan, dándonos de ese modo aviso de un posible peligro. En cuanto a las hojas muertas del año pasado, crujen en el suelo para prevenirnos; y los grajos y las urracas mantienen la vigilancia de manera que podemos saber cuándo se acerca alguien, aunque se encuentre lejos de nosotros.

—¿Qué son las hojas muertas del año pasado? —preguntó el pequeño.

—Ven a acostarte a mi lado —dijo la madre— y te lo explicaré.

Bambi se tendió confortablemente, apretándose a la madre. Y ella le dijo entonces cómo los árboles no están siempre verdes, y cómo el sol y el agradable calor desaparecen. Cómo después viene el frío, la helada pone amarillas, pardas y rojas a las hojas, que caen enseguida desprendiéndose de las ramas, de manera que árboles y plantas quedan desnudos, alzando el ramaje pelado hacia el cielo cual brazos que expresan una muda desesperación. Cómo, en fin, las hojas secas permanecen en el suelo, y cómo crujen cuando un pie se posa sobre ellas, avisando de esa manera que se acerca alguien. ¡Oh, qué buenas son las hojas muertas! Ellas cumplen con su deber a la perfección, alertas, vigilantes. Aun en pleno verano suele haber muchas de ellas ocultas debajo de la nueva

mezcla. Y previenen siempre de la proximidad de algún peligro.

Bambi se apretó aún más contra su madre. Era tan agradable estar allí acostado, escuchando lo que ella le decía.

Cuando la cierva dejó de hablar él se puso a pensar. Reflexionaba que era gran bondad de las hojas viejas el mantener esa guardia, a pesar de estar muertas, congeladas, y a pesar de haber sufrido tanto. Luego pensó en qué consistiría el peligro del cual su madre estaba hablando siempre. Pero el mucho pensar le fatigó. A su alrededor todo estaba tranquilo. Sólo se percibía el susurro del aire cálido. Finalmente se quedó dormido.

CAPÍTULO IV

Una tarde Bambi volvió de paseo a la pradera con su madre. Ya creía conocer todo lo que allí había para ver u oír. La verdad era que no sabía tanto como creía.

Esta vez fue exactamente como la primera: jugueteó con su madre, corrió describiendo círculos; y el espacio abierto, el cielo profundo y el aire fresco le embriagaron de tal manera que se puso loco de júbilo. Al cabo de un instante notó que su madre estaba inmóvil. El pequeño se detuvo en medio de un salto de manera tan brusca que cayó con las cuatro patas abiertas, muy separadas. Para recuperar el equilibrio dio un nuevo salto en el aire y luego permaneció erguido, tieso. Su madre parecía estar de conversación con alguien a quien él no alcanzaba a distinguir a través del alto pastizal. Bambi se irguió curioso, tratando de ver mejor.

Cerca de su madre se veían mover dos orejas largas que emergían de la maraña. Eran unas

orejas de un color pardo grisáceo, con un bonito dibujo consistente en unas rayas negras. Bambi se detuvo, pero su madre le dijo:

—Acércate. Ésta es nuestra amiga, la liebre. Ven aquí; sé buenito, deja que nuestra amiga te

vea.

Bambi se acercó. La liebre estaba allí tranquilamente sentada; su cara era la de una persona honesta y buena. Por momentos sus enormes orejas acucharadas se erguían vivamente; y enseguida se dejaban caer con blandura, como si hubiesen perdido las fuerzas. Bambi observó con desconfianza los bigotes que la liebre tenía a ambos lados de la boca, tiesos y largos. Mas echó de ver al mismo tiempo que tenía una cara inofensiva, de expresión bondadosa, y que sus ojos redondos y grandes miraban con timidez todo lo que la rodeaba. Sí; la liebre parecía una persona de buenas disposiciones. Las dudas de Bambi se desvanecieron inmediatamente. Pero, cosa extraña, al mismo tiempo le perdió todo el respeto que le inspirara en el primer momento.

—Buenas noches, jovencito —le saludó la liebre con estudiada cortesía.

Bambi le contestó con una simple inclinación de cabeza. No sabía por qué; pero la verdad es que por todo saludo le salió apenas una inclinación de cabeza. Su actitud para con ella era amistosa, cortés, pero al mismo tiempo un tanto condescendiente. No podía evitarlo. Acaso había nacido así...

—¡Qué principillo más encantador! —dijo la liebre a la madre de Bambi.

Y miró atentamente al pequeño, levantando primero una, después la otra, y a continuación las dos orejas juntas, para dejarlas caer enseguida, cosa que desagradó a Bambi. El movimiento de esas orejas parecía querer decir: “Este pequeño no vale la pena de que uno se tome la molestia de mirarle.”

Mientras tanto, la liebre seguía estudiándole con sus ojos grandes y redondos. Su nariz y su boca con los hermosos bigotes se movían incesantemente, con los mismos movimientos que hace un hombre cuando contrae la nariz y los labios para reprimir un estornudo. Bambi no pudo contener la risa.

Ella rió también, pero sus ojos adquirieron una expresión más reflexiva.

—La felicito —dijo a la cierva—. La felicito sinceramente por el hijo que tiene. Ciertamente, se convertirá en un espléndido príncipe con el tiempo. Eso salta a la vista.

Con profunda sorpresa por parte de Bambi, la liebre se sentó sobre las dos patas traseras, y

después de atisbar los alrededores, con las orejas muy erguidas y moviendo constantemente el hocico, volvió a sostenerse sobre las cuatro patas.

—Y ahora —dijo— si queréis ser tan buenos y excusarme, yo me iré, pues tengo muchas cosas que hacer esta noche...

Con estas palabras volvió la espalda y se alejó echando las orejas hacia atrás, de manera

que casi le tocaban los hombros.

—Buenas noches —saludó Bambi. La madre sonrió.

—La buena liebre —dijo—. Es muy delicada y prudente. La pobre no tiene, por cierto, una vida fácil en este mundo. En su voz se notaba una profunda simpatía.

Bambi se paseó por las proximidades, alejándose un poco de la madre, que estaba

comiendo. Sentía deseos de encontrarse con su amigo el saltamontes, y quería además hacer nuevas amistades. Sin saber a ciencia cierta lo que deseaba, sentía, sin embargo, cierta expectación. Súbitamente oyó a cierta distancia un susurro, y al mismo tiempo el ruido de unas pisadas suaves y rápidas sobre el terreno. Miró hacia adelante. Viniendo de la proximidad del lindero del bosque, alguien se acercaba deslizándose entre el pasto. ¿Sería algún ser viviente? Pero... no; parecía que se trataba de dos y no de un solo animal. Bambi dirigió una rápida mirada a su madre, pero ésta no prestaba atención a nada y tenía la cabeza metida entre la hierba. Mientras tanto, los dos animales desconocidos se habían puesto a jugar describiendo círculos a la carrera, exactamente como hicieran su madre y él. Bambi estaba tan excitado que

dio un salto atrás como si tuviese intención de huir. Entonces la madre se dio cuenta y levantó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Pero el pobrecillo estaba mudo de puro asustado. No podía dominar la lengua, y sólo al cabo de unos minutos pudo tartamudear:

—Mira... hacia allá... Ella miró:

—Ah, ya veo —dijo—; ésa es mi prima; y con toda seguridad que ella ya tiene un hijito, como yo. ¡Pero, no; veo que tiene dos!

Al principio la madre había hablado con alegría; pero ahora estaba seria.

—¡Pensar que Ena tiene dos hijos —murmuró—; dos hijos!...

Bambi se quedó mirando a través de la pradera. Y vio a un animal que se parecía extraordinariamente a su madre. Era la primera vez que lo veía. También observó que los círculos que se describían alrededor de la cierva a quien su madre llamaba Ena, eran dos; y que por momentos se alcanzaban a distinguir dos lomos de pelaje rojizo, que al girar formaban dos circunferencias rojas sobre el verde prado.

—Ven —dijo la madre—; acerquémonos. Los hijos de Ena te harán compañía.

Bambi habría preferido ir corriendo, pero como su madre avanzó mirando a derecha e izquierda a cada paso, se contuvo. Sin embargo, estaba ardiendo de curiosidad e impaciencia.

—Yo sabía que alguna vez íbamos a encontramos con Ena —prosiguió diciendo la madre mientras avanzaba—. ¿Dónde habrá estado metida durante todo este tiempo? Estaba segura, además, de que la iba a encontrar madre de un hijo; eso no era difícil de profetizar. ¡Pero encontrarla con dos!...

Por fin los de la otra partida les vieron y salieron a su encuentro. Bambi tuvo que saludar a su tía; pero lo hizo con la mente puesta en sus primitos. La tía se mostró muy cariñosa.

—Bien —le dijo—, estos son Gobo y Falina. Ahora id a jugar juntos.

Los pequeños permanecieron tiesos, mirándose mutuamente, Gobo junto a Falina, y Bambi frente a él. Ninguno se decidía a moverse. Permanecían en la misma posición, mirándose con la boca abierta.

—Vamos, corred juntos —dijo la madre de Bambi—; pronto seréis amigos.

—Qué criatura encantadora —dijo Ena—. Es un verdadero encanto. Fuerte, bien formado, se mantiene muy bien, erguido.

—Oh, sí —repuso la madre de Bambi con modestia—; estoy contenta de él. Pero más contenta has de sentirte tú teniendo dos...

—Sí, es cierto —declaró Ena—; pero tú bien sabes querida que no es ésta la primera vez que yo tengo hijos.

—Bambi es mi único hijo.

—Ya verás —la confortó Ena—; es probable que la próxima vez tengas más suerte.

Los pequeñuelos seguían inmóviles, mirándose fijamente. Nadie decía una palabra. De pronto Falina dio un brinco y salió corriendo. Ella no podía seguir más tiempo en esa inmovilidad.

Un segundo después Bambi salía en pos de ella, a toda velocidad. Gobo le siguió. Corrieron describiendo un semicírculo, viraron, y en el viraje cayeron el uno sobre el otro. Después se persiguieron mutuamente por todo el prado. Era algo incomparable jugar así. Cuando se detuvieron mareados y casi sin aliento, ya se habían hecho buenos amigos. Y empezaron a conversar.

Bambi contó a Falina y a Gobo cómo había conversado con el saltamontes y la mariposa.

—¿Hablaste alguna vez con el escarabajo? —preguntó Falina.

No, Bambi nunca había hablado con el escarabajo. Ni siquiera sabía quién era.

—Yo he conversado con él a menudo —declaró Falina, dándose aires de importancia.

—Pues a mí me insultó el grajo —dijo Bambi.

—¿De veras? —dijo Gobo sorprendido—. ¿De veras que el grajo te trató mal? Gobo se sorprendía con suma facilidad y era excesivamente tímido.

—A mí me pinchó el erizo en el hocico —dijo luego como quien menciona algo sin importancia.

—¿Quién es el erizo? —preguntó Bambi con profundo interés.

Para él era algo muy entretenido estar ahí con amigos, escuchando tantas cosas interesantes.

—El erizo es un animal terrible —dijo Falina—. Está lleno de largas espinas por todo el cuerpo, ¡y es muy malvado!

—¿Crees de veras que es un malvado? —preguntó Gobo—. Yo nunca la vi hacer mal a nadie.

—¿De veras? —replicó prontamente Falina—. ¿Acaso no te pinchó a ti?

—Oh, eso fue solamente porque yo quise hablarle —replicó Gobo—; además no fue un gran pinchazo, apenas me dolió.

Bambi se volvió a Gobo.

—¿Por qué no quería que le hablases? —le preguntó.

—El erizo no habla con nadie —interpuso Falina—. Cuando ve que alguien se le acerca se tira al suelo y se arrolla de tal manera que no son más que espinas lo que se ve de él. Mamá dice que es una de esas personas que no quieren tener nada que ver con el mundo.

—Tal vez sólo tenga miedo —reflexionó Gobo. Pero Falina parecía saber lo que decía.

—Mamá afirma que no hay que mezclarse con gente así —dijo. Entonces Bambi preguntó tímidamente a Gobo:

—¿Sabes tú lo que significa el "peligro"? Los tres se pusieron muy serios; juntando las

cabezas, meditaron. Gobo pensó un poco. Y se esforzó mucho por recordar qué significaba la palabra "peligro", pues veía que Bambi esperaba la respuesta con sumo interés.

—El peligro —dijo por fin— es una cosa muy mala.

—Sí —declaró Bambi lleno de excitación—; yo también sé que es una cosa muy mala. Pero ¿qué es? Y los tres temblaron de miedo. De pronto, Falina exclamó en voz alta, gozosamente:

—¡Ya sé lo que es el peligro! Es aquello de lo que uno huye.

Con esto dio un salto y emprendió veloz carrera. No podía seguir más tiempo allí, asustada como estaba. En un segundo Bambi y Gobo salieron corriendo en pos de ella. Y empezaron los tres a jugar de nuevo. Se revolcaron en el pasto suave y verde, y en un minuto se olvidaron de la pregunta que tanto les atemorizara. Al cabo de un rato volvieron a detenerse y a entablar conversación, como antes. Mientras tanto no dejaban de dirigir miradas hacia donde estaban las madres, que continuaban juntas, comiendo y matizando cada bocado con un poco de amena conversación.

Tía Ena levantó la cabeza y llamó a sus hijos.

—¡Gobo, Falina, venid! Ya es hora de irnos. Y la madre de Bambi dijo al suyo:

—Ven, hijito; ya debemos regresar.

—Quedémonos otro poquito —suplicó Falina—. ¡Un poquito nada más!

—Sí, quedémonos un poquito más —agregó Bambi uniendo sus súplicas a las de ella—. Aquí se está muy bien. Y Gobo repitió tímidamente:

—Aquí se está muy bien...

—Quedémonos otro poquito más... —los tres suplicaron al unísono. Ena miró a la madre de Bambi.

—¿Qué te dije? Ahora no van a querer separarse. De pronto ocurrió algo mucho más excitante que todo lo que le sucediera a Bambi en ese día. Del bosque llegó hasta ellos un ruido de pezuñas golpeando la tierra. Se rompieron algunas ramas, otras hicieron el ruido característico que se oye cuando un cuerpo pasa rozándolas, y antes de que Bambi tuviese tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, alguien salió violentamente del bosque al prado. Era un animal grande, soberbio, a quien siguió inmediatamente otro parecido. Los dos, corriendo, como el viento, describieron un amplio círculo en el prado, y volvieron a desaparecer en el interior del bosque, donde se les oyó galopar. Después salieron velozmente de la espesura para quedarse súbitamente inmóviles a unos veinte pasos de distancia.

Bambi les miró sin que su sorpresa cediese un ápice. Esos dos seres se parecían a su madre y a tía Ena. Pero sus testas estaban coronadas con resplandecientes astas, cubiertas por bolitas de color castaño y pitones de un color blanquísimo. Bambi estaba completamente deslumbrado. Miraba a uno y al otro alternativamente. Uno de ellos era más pequeño y de astas menos desarrolladas. El otro se erguía majestuoso, lleno de magnificencia, hermoso. Llevaba la cabeza muy alta, y sobre ella se elevaban las astas en toda su majestad. Debido al juego de luz y sombra,

la maravillosa cornamenta relumbraba, adornada con el esplendor de sus bolitas de color castaño y negro y de los pitones blancos.

—¡Oh! —exclamó Falina, admirada.

—¡Oh! —repitió Gobo suavemente.

Pero Bambi no dijo nada. Estaba silencioso, como fascinado. Después, los dos recién llegados se separaron y volvieron lentamente al bosque, tomando direcciones opuestas. El mayor de los dos ciervos pasó cerca de los pequeños y de la madre de Bambi y tía Ena. Llevaba la cabeza siempre erguida con nobleza, sin dignarse honrar a nadie con una mirada siquiera.

Los niños no se atrevieron a respirar hasta que le vieron desaparecer en el interior del bosque. Después se volvieron a mirar al otro; pero en ese mismo instante acababa de desaparecer también en la verde espesura de la floresta.

Falina fue la primera en romper el silencio.

—¿Quiénes son? —preguntó; y esta vez su tono lleno de importancia le falló, pues en su lugar le salió una voz trémula de emoción.

—¿Quiénes son? —repitió Gobo con una voz apenas audible. Bambi siguió silencioso.

Tía Ena dijo entonces, solemnemente:

—Son vuestros respectivos padres.

No se volvió a decir nada más. Enseguida se separaron. Tía Ena condujo a sus hijos a la espesura más próxima; allí estaba su sendero. Bambi y su madre tenían que atravesar todo el prado, hasta el roble, para llegar a su propio sendero. El pequeño guardó silencio durante largo rato; finalmente preguntó:

—Di, mamá, ¿nos vieron ellos a nosotros? La madre comprendió perfectamente su pregunta y contestó:

—Naturalmente; nos vieron a todos.

Bambi se sentía turbado. Tenía vergüenza de seguir haciendo preguntas, pero la curiosidad pudo más que la timidez.

—Entonces, ¿por qué?... —empezó a preguntar y calló. La madre le ayudó diciéndole:

—¿Qué deseas saber, hijo mío?

—¿Por qué no se quedaron con nosotros?

—Ello» nunca se quedan con nosotros —repuso ella—; aunque lo hacen algunas veces. Bambi agregó:

—Pero, ¿por qué no nos dirigieron la palabra? Su madre le contestó entonces:

—Porque ahora no nos hablan; sólo nos dirigen la palabra algunas veces. Nosotros no podemos hacer otra cosa que esperar a que se decidan a hablarnos. Y ellos lo hacen cuando así lo quieren.

Con el corazón acongojado, Bambi preguntó:

—¿Me hablará alguna vez mi padre?

—Naturalmente que lo hará —prometió la madre—. Cuando seas grande te hablará; y alguna vez tendrás que quedarte con él.

El hijo caminó en silencio junto a la madre; tenía la mente llena con la imagen de su padre.

¡Qué hermoso es!, pensaba. ¡Qué hermoso!

Como si la madre pudiese leer sus pensamientos, le dijo:

—Si tú vives, hijito, si eres prudente y no corres hacia el peligro, llegarás a ser tan fuerte y hermoso como tu padre; y también tendrás astas como las de él.

Bambi hizo una profunda inspiración. El corazón le bailaba de alegría y esperanzas.

CAPÍTULO V

Pasó el tiempo, y Bambi tuvo muchas aventuras y recogió numerosas experiencias. Cada día le traía algo nuevo. A veces se sentía verdaderamente aturdido por la gran cantidad de cosas que tenía que aprender.

Ahora sabía escuchar; y no sólo reconocía los ruidos muy próximos; en esto no había ningún mérito. Bambi podía reconocer el susurro más suave, el ruido más distante. Su oído percibía hasta el más Leve suspiro venido en j alas del viento. Sabía, por ejemplo, que un faisán acababa de pasar corriendo por entre unas matas próximas. Reconocía claramente el andar suave y veloz alternado con paradas bruscas. Descubría el ruido hecho por los ratones que corrían de un lado para el otro por diminutos senderos. Estaba familiarizado con el pataleo característico de los topos, que cuando se sentían de buen humor jugaban persiguiéndose mutuamente entre las matas más grandes, produciendo apenas un ligero crujido. Oía el grito agudo y chillón del halcón, y hasta se daba cuenta, cuando el grito era colérico, de que algún gavilán o un águila debían estar cerca; el halcón se encolerizaba porque temía que fuesen a arrebatarle la posesión de sus dominios. Bambi conocía el aleteo de las palomas del bosque, el bello, claro y agudo grito de los ánades y muchos otros más.

Además, también había aprendido a ventear, y pronto sabría hacerlo tan perfectamente como su madre. Ahora tomaba el aire y al mismo tiempo lo analizaba con los sentidos. “Esto que huelo es trébol y pasto —pensaba cuando el viento soplaba desde las praderas—. Y la amiga liebre anda por allí; desde aquí la huelo perfectamente.”

También se daba cuenta, a través del olor característico de las hojas y de la tierra, del puerro silvestre y de la mostaza, cuando pasaba el hurón. Podía decir, apoyando el hocico en la tierra y aspirando fuertemente, si el zorro estaba fuera de la madriguera; también sabía cuando alguno de su familia, tía Ena y los chicos, cataban cerca.

Bambi empezaba a tomarle gusto a la noche, y ya no le agradaba tanto ir a correr por la pradera a plena luz del día. Permanecía de buena gana echado junto a su madre durante todo el día, a la sombra de los árboles y arbustos que rodeaban el claro. Se quedaba absorto, escuchando el sonido característico que flotaba en el aire cálido, y terminaba por dormirse.

De vez en cuando se despertaba, escuchaba y tomaba el aire para ver cómo andaban las cosas. Todo se hallaba sin novedad. Sólo los paros estaban charlando entre sí; las moscas de agua, que raramente permanecían quietas, zumbaban sin tregua; mientras las palomas no cesaban un instante de expresar,

susurrando, la extática ternura que les llenaba el corazón. Pero, ¿qué le importaba a él todo eso? Bambi se echaba a dormir nuevamente.

Poco a poco, la noche fue gustándole cada vez más. Entonces el bosque se llenaba de vida y movimiento. Naturalmente, también de noche tenía que estar alerta; pero no tanto como en las horas del día. Podía ir donde se le antojaba. Y adondequiera que fuese, se encontraba con conocidos. Estos también demostraban estar más tranquilos de noche que de día.

Por la noche el bosque se llenaba de solemnidad y silencio. Sólo se dejaban oír algunas voces resonando con fuerza en la calma remante, que se diferenciaban de las voces diurnas y dejaban ciertamente una impresión, más profunda.

Bambi simpatizaba mucho con la lechuza. Le gustaba su manera de volar, tan

maravillosamente silenciosa. Hacía tan poco ruido como la misma mariposa, y sin embargo era tan desmesuradamente grande, comparada con ella.

Tenía además la lechuza unas facciones notables, muy pronunciadas, que daban la impresión de estar siempre sumida en profundas meditaciones. ¡Y qué ojos tan hermosos! Bambi admiraba su mirada firme, llena de serena valentía. Le gustaba oírla cuando hablaba con su madre o con cualquier otro habitante

del bosque. En estas ocasiones Bambi se quedaba un poquito a un costado, porque no dejaba de tener un poco de miedo a las miradas de esos ojos que admiraba tanto. No entendía la mayor parte de las cosas que decía, pero lo mismo tenía la seguridad de que eran cosas sabias, que le gustaban y le llenaban de respeto hacia ella.

Muchas veces había oído ulular a la lechuza. “¡Huuaah!-¡Ha!-¡Ha!-¡ah!”, gritaba. Su grito era muy diferente del canto de los zorzales o de los verderones, diferente de las notas amistosas del cuclillo; pero a Bambi le gustaba ese ulular, lo encontraba lleno de misteriosa importancia, de inexpresable sabiduría y de una melancolía extraña.

También conocía al mochuelo, un individuo pequeño, lleno de animación, muy alegre, y en extremo curioso. “¡Oi-yiik! ¡oi-yiik!”, gritaba con voz aguda, terriblemente penetrante. Daba la impresión, al gritar, de que estaba a punto de morir. Pero, todo lo contrario, se encontraba con muy buena salud y muy alegre; y cuando se daba cuenta de que con su grito había asustado a alguien, no podía dejar de expresar la gracia que eso le causaba. “¡Oi-yiik! ¡oi- yiik!”, gritaba con tal potencia, que en el bosque se le oía en una milla a la redonda, y enseguida rompía a reír con una voz suave que sólo podía oírse poniéndose muy cerca de él.

Bambi descubrió que el mochuelo se ponía contento cada vez que asustaba a alguien, o cuando le alarmaba haciéndole pensar que le ocurría algo malo. Desde entonces, todas las veces que le encontraba, corría a su encuentro para preguntarle "¿Qué te pasa?", o para decirle con un suspiro: "¡Oh, qué susto más grande me has dado!" Y entonces el mochuelo no cabía en sí de gozo.

—¡Oh, sí! —admitía el mochuelo riendo con satisfacción—; mi grito es verdaderamente

horripilante.

Y, orgulloso con el efecto obtenido, hinchaba el plumaje hasta quedar convertido en una pelota de color blanco grisáceo, verdaderamente hermoso.

Entre otras cosas, Bambi tuvo la experiencia de dos o tres tormentas, desencadenadas de día y también por la noche. La primera fue durante el día; al ver que el refugio del claro iba poniéndose cada vez más oscuro, el pobre no pudo menos que sentirse aterrorizado. Era como si las tinieblas de la noche hubiesen cubierto al cielo en pleno día. Cuando la tempestad rugiente se desencadenó sobre el bosque y los árboles empezaron a gemir en voz alta, Bambi tembló poseído de terror. Y cuando relumbró el relámpago y el trueno retumbó, se quedó paralizado por el espanto, creyendo sin duda que era llegado el fin del mundo. Corrió tras de su madre,

que se había incorporado, algo intranquila, y se paseaba de un lado a otro por la espesura. Bambi no podía pensar ni comprender nada. La lluvia caía a torrentes. Todo el mundo había corrido en busca de refugio; el bosque estaba desierto. Pero aun refugiándose no había manera de escapar a la lluvia. El agua penetraba hasta en las partes más tupidas de la espesura. Por fin cesaron los relámpagos y los tremendos rayos dejaron de relumbrar en las copas de los árboles. El trueno amenguó hasta perderse en la lejanía. Bambi siguió oyéndolo lejos; pero pronto cesó por completo. La lluvia caía ahora con mayor suavidad; las gotas de agua siguieron golpeteando a su alrededor durante una hora más. Todos los habitantes del bosque respiraban ya más tranquilos, esperando con calma a que cesase de llover. Ya nadie tenía miedo de salir; era como si la misma lluvia les hubiese limpiado el ánimo de los terrores pasados.

Bambi y su madre no habían ido nunca al prado tan temprano como aquella tarde. Aun no había empezado siquiera a oscurecer. El sol todavía estaba alto en el cielo, el aire era extremadamente fresco, y en el ambiente se respiraba un aroma más dulce que de costumbre; el bosque resonaba con mil voces, porque todo el mundo había abandonado su refugio para ir corriendo, excitado, de un lado para otro, contando lo que acababa de suceder.

Antes de salir al prado, madre e hijo pasaron junto al gran roble que estaba cerca del lindero del bosque, junto al sendero. Cada vez que se dirigían al prado tenían que pasar junto a ese árbol, enorme y majestuoso.

Esta vez vieron sentada en una de sus ramas a la ardilla, que les saludó amablemente. Bambi era muy amigo de la ardilla. La primera vez que la vio la confundió con un ciervo muy pequeño, debido a su pelambre roja, y se quedó mirándola presa de estupefacción. Pero en aquel entonces Bambi era apenas una criatura y no sabía nada de nada.

La ardilla le gustó mucho desde el primer momento. Era muy bien educada, y conversaba con locuacidad. Además, a Bambi le gustaba ver con cuánta facilidad podía trepar, saltar, doblarse en las posturas más extraordinarias, y cuan maravillosamente podía conservar el equilibrio dondequiera que se encontrase. En medio de una conversación la ardilla se ponía a subir y bajar por el liso tronco del árbol como si fuese la cosa más fácil del mundo. O si no, se sentaba sobre los cuartos traseros en una rama móvil, mantenía el equilibrio, se hamacaba plácidamente valiéndose de su cola peluda que tan bien lucía en la parte posterior de su cuerpo, mostraba el blanco pecho juntaba elegantemente las patas delanteras, hacía varias inclinaciones de cabeza a un lado y al otro, sonreía con

sus ojos risueños, y, en un tris, decía una serie de cosas cómicas e interesantes. Enseguida volvía a descender del árbol, tan velozmente y con tales saltos, que uno temía verla romperse la crisma.

Crispando nerviosamente la larga cola, ahora les saludó desde arriba:

—¡Buenos días! ¡Buenos días! Sois muy amables viniendo a visitarme otra vez. Bambi y su madre se detuvieron.

La ardilla descendió por el liso tronco del árbol.

—Y bien —agregó— ¿salisteis bien librados del temporal? Pero es claro; veo que estáis espléndidamente de salud. Eso es lo principal.

Volviendo a subir por el tronco con la velocidad de un rayo, prosiguió:

—Allí abajo está demasiado húmedo para mí. Mirad, voy a buscarme un sitio mejor. Espero que no lo tomaréis a mal. Gracias; ya sabía que no os importaría. Aunque yo esté aquí podemos seguir conversando perfectamente.

La ardilla no podía estar un solo momento inmóvil. Corriendo de un extremo a otro de una rama lisa y recta, añadió:

—Sí, sí; fue algo bastante feo. ¡Qué estruendo terrible! Vosotros no podéis daros cuenta de lo asustada que yo

estaba. Me quedé inmóvil, pegada a un rincón como un ratoncito, y no me atreví a moverme, rogando por que no fuese a sucederme nada malo. Ah, mi árbol es un refugio maravilloso para esos casos. No se puede negarlo; es verdaderamente maravilloso. Tengo que decirlo: estoy satisfechísima con él. Y no he deseado cambiarlo por otro desde que vine a habitarlo. Con todo, cuando se desata una tormenta como la de hoy, una pasa un miedo terrible por seguro que sea el lugar en que se encuentra.

La ardilla se sentó y extendió la hermosa cola para mantener el equilibrio. Enseñó el pecho blanquísimo, y apoyó las dos patitas delanteras sobre el corazón. Viéndola así, no se podía por menos que creer lo que decía; todavía estaba excitada.

—Nosotros ahora vamos a salir a la pradera para secamos al sol —dijo la madre de Bambi.

—Buena idea —asintió la ardilla—; es usted muy inteligente. Yo siempre elogio su talento —dijo, y se instaló de un salto en una rama más alta—. No podrían ustedes hacer nada mejor en estos momentos que salir al prado —agregó desde ese punto más elevado, y enseguida se puso a dar saltos para adelante y para atrás en la copa del árbol—. Yo también me voy a donde pueda encontrar al sol —prosiguió con tono de contento—. Estoy completamente empapada; me voy a

subir a lo más alto del árbol —terminó diciendo, sin importarle si le escuchaban o no.

La pradera estaba llena de vida. La amiga liebre estaba allí con toda su familia; también estaban la tía Ena con sus hijos y algunos conocidos. Ese día Bambi volvió a ver a los padres, que vinieron del bosque, por direcciones opuestas, caminando lentamente. Y vino también un tercer ciervo. Cada uno caminaba majestuosamente por su lado, recorriendo la pradera en todas direcciones. No prestaban atención en nadie y ni siquiera se hablaban entre sí. Bambi les dirigía frecuentes miradas, llenas de respeto y al mismo tiempo de curiosidad.

Después conversó con Falina y Gobo y con otros pequeños. Quiso jugar un poco; los demás consintieron y todos empezaron a correr describiendo un círculo. Falina era la más entusiasta de todos. Incansable, ágil y veloz, se le ocurrían muchas y muy brillantes ideas. Pero Gobo se cansó pronto. El pobrecillo se había asustado mucho con la tormenta; el corazón le había latido con fuerza, y seguía martilleándole aún dentro del pecho. En Gobo había cierta flojedad; pero Bambi le quería porque era bueno y bien dispuesto; además, daba la impresión de estar siempre un poco triste, sin decir nunca la causa de su pena.

Pasó el tiempo y Bambi aprendió que la hierba del prado era muy sabrosa, y supo lo dulces y tiernas que

eran las hojas jóvenes y el trébol. Cuando iba a recostarse junto a su madre, ocurría con frecuencia que ésta le rechazaba.

—Ya no eres pequeñito —le decía. Y a veces hasta le amonestaba severamente con estas palabras:

—¡Vete de aquí! ¡Déjame tranquila!

Ocurría a veces que la madre se incorporaba en el pequeño claro, siendo pleno día, y se iba a caminar sin fijarse si él la seguía o no. A veces, cuando iban por el sendero, ya tan familiar para Bambi, parecía que la madre no se volvía de propósito, como si no le importase ver si su hijo la seguía o se quedaba atrás.

Un día la cierva se fue. Bambi no se explicaba cómo semejante cosa podía ser posible; no se lo explicaba. La verdad era que su madre se había ido, y él estaba solo por primera vez.

Vagó sin rumbo fijo y pensativo, preocupado, lleno de ansiedad. Hasta que llegó emomento en que sintió que no podía estar más tiempo sin ella. El pobre empezó a llamarla tristemente. Pero nadie le contestaba; nadie acudía a su llamada.

Prestó atención, escuchando, tomando el aire. Mas no podía percibir nada por el olfato.

Volvió a llamar. Suavemente, en tono patético, al borde de las lágrimas:

—¡Mamá! ¡Mamá! Pero llamó en vano.

La desesperación se posesionó de él y ya no pudo permanecer inactivo: se puso a caminar. Recorrió los senderos que ya conocía, deteniéndose de tanto en tanto para llamar a su

madre. Avanzó más y más, con paso vacilante, asustado, impotente. Estaba muy deprimido. Siguió caminando, y así se internó por senderos en los que nunca había estado; llegó a sitios desconocidos para él. Ya no sabía a donde ni por dónde iba.

De pronto oyó dos voces infantiles parecidas a la suya propia, que llamaban:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Bambi se detuvo y escuchó. Seguramente se trataba de Gobo y Falina. Tenían que ser ellos. Corrió hacia el sitio de donde venían las voces, y pronto vio a través del follaje la roja pelambre de sus primitos. Gobo y Falina estaban muy juntos, debajo de un cornejo, y llamaban plañideramente:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Al oír ruido entre la maleza se pusieron contentísimos. Pero volvieron a desanimarse cuando vieron que sólo se trataba de Bambi. Sin embargo, el hecho de que él también estuviese allí les sirvió un poco de consuelo. En cuanto a él, se alegró de no estar ya completamente solo.

—Mi madre se ha ido —dijo a Gobo y Falina.

—Y la nuestra también se ha ido —contestó Gobo en tono quejumbroso. Se miraron, completamente desalentados.

—¿Dónde pueden estar? —preguntó Bambi. Su voz estaba preñada de lágrimas.

—Yo no sé —suspiró Gobo.

El corazón le palpitaba con fuerza; se sentía muy desdichado. De pronto Falina dijo:

—Yo creo que deben de estar con nuestros padres. Gobo y Bambi la miraron sorprendidos. Estaban estupefactos por lo que acababan de oír.

—¿Quieres decir que fueron a visitar a nuestros padres? —preguntó Bambi, y tembló.

Falina también temblaba, pero puso cara de persona experimentada que no quiere decir todo lo que sabe. Naturalmente, no sabía nada; ni siquiera sabía cómo acababa de ocurrírsele semejante idea. Pero cuando Gobo repitió:

—¿De veras, crees eso?

Ella contestó con un aire muy significativo y tono misterioso:

—Sí, eso creo.

La de Falina era una sugestión tranquilizadora. Pero a pesar de eso Bambi no estaba más tranquilo. Ni siquiera quería meditar en la posibilidad de que la idea de su primita fuese acertada: estaba muy preocupado y triste.

Y siguió caminando. No podía permanecer inactivo. Falina y Gobo le acompañaron durante un corto trecho. Los tres iban gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Después Gobo y Falina se detuvieron, sin atreverse a seguir más adelante. Falina dijo:

—¿Por qué hemos de seguir caminando más? Mamá sabe dónde estamos. Quedémonos aquí; así podrá encontrarnos cuando regrese.

Bambi prosiguió solo. Atravesó unos matorrales y llegó a un claro. Y al llegar al centro del mismo se quedó inmóvil. se sentía como si repentinamente hubiese echado raíces: no podía moverse.

En el límite del claro, junto a un alto avellano, había una extraña criatura. Bambi no había visto nunca nada parecido. Al mismo tiempo, en el aire flotaba un olor como jamás percibiera en su vida. Era un olor extraño, pesado y acre, que le excitó hasta el extremo de la locura.

Bambi miró a aquel extraño ser, que se mantenía notablemente erguido. Era extremadamente delgado

y tenía una cara pálida, completamente sin pelos alrededor de la nariz y de los ojos. Ese rostro inspiraba una especie de miedo, de frío espanto. Era extraordinario el dominio que esa cara ejercía sobre Bambi; mirarla le producía e infundía verdadero terror; sin embargo, se quedó contemplándola fijamente.

La extraña criatura estuvo sin moverse. Después estiró una pata desde cerca de su cara. Bambi no se había dado cuenta de la existencia de esa pata en el primer momento. Pero en el preciso momento en que esa terrible extremidad descendía en el aire, él se dio a la fuga, asustado por ese movimiento. Como un relámpago se internó en la espesura y siguió corriendo a gran velocidad.

Inesperadamente, y sin saber de dónde había salido, su madre se encontró a su lado, corriendo, saltando por encima de los matorrales. Corrían juntos con la mayor celeridad posible. La cierva se adelantó un poco; ella conocía el camino; Bambi la siguió. Así corriendo hasta llegar al claro.

—¿Alcanzaste a verle? —preguntó la madre en voz baja. Bambi no pudo contestar; estaba

completamente agitado. Sólo pudo asentir con la cabeza.

—Ese es... Él —agregó la cierva.

Y los dos no pudieron menos que estremecerse.

CAPÍTULO VI

Ahora Bambi se quedaba solo con frecuencia. Pero no se alarmaba tanto como le ocurriera la primera vez. Su madre desaparecía, y por más que la llamase no acudía a su lado. Después, inesperadamente, reaparecía para quedarse con él, como siempre.

Una noche empezó a vagar; su madre acababa de dejarle. Y Bambi no podía encontrar siquiera a Gobo y a Falina. El cielo se había puesto de un color gris pálido y empezó a oscurecerse de manera que las copas de loa árboles parecían formar una cúpula por encima de los arbustos y las zarzas. De pronto se oyó como un silbido en los matorrales; luego por entre las hojas llegó un fuerte crujido, y su madre pasó huyendo en veloz carrera. Alguien corría detrás de ella, muy cerca. Bambi no sabía si era la tía Ena, su padre u otro cualquiera de sus conocidos. A quien reconoció inmediatamente fue a su madre. Aunque pasó corriendo a mucha velocidad, supo que era ella por la voz, pues iba gritando. Por esos gritos Bambi infirió que estaría jugando, por más que el tono de los mismos le pareció más bien de terror.

Un día Bambi vagó durante horas a través de la espesura. Y por fin empezó a llamar. Ya le resultaba completamente imposible seguir solo. Sentía que

pronto iba a desmoralizarse y tal vez a llorar; por eso, empezó a llamar a su madre.

Y de pronto uno de los príncipes se encontró frente a él, mirándole con suma gravedad.

Bambi no le había oído llegar, y por eso estaba un poco aterrorizado. Este ciervo parecía más fuerte que los otros; era más alto, más gallardo. Su pelambre era de un tono rojizo más brillante e intenso, pero en su cara había reflejos de color gris plateado. Por encima de las orejas nerviosas se elevaban unas cuernas enormes, manchadas de puntos negros.

—¿Por qué lloras? —preguntó severamente el viejo ciervo.

Bambi tembló, deslumbrado y atemorizado a la vez, sin atreverse a contestar.

—Tu madre ahora no tiene tiempo para perderlo contigo —prosiguió el ciervo.

Bambi se sentía dominado por su voz imperiosa, a la vez que no podía dejar de admirarla.

—¿No puedes arreglártelas solo? ¡Qué vergüenza! El cervatillo quiso decir que él era capaz de arreglárselas solo; que ya se había quedado solo muchas veces; pero no logró articular palabra. Así permaneció callado, sintiéndose lleno de vergüenza. El ciervo dio media vuelta y se fue. Bambi no sabía a donde había ido ni cómo, así como tampoco si se había alejado lenta o

rápidamente. Se había ido de la misma manera repentina como apareciera. Irguió las orejas para escuchar, pero no logró captar el ruido de las patas del ciervo golpeando el suelo; ni siquiera oyó el rumor de una hoja. Por eso mismo pensó que debía estar cerca y venteó hacia todas direcciones. Pero eso también resultó inútil, pues no percibió ningún olor. Entonces suspiró aliviado al pensar que ya no estaba allí el ciervo. Sin embargo, también experimentaba un fuerte deseo de volver a verlo para ganarse su aprobación.

Cuando su madre regresó no le contó nada del encuentro que acababa de tener. Tampoco la llamó cuando ella volvió a irse dejándole solo. Mientras vagaba por el bosque iba pensando en el viejo ciervo. Tenía grandes deseos de encontrarse con él. Quería decirle:

—¿Ves? Ya no llamo más a mi madre —para que él le hiciese algún elogio.

Cuando se encontró la vez siguiente con Gobo y Falina en la pradera, les contó de su encuentro con el ciervo. Ellos le escucharon atentamente; y no tuvieron nada que contar que pudiese compararse con el relato de Bambi.

—¿Y no te asustaste? —preguntó Gobo lleno de excitación.

—Oh, bueno... —confesó Bambi—. Sí: había tenido miedo. Pero sólo un poco.

—Pues yo habría tenido un miedo horrible —declaró Gobo.

Bambi replicó que no; que él no se había asustado mucho, porque el ciervo era muy hermoso.

—Pues eso no habría mitigado mi terror —agregó Gobo—. Ni siquiera he podido ver al ciervo todavía. Cuando me asusto noto como rayas delante de los ojos que me impiden ver; y el corazón me palpita tan velozmente que no puedo resollar.

Después de escuchar la historia de Bambi, Falina se quedó muy pensativa y no dijo nada. Pero cuando volvieron a verle, Gobo y Falina se apresuraron a correr a su encuentro. Ellos, lo mismo que él, estaban otra vez solos.

—Te hemos buscado todo este tiempo —exclamó Gobo.

—Sí —agregó Falina enfáticamente—, porque ahora sabemos quién es el ciervo con quien te encontraste la vez pasada.

Bambi dio un salto de tan excitado que estaba por la curiosidad; y preguntó:

—¿Quién es?

Falina dijo con tono solemne:

—Es el anciano príncipe.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó él.

—Mamá —repuso Falina. Bambi estaba sorprendido.

—¿Le contaste todo a tu mamá? —preguntó. Y los dos hermanos asintieron.

—¡Pero, eso era un secreto! —exclamó con enojo. Gobo trató de justificarse.

—Yo no fui; fue Falina —dijo. Pero Falina exclamó excitada:

—¿Qué quieres decir con eso de que era un secreto? Yo quise saber de quién se trataba. Ahora todos lo sabemos, y así la cosa resulta más interesante.

Bambi ardía de curiosidad por enterarse de todo lo que sabía Falina, y por eso se dejó convencer. Ella se lo contó todo.

—El viejo príncipe es el ciervo más grande de todo el bosque. No hay nadie que pueda compararse con él. Nadie sabe la edad que tiene. Nadie puede descubrir dónde vive. Nadie conoce a su familia. Muy pocos son los que le han visto una vez. A veces se ha llegado a pensar en su muerte por no vérsele aparecer durante mucho tiempo. Pero entonces alguien le volvía a ver, aunque no más que por un segundo, y así todos sabían que seguía vivo. No hay quien haya osado jamás preguntarle dónde estuvo durante sus largas

ausencias. No habla con nadie, y nadie se atreve a dirigirle la palabra. Utiliza senderos sólo conocidos por él; conoce el bosque hasta el rincón más escondido. Y para él no existe esa cosa llamada peligro. Los otros príncipes suelen luchar entre ellos, algunas veces, por pura diversión, para probar sus respectivas fuerzas, o porque riñen. Pero hace ya muchos años que nadie lucha con el anciano príncipe. Y de los que lucharon con él, hace ya muchísimo tiempo que no vive ninguno. En fin, es el Gran Príncipe.

Bambi perdonó a Gobo y a Falina por haber contado su secreto a la madre. Más aún, se alegraba de haberse enterado de tantas cosas importantes; pero también se alegraba, y mucho, de que Falina y Gobo no lo supiesen todo. Porque no sabían, en verdad, que el gran príncipe le había dicho: “¿No puedes arreglártelas solo? ¡Qué vergüenza!” Ahora se alegraba infinitamente de no haberles dicho esas cosas. Porque Falina y Gobo las habrían contado como contaran el resto, y todo el bosque se habría hecho lenguas del asunto.

Esa noche, al salir la luna, la madre de Bambi regresó. Él la vio repentinamente al pie del roble grande, en las proximidades del prado, mirando a su alrededor; sin duda le estaba buscando a él. En cuanto la reconoció corrió a su encuentro.

Esa noche aprendió algo nuevo. Su madre estaba cansada y con hambre. Por eso no caminaron tanto

como de costumbre. La cierva sació su apetito en el prado, donde él también solía hacer sus comidas. El uno junto al otro, mordisquearon la hierba y los arbustos; y rumiando plácidamente, se adentraron poco a poco en el bosque.

De pronto oyeron fuertes crujidos de ramas y hojas. Antes de que Bambi pudiese darse cuenta de qué se trataba, la madre empezó a gritar fuertemente, como solía hacerlo cuando

sentía terror por algo, o cuando se encolerizaba.

—¡Aoh! —gritó, y pegando un brinco, volvió a gritar—: ¡Aoh! ¡Baoh!

Bambi trató de reconocer las formas que se acercaban a ellos a medida que el ruido entre las matas se hacía más fuerte. Ahora ya estaban muy cerca. Se parecían él y a su madre, a tía Ena y a toda su familia; pero eran tan gigantescos y robustos que se quedó mirándoles, estupefacto.

De pronto él mismo empezó a balar.

—¡Aoh! ¡Baoh!

No se daba cuenta de que balaba. No podía evitarlo tampoco. La procesión pasó lentamente. Tres, cuatro gigantescas apariciones, una detrás de la otra. El último

era el mayor de todos. Sobre el cuello lucía una hirsuta melena y sus astas eran parecidas a las ramas de un árbol. Viéndoles, Bambi se quedaba sin aliento de puro admirado. Miraba y balaba, con el corazón lleno de ansiedad, pues se sentía profundamente afectado; tanto como no lo estuviera nunca hasta entonces. Tenía miedo; pero era el suyo un miedo peculiar. Se daba cuenta de lo lastimosamente pequeño que era; hasta le parecía que su madre se había encogido, achicándose. se sentía avergonzado sin precisar exactamente por qué, y al mismo tiempo le dominaba el terror. Y volvió a balar una vez más.

—¡Baoh! ¡B-a-o-h!

Después de lo cual se sintió más tranquilo. La procesión ya había pasado. Ya no se veía ni oía nada. Hasta su madre estaba silenciosa. Sólo él soltaba breves balidos aún. Todavía experimentaba la fuerte impresión recibida al ver a los gigantes.

—Tranquilízate —le dijo la madre—; ya se han ido.

—¡Oh, mamá! —balbució Bambi—. ¿Quiénes eran?

—No temas —agregó la cierva—; no son peligrosos. Esos son tus primos, los alces; son fuertes, poderosos. Mucho más fuertes que nosotros.

—¿Y dices que no son peligrosos?

—Generalmente, no —explicó ella—. Es claro que se dicen muchas cosas de ellos; tú sabes cómo se

murmura en el bosque. Se ha dicho mucho, pero yo no sé si hay algo de verdad en toda esa chismografía. Por lo menos, a mí y a todos mis conocidos jamás nos han hecho el menor daño.

—¿Y por qué habrían de hacernos daño a nosotros —preguntó Bambi— si son nuestros

primos?

Quería tranquilizarse con ese pensamiento; pero siguió temblando.

—A nosotros nunca nos hacen nada —contestó la madre—; y sin embargo, yo no sé por qué me asusto cada vez que los veo. Yo misma no consigo explicármelo. Pero me ocurre siempre lo mismo.

Bambi fue recobrando la calma con las explicaciones de su madre; pero asimismo se quedó pensativo. Justamente por encima de él, en las ramas de un aliso, el mochuelo estaba ululando de una manera que helaba la sangre en las venas. Como estaba distraído, se olvidó de fingir terror. El mochuelo se pasó a otra rama y preguntó:

—Cómo, ¿no te asusté?

—Naturalmente que sí —contestó Bambi—; tú siempre me asustas. El ave rió para sus adentros, complacida.

—Espero que no me guardes rencor por ello —agregó—; no lo hago intencionadamente; yo soy así.

Enseguida estiró las plumas de manera que quedó redonda como un globo, hundió el pico entre el plumaje blanco del pecho y puso una cara seria, terrible. Estaba muy satisfecha consigo misma.

El cervatillo decidió hacerle una confidencia.

—¿Sabes una cosa? —le dijo tímidamente—. Acabo de recibir un susto mucho mayor de los que me das tú.

—¡No me lo digas! —repuso el mochuelo con disgusto. Y Bambi le contó lo de su encuentro con sus gigantescos parientes.

—Oh, no me hables de parientes —exclamó su interlocutor—. Yo también los tengo. Como ahora sólo vuelo de día, todos mis parientes me tienen inquina. No, no; la parentela no sirve para nada. Si son más grandes, se portan con uno pésimamente; y si son más pequeños, se portan peor aún. Si son más grandes, uno no puede aguantarlos porque se muestran orgullosos; y si son más pequeños, ellos son los que no pueden aguantar el orgullo que uno puede sentir por esa razón. No; yo prefiero no tener tratos con la parentela.

—Pues yo no conozco a mis parientes —repuso Bambi riendo con timidez—; nunca oí hablar de ellos; ni les vi jamás, hasta hoy.

—No des confianza a esa gente —le aconsejó el mochuelo—. Créeme —agregó revoleando

significativamente los ojos—, créeme que es mejor así. Los parientes nunca son tan buenos como los amigos. Fíjate en nosotros; no tenemos el menor parentesco y, sin embargo, somos buenos amigos, que es lo que realmente importa a la postre.

Bambi hubiese querido agregar algo más, pero el otro siguió diciendo:

—Yo he tenido muchas experiencias a ese respecto. Tú eres muy joven todavía; créeme: yo sé lo que te digo. Pero, en fin: a mí no me gusta entrometerme en cuestiones de familia — dijo.

Y volvió a revolear los ojos con aire pensativo; y puso una cara tan seria e impresionante, que el joven ciervo guardó un silencio discreto.

CAPÍTULO VII

Pasó otra noche, y la mañana siguiente trajo un gran acontecimiento. Era una mañana sin nubes, clara, fresca, llena de rocío. Las hojas de los árboles y los arbustos parecían despedir un aroma más dulce que de ordinario. De la pradera llegaban y ascendían hasta la copa de los árboles grandes nubes de perfume.

—¡Piip! —dijeron loa paros al despertar. Lo dijeron con mucha suavidad. Pero como todavía flotaba en el ambiente la grisácea penumbra del amanecer no agregaron nada más por el momento. De pronto sonó en los ámbitos del bosque el graznido áspero de la corneja. Parece que las cornejas ya estaban despiertas y se visitaban las unas a las otras en las copas de los árboles. La urraca dejó oír enseguida su "shackarakshak", y agregó:

—¿Creyeron ustedes que yo estaba dormida?

Y a continuación un centenar de vocecitas empezaron a dejarse oír aquí y allá, muy suavemente al principio:

"¡Piip! ¡piip! ¡tiú!" En esas voces todavía se notaba algo del sueño de la noche precedente. De pronto un mirlo voló hasta la cima de una haya. Se encaramó sobre la ramazón más alta

y se quedó allí mirando cómo allá lejos, por encima del bosque, los cielos aún no despejados del todo de la

somnolencia nocturna, de color gris pálido, empezaban a adquirir un resplandor de vida, lejos, hacia el Este. El día se acercaba por fin; y el mirlo empezó a cantar.

Su cuerpecito negro no parecía más que una manchita oscura visto desde el suelo. Podía confundírsele con una hoja muerta. Mas su canto fluía lleno de júbilo y de vida, llenando toda la floresta. Entonces todo pareció despertar en el bosque. Los pinzones trinaban, y el diminuto petirrojo y el pintacilgo también se dejaban oír. Las palomas iban alborotadamente de un lado para el otro, haciendo mucho ruido con su batir de alas. Los faisanes cacareaban de una manera que parecía que la garganta les iba a estallar. El rumor de sus alas al volar de la ramazón de los árboles al suelo, era suave y a la vez potente. Y no dejaban un instante de emitir su llamada metálica y quebradiza, seguida de un cloqueo muy suave. Bien arriba, los halcones gritaban con voz alegre y aguda:

—¡Yayaya! Salió el sol...

—¡Diú-diyú! —cantó regocijado el jilguero, volando de rama en rama.

El cuerpo amarillo brillaba a la luz matinal, dando la impresión de una bola de oro alada. Bambi se encaminó hacia el roble grande del prado, que centelleaba por

efectos del rocío que lo cubría. El aire estaba embalsamado con el suave aroma del pasto, de las flores y de la tierra mojada; y se oían flotar las voces de las mil criaturas vivientes de los alrededores. La amiga liebre estaba ahí, al parecer sumida en graves reflexiones. Un faisán arrogante, henchido de vanidad, pasó pavoneándose y mordisqueando una que otra semilla que encontraba entre el pasto, mas sin dejar por eso de mirar precavidamente en todas direcciones. El azul metálico oscuro de su nuca brillaba a la luz del sol.

Uno de los príncipes se acercó y se detuvo Junto a Bambi. Éste nunca había visto desde tan cerca a uno de los padres. El ciervo se encontraba inmediatamente delante de él y junto al macizo de avellanos, cuyas ramas le ocultaban un tanto. Bambi no se movió. Quería que el príncipe saliese del todo al claro; al mismo tiempo titubeaba y no sabía si dirigirle o no la palabra. Deseoso de consultar a su madre, la buscó con la mirada. Pero ésta ya se había ido y se encontraba a cierta distancia, conversando con la tía Ena. En ese momento Gobo y Falina salieron corriendo del bosque. Bambi seguía pensando, inmóvil. Si ahora iba al encuentro de su madre y los parientes tendría que pasar por donde se encontraba el príncipe. Y se sentía como incapacitado para hacer eso.

—Oh, bueno —pensó—; no tengo por qué preguntárselo a mi madre. El viejo príncipe habló conmigo y, sin embargo, yo no se lo dije a ella. Me acercaré y le diré “buenos días, príncipe”. No puede ofenderse por esto. Pero si llega a enojarse, me escaparé corriendo.

Bambi empezó a luchar con su resolución, que ya flaqueaba.

El príncipe salió de detrás del macizo de avellanos al prado.

—Ahora —se dijo el joven ciervo.

Entonces se oyó un estruendo parecido al del trueno.

Bambi se estremeció, sin darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. Pero vio al príncipe dar un salto delante de sus propias narices para volver a introducirse enseguida, a toda velocidad, dentro del bosque.

Entonces miró a su alrededor lleno de estupefacción. El aire parecía vibrar aún por efecto del estruendo. Vio cómo su madre, tía Ena, Falina y Gobo volvían precipitadamente al bosque. Vio cómo la amiga liebre pasaba por su lado corriendo como alma que lleva el diablo. Vio al faisán, que también corría con el cuello muy estirado hacia adelante. Y notó que de pronto el bosque se llenaba de un profundo silencio. Decidido, él también volvió a la espesura. Pero apenas había dado

unos pocos saltos, cuando se encontró con el príncipe tirado en el suelo, a sus pies, inmóvil. Se detuvo horrorizado, sin darse cuenta de lo que eso significa. El príncipe sangraba abundantemente de una herida grande que tenía en el hombro. Estaba muerto.

—¡No te detengas! —le ordenó a su lado una voz. Era la de su madre, que pasó junto a él a

todo galope.

—¡Corre! —le gritó volviendo la cabeza—. ¡Corre tanto como puedas!

Y siguió corriendo sin disminuir la velocidad de su carrera. Sin embargo su orden tuvo por parte de Bambi inmediata obediencia; y ahora corría con todas sus fuerzas.

—¿Qué pasó, mamá? —preguntó luego—. ¿Qué pasó? La madre le contestó con voz entrecortada por la fatiga:

—¡Fue... Él!

Bambi se estremeció; los dos reanudaron la carrera. Por fin se detuvieron, pues estaban sin aliento.

—¿Qué pasó? ¿Qué dicen que pasó? —preguntó entonces una voz que venía desde arriba.

Bambi levantó la cabeza. Era la ardilla que descendía por las ramas sin parar de hacer preguntas. Luego agregó:

—Yo corrí todo el camino junto con ustedes. ¡Qué cosa terrible!

—¿También tú estabas allí? —le preguntó la madre de Bambi.

—¡Es claro que estaba! —replicó la ardilla—. Todavía estoy temblando de miedo. Enseguida se sentó con el cuerpo erguido, equilibrándolo con la hermosa cola, sacó el blanco pecho y apretó las patitas menudas contra el pecho, llena de nerviosidad.

—¡Ah! —añadió—. ¡Estoy fuera de mí de puro excitada!

—Yo también —dijo la madre de Bambi—; el miedo me ha dejado sin fuerzas. No logro comprender cómo pudo ocurrir la cosa. Ninguno de nosotros vio nada.

—¿De veras? —dijo la ardilla con aspereza—. Pues yo le vi. Yo le vi.

—Y yo también —dijo otra voz. Era la urraca, que se acercó volando para posarse en una rama.

—También yo le vi —dijo alguien desde más arriba con un graznido.

Era el grajo, que estaba sobre la rama de un fresno. Dos cornejas graznaron ásperamente, también desde lo alto de los árboles:

—Pues nosotros le vimos también.

Todos se pusieron a charlar con suma gravedad. Estaban muy excitados, y parecían a la vez llenos de enojo y de miedo.

—¿A quién? —se preguntó Bambi—. ¿A quién visteis?

—Yo hice todo lo posible —decía la ardilla, apretando las patitas contra el corazón—; hice todo lo posible por prevenir al pobre príncipe.

—Yo también —protestó el grajo con su voz áspera—. ¿Cuántas veces le grité? Pero él no quiso escucharme.

—Tampoco me escuchó a mí —chilló la urraca—. Le llamé por lo menos diez veces. Hasta quise volar por encima de él, porque me pareció que no alcanzaba a oírme; “volaré hasta el macizo de avellanos”, me dije. “Allí no podrá menos que oírme”. Y en ese preciso instante ocurrió la desgracia...

—Mi voz es tal vez más fuerte que la de todos vosotros; yo le previne lo mejor que pude — dijo la corneja con desfachatez. Pero caballeros de tal estampa prestan poca atención a los que son como nosotros.

—Demasiado poca, sí —convino la ardilla.

—En fin, hicimos lo que pudimos —agregó la urraca—. Nosotros no tenemos la culpa de que ocurran accidentes así.

—¡Era un príncipe tan hermoso! —se lamentó la ardilla—. Y estaba realmente en la flor de la vida.

—¡Aakj! —graznó el grajo—. Hubiese sido mejor para él no mostrarse tan orgulloso y prestar atención a nuestras voces.

—No puede decirse que fuese un príncipe orgulloso.

—Por lo menos, no más que los otros príncipes de su familia —agregó la urraca.

—Bah, no era más que un estúpido —dijo el grajo en tono despectivo.

—El estúpido eres tú —le contestó la corneja desde arriba—. No hables de estupidez porque todo el bosque sabe cuan estúpido eres.

—¡Yo! —exclamó el grajo, tieso de estupefacción—. Nadie puede acusarme a mí de estupidez; puedo ser algo descuidado, pero nunca estúpido.

—Bueno, lo que tú quieras —replicó la corneja con gravedad—. Olvida lo que te dije; pero recuerda que el príncipe no murió porque fuese orgulloso o estúpido, sino porque nadie puede escapar a Él.

—¡Aak! —graznó el grajo—. No me gusta esta clase dé conversación. Y se alejó volando.

La corneja agregó entonces:

—Él ya ha eliminado a varios de mi familia. Mata a todo el que se le antoja. Nada puede protegernos contra Él.

—Hay que estar constantemente en guardia contra Él —intervino la urraca.

—Ya lo creo que sí —dijo con tristeza la corneja—. Adiós.

Y se fue volando seguida por su familia. Bambi miró a su alrededor. Ya su madre no estaba allí.

—¿De qué está hablando ahora esta gente? —se dijo— . Yo no alcanzo a comprenderlo.

¿Quién es ese Él de quien hablan tanto? Aquel a quien yo vi entre los matorrales también era

Él; y sin embargo, no me mató.

Después Bambi pensó en el príncipe, yacente a sus pies, con el hombro deshecho, ensangrentado. Ahora estaba muerto... Bambi empezó a caminar. Nuevamente el bosque cantaba con sus mil voces; el sol atravesaba el follaje con sus fuertes rayos de luz. Había luz en todas partes. Las hojas empezaban a despedir olor. Muy arriba, en lo alto, los halcones soltaban su grito; muy cerca un pájaro carpintero picoteaba un tronco como si nada hubiese ocurrido. Bambi no se sentía nada feliz. se sentía amenazado por un peligro indefinible. No comprendía cómo otros podían vivir tan despreocupados y contentos cuando la vida era tan difícil y peligrosa. Después, se sintió invadido del deseo de penetrar en lo más espeso del bosque; quería llegar hasta lo más recóndito. Ansiaba encontrar un escondite donde, protegido por todos lados por la impenetrable espesura, no pudiese

ser visto por nadie. Ya no quería volver nunca más al prado.

Algo se movió suavemente entre unas matas. Bambi retrocedió violentamente. El viejo ciervo estaba frente a él.

Bambi temblaba. Quería huir; sin embargo, pudo dominarse y permanecer en el mismo sitio. El ciervo le miró con Sus ojos grandes, de mirada profunda, y preguntó:

—¿Tú también estabas ahí cuando ocurrió la desgracia?

—Sí —replicó él en voz baja—. Sentía repercutir los fuertes latidos del corazón en la garganta.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó el príncipe. Bambi contestó con voz más baja aún:

—No lo sé.

El viejo ciervo siguió mirándole.

—No lo sabes, y sin embargo, ¿no la llamas? —preguntó. Bambi fijó la mirada en el rostro noble; después se fijó en las cuernas del ciervo, y se sintió repentinamente lleno de coraje.

—Yo también puedo arreglármelas solo ahora —dijo. El príncipe le estudió un instante; después preguntó en tono bondadoso:

—¿No eres tú el pequeñuelo que encontré hace poco, llorando y clamando por su madre? Bambi se sintió algo confundido, pero el coraje no le abandonó.

—Sí, soy yo —confesó.

El ciervo se quedó mirándolo en silencio, y a él le pareció que ahora los ojos de mirar profundo tenían una expresión más tierna.

—En aquella oportunidad tú me reprendiste, príncipe —agregó, excitado—, porque yo tenía miedo de quedarme solo. Desde entonces he dejado de tener miedo.

El ciervo le miró con estimación y esbozó una ligerísima sonrisa, poco visible para quien no se fijase bien. Sin embargo, Bambi la notó.

—Noble príncipe —dijo entonces en tono confidente—, ¿qué ha sucedido? Yo no logro entenderlo. ¿Quién es ese Él del que hablan todos?

Pero calló enseguida, aterrorizado por la mirada severa que le mandó callar.

Siguió una pausa. El viejo ciervo parecía tener la mirada perdida en lontananza. Después dijo, hablando lentamente:

—Escucha, olfatea y mira por ti mismo. Averígualo tú solo. Después irguió la cabeza con las maravillosas astas.

—Adiós —dijo, y nada más. Enseguida desapareció.

Bambi permaneció anonadado, con deseos de llorar. Pero el “adiós” del príncipe todavía vibraba en sus oídos y le sostuvo. “Adiós”, le había dicho. Luego no podía estar enojado con él.

Esto le hizo sentirse contento y orgulloso, y a la vez inspiró en él pensamientos profundos.

Sí, la vida era difícil y estaba llena de peligros. Pero, ocurriera lo que ocurriese, él sabría hacer frente a todo.

Caminando lentamente, se introdujo en lo más espeso del bosque.

CAPÍTULO VIII

Las hojas empezaron a caer del roble grande situado al borde del prado, y también de todos los otros árboles.

Una rama del roble se elevaba muy por encima de las otras, extendiéndose hacia el lado de la pradera. Dos hojas pendían aún del extremo de esa rama.

—Ya nada es como fue hasta hace poco —dijo una hoja a la otra.

—No —contestó ésta—. Muchas de nosotras han caído esta noche; tú y yo somos casi las únicas que quedamos en esta rama.

—Una nunca sabe a quién le tocará caer antes —dijo la primera hoja—. Aun cuando hacía calor y brillaba el sol, una tormenta o un simple chaparrón bastó para que muchas de nosotras cayesen, a pesar de que todavía eran jóvenes. ¡Ah! Una nunca sabe cuándo le tocará caer...

—El sol ahora brilla raras veces —dijo la segunda hoja con un suspiro—. Y las pocas veces que sale no calienta. Hace falta que vuelva el calor.

—¿Será cierto —dijo la primera hoja—, será cierto que cuando nosotras nos hayamos ido vendrán otras hojas a ocupar nuestro lugar, y después de ésas, otras, y así

sucesiva e indefinidamente, unas hojas irán reemplazando a otras?

—Sí, eso es cierto —murmuró la segunda hoja—. Eso es algo que nosotras no podemos siquiera imaginarlo. Está fuera del alcance de nuestra comprensión.

—El saberlo me entristece mucho —agregó la primera hoja.

Las dos permanecieron calladas un momento. Después la primera hoja se dijo en voz baja:

—¿Por qué debemos caer?... La segunda hoja preguntó:

—¿Qué es de nosotras una vez que hemos caído?

—Nos enterramos...

—¿Qué hay debajo de nosotras? La primera hoja contestó:

—No lo sé; algunos dicen una cosa, otros, otra. Pero nadie sabe nada, en realidad. La segunda hoja preguntó:

—¿Sentimos algo, nos enteramos de lo que es de nosotras cuando estamos allí abajo? La primera hoja repuso:

—¿Quién lo sabe? Ninguna de las hojas que han caído regresó jamás para decírnoslo. Nuevamente volvieron a sumirse en el silencio. Después, la primera hoja dijo con ternura a la segunda:

—No te preocupes por eso; estás temblando.

—Sí, es verdad —replicó la segunda hoja—; estoy temblando. Pero esto no es nada; ahora tiemblo por la menor cosa. Ya no me siento tan firmemente prendida a la rama como antes.

—No hablemos más de estas cosas —sugirió la primera hoja. La otra replicó:

—No; dejemos que sea lo que el destino quiera. Pero... ¿de qué otra cosa podemos hablar? Permaneció callada un instante, y luego añadió:

—¿Cuál de las dos se irá primero?

—Todavía tenemos tiempo de sobra para pensar en eso —le aseguró su compañera—.

Ahora recordemos solamente cuan hermoso era, cuan maravilloso, cuando el sol salía y brillaba con tanto calor que creíamos estallar de vida. ¿Te acuerdas? Evoquemos el rocío de la mañana, las noches plácidas, espléndidas...

—Ahora las noches son tristes —se quejó la segunda hoja—; tristes e interminables.

—No deberíamos quejarnos —dijo dulcemente la primera hoja—. Piensa que hemos sobrevivido a tantas y tantas de nuestras hermanas.

—¿He cambiado mucho? —preguntó tímida pero resueltamente la segunda hoja.

—En absoluto —le aseguró la primera—. Tú sólo piensas que has cambiado, al ver que yo me he puesto tan amarilla y fea. Pero en tu caso no ha ocurrido así.

—Me estás engañando —dijo la segunda hoja.

—No, créeme —exclamó enfáticamente la primera—. Créeme; estás tan bonita como el día en que naciste. Es verdad que se te ve una que otra manchita amarilla aquí y allá, pero apenas se notan; y, por otra parte, esas manchitas no hacen sino aumentar tu hermosura: te lo digo de veras.

—Gracias —murmuró la segunda hoja, muy emocionada—. No te creo, no te creo en absoluto; pero lo mismo te quedo agradecida, porque eres muy buena; siempre lo has sido para conmigo. Creo que es ahora cuando empiezo a darme realmente cuenta de lo bondadosa que eres.

—Cállate —dijo la otra hoja; y se calló ella, porque se sentía demasiado emocionada para poder decir algo más. Las dos permanecieron silenciosas. Pasaron horas. Después, un viento húmedo sopló, frío y hostil, a través de las copas de los árboles.

—Ah, ahora —dijo la segunda hoja—; yo... Y su voz se quebró. Arrancada de la rama, cayó dando vueltas. Había llegado el invierno.

CAPÍTULO IX

Bambi notó que todo estaba cambiado. Resultaba un poco difícil para él acostumbrarse a ese mundo alterado. En el bosque todos habían vivido siempre como ricos, y ahora se veían obligados a hacer frente a tiempos duros. Por su parte no conocía otra cosa que la abundancia. Para él había sido siempre cosa entendida que nunca faltaría qué comer; jamás imaginó que podría llegar a tener que preocuparse por conseguir el alimento. Creía que iba a poder dormir siempre a la sombra verde del follaje espeso, donde nadie le vería, y, sobre todo, que conservaría siempre su pelaje, suave, hermoso y brillante de color rojizo.

Pero ahora todo estaba cambiado sin que él se hubiese dado cuenta de que ese cambio ocurría. El proceso que ahora llegaba a su fin sólo le había parecido una serie de episodios sin importancia. Le gustaba ver los velos de blancura lechosa formados por la niebla que todas las mañanas venía del prado, o que bajaba bruscamente del cielo gris al amanecer. Estos hermosos velos se desvanecían con la aparición del sol. La blanca escarcha que cubría la pradera como una sábana de resplandeciente albura también le deleitaba. Algunas veces le gustaba escuchar a sus primos, los grandes alces. Todo el bosque se estremecía con las vibraciones de sus potentes voces reales. Bambi

escuchaba atemorizado; pero al mismo tiempo su corazón no podía menos que experimentar gran admiración cuando ellos lanzaban su grito. Recordaba que los reyes tenían cuernas llenas de astas, parecidas a verdaderos árboles. Y le parecía que sus voces eran tan potentes como esas cuernas. Cuando oía las profundas vibraciones, permanecía inmóvil. Las voces graves llegaban hasta él como la expresión de esos nobles seres, que daban de este modo rienda suelta a la nostalgia, a la ira o al orgullo, según el estado de ánimo que les dominase. Bambi luchaba en vano contra sus terrones. Siempre se sentía dominado por ellos cuando oía esas voces; sin embargo, se sentía lleno de orgullo por tener tan nobles parientes. Al mismo tiempo no dejaba de experimentar una extraña sensación de disgusto por el hecho de que sus primos fuesen tan inaccesibles.

Eso le ofendía y humillaba sin saber exactamente por qué, y sin que en realidad se diese exacta cuenta de ello.

Después de la época del apareamiento, y cuando las voces de los alces y ciervos se acallaron, Bambi empezó a notar los otros fenómenos. Por la noche, cuando vagaba por el bosque, o de día, cuando estaba en el claro, oía murmurar a las hojas que caían de los árboles. Susurraban y crujían incesantemente al caer de las ramas, atravesando el aire. sobre la tierra había

un constante y delicado son. Era algo maravilloso despertar y escucharlo; algo maravilloso quedarse dormido al arrullo de esas voces suaves que murmuraban melancólicamente. Pronto las hojas formaron una espesa alfombra sobre la tierra; y cuando uno caminaba, se esparcían levantándose livianas, crujiendo suavemente. Era muy divertido apartarlas con cada paso y formar con ellas altas pilas. se oía entonces un sonido, un "¡Sh- sh!" suave, claro, argentino. Por otra parte, también resultaba muy útil, pues Bambi tenía que ser particularmente cuidadoso en esos días, prestando atención para escucharlo y olfatearlo todo. Gracias a las hojas caídas se podía oír el paso de cualquier animal por el punto más distante. Al menor contacto soltaban su crujido, su característico "¡Sh-sh!". Nadie podía pasar sobre ellas sin delatar su paso.

Pero después vino la lluvia. Caía desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche. A veces seguía lloviendo ininterrumpidamente durante toda la noche, hasta el día siguiente. Escampaba un poco, para continuar luego con vigor renovado. El aire estaba húmedo y frío; todo el mundo parecía estar lleno de agua. Si uno trataba de mordisquear el pasto del prado se le llenaba la boca de agua; y si intentaba arrancar una ramita con loe dientes, un verdadero torrente de agua empapaba los ojos y el hocico. Las hojas no crujían ya. Yacían pálidas y empapadas sobre la tierra;

aplastadas por la lluvia, ya no producían ruido. Bambi descubrió por primera vez lo desagradable que resulta estar todo el día bajo la lluvia, y quedar completamente calado hasta la misma piel. Todavía no había caído ninguna helada, y, sin embargo, ya suspiraba por el tiempo caluroso, pensando que era algo muy triste el tener que andar de un lado para el otro completamente mojado.

Cuando sopló el viento del Norte, Bambi descubrió lo frío que era. No le servía de gran cosa el acurrucarse pegadito a la madre. Es claro que al principio encontró delicioso estarse allí tirado, pudiendo mantener al menos uno de sus costados en agradable tibieza. El viento del Norte soplaba a través de la espesura durante todo el día y toda la noche. Parecía impelido por una incomprensible y fría rabia que le llevaba hasta el extremo de la locura; daba la impresión de que quería desarraigar todo el bosque, devastándolo, aniquilándolo. Los árboles gemían, pero ofrecían obstinada resistencia, luchando con todas sus fuerzas contra la fiera embestida del viento. Uno podía oír sus hondos quejidos, sus chasquidos como gritos de dolor, el fuerte estallido de sus ramas grandes al quebrarse, el doloroso y a la vez colérico crujido cuando un tronco se rompía y el árbol vencido parecía gritar por cada herida de su rendido y agonizante cuerpo. Nada más podía oírse fuera de eso, pues la tempestad se

ensañaba con fuerza aun más terrible sobre el bosque, y sus rugidos ahogaban los ruidos menores.

Bambi supo entonces que había llegado el momento da la escasez, de la lucha por la vida. Vio cómo la lluvia y el viento habían cambiado al mundo. Ya no quedaba una hoja en los árboles ni en los arbustos. Todos estaban allí despojados, enseñando su triste desnudez, elevando sus ramas peladas al cielo, como clamando misericordia. El pasto del prado estaba marchito y más corto, como si se hubiese metido dentro de la tierra. Hasta el claro parecía arruinado, desnudo. Desde la caída de las hojas no era posible estar allí tan bien oculto como antes. El claro estaba ahora abierto por todos sus costados.

Un día, en el momento en que una joven urraca volaba sobre el prado, sintió que algo blanco y muy frío le caía en un ojo. A esa cosita siguió otra igual, y otra, y otra. Sintió como si tuviese un velo delante de los ojos, mientras las cositas, pequeñas, de blancura enceguecedora, danzaban a su alrededor. La urraca titubeó en su vuelo, revoloteó un poco, y luego se lanzó en línea recta hacia arriba. Todo en vano. Los blancos y fríos copos estaban en todas partes y otra vez se le

metían en los ojos. Sin embargo, ella siguió volando hacia arriba, remontándose muy alto.

—No te afanes tanto, queridita —le gritó desde arriba una corneja que volaba en su misma dirección—; no te afanes tanto. No podrás volar lo suficientemente alto como para ponerte fuera del alcance de esos copos. Esto es nieve.

—¡Nieve! —exclamó sorprendida la urraca, luchando siempre contra los copos que caían

sin cesar.

—Eso parece —repuso la corneja—. Estamos en invierno; esto no puede ser otra cosa que nieve.

—Perdóname —dijo la urraca—; yo salí del nido en el pasado mes de mayo. No sé nada con respecto al invierno.

—Hay muchos como tú —declaró la corneja—; pero no te afanes. Aprenderás pronto.

—Bueno —dijo la urraca—, si esto es nieve, creo que voy a descansar un poco.

Se detuvo sobre la rama de un saúco y sacudió el cuerpo para desprenderse de la nieve que lo cubría. La corneja se alejó volando torpemente.

Al principio Bambi se sintió encantado con la nieve. El aire estaba sereno y apacible mientras las estrellitas de agua congelada caían al suelo girando; el

mundo tenía ahora un aspecto completamente nuevo. Era más luminoso, más alegre; y todas las veces en que el sol salía un poquito, todo brillaba y la sábana blanca que cubría la tierra despedía destellos y luces tan vivas que enceguecían.

Pero Bambi dejó pronto de sentirse complacido con la nieve. Cada vez iba haciéndose más y más difícil encontrar alimento. Tenía que escarbar interminablemente antes de poder encontrar una brizna marchita de hierba. La escarcha le lastimaba las patas; y él temía lastimarse también los pies. Gobo ya se los había lastimado. Es claro que Gobo era de los que no pueden aguantar nada, por lo que constituía una constante fuente de disgustos para su madre.

Los ciervos estaban siempre juntos, y se mostraban más compañeros que antes. Ena traía a bus hijos con frecuencia; Marena, una cierva adolescente, se unió al grupo más tarde. Pero la que más contribuía al entretenimiento de todos era la anciana Netla. Ésta sabía bastarse a sí misma y tenía ideas propias sobre todas las cosas.

—No —solía decir—; yo no quiero más preocupaciones con los hijos. Ya he tenido bastantes; son una verdadera broma.

Falina le preguntó una vez:

—Pero ¿cómo pueden causarle preocupaciones los hijos si son una broma? Y Netla, aparentando enojo, le contestó:

—Sí, son una broma; ¡pero una broma pesada! ¡No, no! Ya he tenido bastantes.

Todos se llevaban perfectamente. Se sentaban los unos junto a los otros, charlando. Los chicos no habían tenido hasta entonces oportunidad de enterarse de tantas cosas nuevas.

Hasta uno que otro príncipe venía a veces a unirse al grupo. Al principio estas reuniones eran un poco ceremoniosas; especialmente los pequeños se sentían llenos de timidez. Pero pronto todos entraron en confianza y las reuniones se hicieron mucho más agradables. Bambi admiraba al príncipe Roño, que era un señor muy respetable, y sentía un profundo cariño hacia el joven y hermoso Karus. A los príncipes se les habían caído las cuernas; Bambi miraba con frecuencia e interés las dos protuberancias redondas, de color gris pizarra, que aparecían cubiertas de muchas puntas redonditas y brillantes, sobre la cabeza de los príncipes. Tenían ciertamente un continente muy noble.

La conversación se hacía de un interés emocionante cuando alguno de los príncipes hablaba

de Él. Roño tenía una protuberancia cubierta de cicatrices en la pata delantera izquierda. Al

apoyarse sobre esa pata cojeaba; y a veces preguntaba:

—¿Se nota que cojeo?

Y todos se apresuraban a asegurarle que no se le notaba en absoluto, que era precisamente lo que Roño quería que le dijesen. En realidad se le notaba, pero muy poco.

—Ah, sí —decía él luego—. Esa vez si que escapé por un pelo.

Y a continuación relataba cómo Él le había sorprendido y cómo le había lanzado su fuego que sólo le hirió la pata. El dolor casi le había enloquecido, cosa que no es de extrañarse, pues el hueso se le había astillado. Pero Roño no perdió la cabeza por eso. Se incorporó y huyó corriendo sobre las tres patas sanas. Aceleró la carrera cuanto pudo a pesar de que «e sentía acometido de una debilidad creciente, pues sabía que le perseguían. Corrió y corrió sin parar, hasta que llegó la noche. Entonces decidió tomarse un descanso. Pero en cuanto volvió el día siguió corriendo hasta que tuvo la certeza de encontrarse a salvo. Entonces resolvió cuidarse, viviendo solo y escondido, y esperó a que se le curase

la herida. Por fin, cuando reapareció, lo hizo convertido en héroe. Es verdad que renqueaba un poco; pero él creía que eso no lo notaba nadie.

Cada vez que se reunían, cosa que ocurría a menudo, se contaban muchas historias. Bambi oyó hablar más que nunca de Él. Oyó describir el aspecto horrible que tenía. Nadie podía mirar su cara desnuda, desprovista de pelos, pálida. Pero él lo sabía por experiencia propia. También hablaban del olor característico que despedía; sobre esto también podía haber hablado Bambi; pero su buena educación le hacía permanecer callado, sin tomar parte en la conversación de los mayores. Según estos último» afirmaban, el olor de Él cada vez tenía algo distinto de la vez anterior en que le habían encontrado; difería en mil detalles sólo perceptibles para un olfato muy fino. Y sin embargo, era fácil reconocerle siempre y al momento, pues resultaba siempre excitante, indescriptible, misterioso y terrible.

Dijeron también cómo Él sólo se servía de dos patas para caminar, y hablaron con admiración de la fuerza sorprendente de bus dos manos. Algunos de ellos no sabían lo que eran las manos. Pero cuando alguien lo explicó, la vieja Netla dijo:

—Yo no veo nada de sorprendente en eso. Una ardilla puede hacer exactamente las cosas que tanto parecen asombraros; hasta un vulgar ratoncillo es capaz de realizar tales maravillas.

Y volvió la cabeza con gesto desdeñoso.

—Oh, no —exclamaron los demás.

Y se pusieron a explicarle que las cosas que hacían la ardilla y el ratón no eran las mismas que podía hacer Él; de ninguna manera. Pero Netla no quiso darse por vencida.

—¿Y qué me decís del baldón? —preguntó—. ¿Y qué del buharro? ¿Y de la lechuza?

Solamente tienen dos patas; pero cuando quieren alguna cosa se apoyan sobre una pata y con la otra se sirven para asirla. Eso es mucho más difícil, y estoy segura de que Él no puede hacerlo.

La vieja Netla parecía decidida a no admirar nada que tuviese relación con Él. Lo odiaba con toda su alma.

—Es un ser odioso —decía; y lo repetía sin cansarse. Por otra parte, nadie la contradecía, pues no había uno que sintiese simpatías hacia Él.

Sin embargo, la conversación se hizo más acalorada cuando alguien dijo que Él tenía una

tercera mano. No eran dos las manos; eran tres.

—Esa es una historia muy vieja —dijo Netla con desdén—. Pero yo no la creo.

—¿No lo crees? —intervino Roño—. Entonces, ¿con qué crees que me rompió la pata?

¿Puedes explicármelo? Ella le contestó con indiferencia.

—Eso es cosa tuya, estimado amigo. A mí nunca me rompió una pata. La tía Ena dio su opinión.

—Yo creo haber visto muchas cosas en mi vida —dijo—. Y opino que hay algo de fundado

en eso de la tercera mano.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo cortésmente el joven Karus—. Tengo un amigo, un cuervo...

Aquí hizo una pausa, momentáneamente turbado, y miró a su alrededor a todos los

presentes, como si temiese que fuesen a reírse de él. Pero cuando vio que todos le escuchaban con atención, agregó:

—Este cuervo está generalmente bien informado, os lo aseguro. Sus informaciones son

sorprendentes. Pues bien, según afirma, Él tiene realmente tres manos, aunque no siempre. La tercera mano es la peligrosa, dice el cuervo. No forma parte de su cuerpo como las otras dos, sino que la lleva colgada del hombro. Agrega el cuervo que se da cuenta exactamente cuando Él va a ponerse peligroso. Es

decir, que cuando viene sin esa tercera mano, Él no es peligroso.

La vieja Netla soltó la carcajada.

—Tu cuervo es un mentecato, mi estimado Karus. Díselo de mi parte. Si fuese tan inteligente como parece creerse, sabría que Él es siempre peligroso: siempre.

Sin embargo, las opiniones diferían entre el resto de los concurrentes. La Madre de Bambi dijo:

—Algunos de Ellos no son peligrosos; eso se puede ver a veces a la primera mirada.

—¿De veras? —dijo Netla—. Y dime, cuando les ves venir, ¿te quedas inmóvil tranquilamente sentada esperando que pasen para darles los buenos días?

La mamá de Bambi contestó en tono conciliador:

—Desde luego que no hago eso; por el contrario, huyo a todo escape. Falina intervino entonces para decir:

—Sí, sí; hay que escapar siempre. Todos rieron.

Pero cuando hablaban de la tercera mano todos se ponían serios y se sentían dominados paulatinamente por el miedo, que se les iba adentrando en las entrañas. Porque, fuera lo que fuese, tercera mano o cualquier otra cosa, la verdad era que se trataba de algo terrible que ellos temían, mas no comprendían. Sólo conocían su existencia por lo que contaban los

demás; pocos de ellos habían logrado ver lo que era eso. Él estaba generalmente erguido, lejos; y raras veces se movía. Uno no podía explicar lo que hacía ni qué ocurría; pero repentinamente se oía un estampido parecido al trueno, saltaba un fuego, y, lejos de Él, uno caía derribado al suelo, con el pecho abierto por terrible herida. Mientras hablaban, todos parecían querer acurrucarse, como si les estuviese dominando la presencia de un poder oscuro, desconocido.

Todos escuchaban con curiosidad estas historias que siempre eran horribles, y estaban llenas de sangre y de sufrimiento. Escuchaban incansables todo lo que se decía de Él; algunas de las historias, y acaso la mayoría, eran inventadas; en realidad, cuentos y consejas que venían de los padres y los abuelos. En todos esos cuentos todos buscaban inconscientemente la manera de aplacar este poder maléfico, o un modo de escapar al mismo.

—¿Qué importancia tiene —preguntó el joven Karus con desaliento— la distancia a que se encuentra Él cuando mata?

—Tu sabio amigo, el cuervo, ¿no supo aclarárselo? —se burló la vieja Netla.

—No —repuso Karus con una sonrisa—. Dice que ha visto muchas veces a Él; pero la verdad es que nadie

puede explicar el misterio de ese ser terrible, pues nadie osa acercársele.

—Sí —observó Roño—. Él es peligroso para todos; cuando quiere también derriba a los cuervos de los árboles.

—A los faisanes los mata hiriéndolos en el ala —declaró la tía Ena.

La madre de Bambi dijo:

—Mi abuela me decía que mata arrojando la mano contra uno.

—¿De veras? —preguntó la vieja Netla—. ¿Y entonces qué es lo que produce ese horrible estruendo?

—Eso ocurre cuando se quita la mano —explicó la madre de Bambi—. Entonces es cuando despide fuego y estalla. Adentro está lleno de fuego.

—Perdona que te interrumpa —intervino Roño—. Sí; es cierto que Él está lleno de fuego. Pero lo que dices con respecto a su mano es erróneo. Una mano no podría producir semejantes heridas. Eso puedes verlo por ti misma. Yo creo que lo más probable es que se trate no de una mano, sino de un diente. Un diente en este caso aclararía muchas cosas. Vosotros bien sabéis que se puede morir de una mordedura.

—¡Ah! —suspiró Karus—. ¿Y no dejará nunca de darnos caza?

Entonces habló Marena, la joven cierva.

—Dicen que llegará el tiempo en que Él vendrá a vivir son nosotros y será tan bueno como nosotros lo somos. Entonces jugará en nuestra compañía y todo el bosque será feliz; y nosotros seremos bus amigos.

La vieja Netla soltó la carcajada.

—Deja que Él se quede donde está y nos deje a nosotros en paz —dijo. Tía Ena repuso en tono de reproche:

—No deberías hablar de ese modo, Netla.

—¿Por qué no? —replicó acaloradamente ésta—; ¡no veo por qué no he de hablar así!

¡Amigos de Él! ¡Ha estado matándonos desde que tenemos memoria; ha matado a nuestras hermanas, a nuestras madres y hermanos! Desde que llegamos al mundo, Él no nos ha dejado vivir en paz, y nos ha dado la muerte dondequiera que mostrásemos la cabeza. ¡Y ahora pretendes que seamos sus amigos! ¡Qué tontería!

Marena miró a todos con sus ojos grandes, serenos, brillantes.

—El amor no es tontería —dijo—; algún día habrá de ser. La vieja Netla le volvió la espalda.

—Me voy a buscar algo que comer —dijo, y se alejó al trote.

CAPÍTULO X

El invierno pasaba lentamente. A veces la temperatura se elevaba un poco; después volvía a nevar; la nieve se amontonaba, y formaba una capa tan espesa que resultaba imposible quitarla. Lo peor era cuando venía el deshielo y el agua derretida volvía a congelarse al llegar la noche. Entonces se formaba una capa resbaladiza de hielo que se rompía a menudo en astillas que lastimaban y cortaban lo» tiernos menudillos de los ciervos hasta hacerles sangrar.

Hacía varios días que caía una helada intensa. El aire era más puro y estaba tan enrarecido como no lo estuviera hasta entonces; a veces desplegaba gran energía y soplaba convertido en viento silbante. Era el suyo un silbido agudo, muy propio del tiempo frío.

En los bosques reinaba el silencio; pero todo» los días sucedía algo horrible. Una vez las cornejas se echaron sobre el hijito de la amiga liebre, que yacía enfermito, y lo mataron de una manera despiadada. El pobrecito estuvo lamentándose lastimeramente durante largo rato. La amiga liebre no estaba en casa; y cuando se enteró de la triste noticia se puso fuera de sí por la pena.

Otra vez la ardilla anduvo corriendo alocadamente, debido a una gran herida que le produjera el hurón al cogerla con los dientes. La ardilla había escapado por

puro milagro. No podía hablar debido al dolor intenso que sentía, pero corría como enloquecida de una a otra rama. Todos podían verla. Parecía haberse vuelto loca de veras. De vez en cuando se detenía, se sentaba, levantaba desesperadamente las patas delanteras y se agarraba la cabeza con desesperación y espanto, mientras la roja sangre corría por su blanco pecho. Estuvo corriendo así como una hora; después, bruscamente, tropezó, su cuerpo chocó contra una rama, y finalmente cayó muerta sobre la nieve. Un par de urracas se apresuraron a descender sobre su cadáver para devorarlo.

Otro día un zorro destrozó al fuerte y hermoso faisán, que en vida gozara de tanto respeto y popularidad en el bosque. Su muerte provocó el sentimiento del amplio círculo de sus amistades, quienes trataron de confortar a la inconsolable viuda.

El zorro le había sacado a la rastra de debajo de la nieve, donde el pobre se había creído bien oculto y a salvo de todo ataque. Nadie podía haberse sentido más seguro que el faisán, pues la cosa ocurrió en pleno día. La terrible lucha por la vida, el miedo de ser atacado, la falta de alimentos, males todos que parecían no tener fin, hicieron que se extendiesen entre los habitantes del bosque la amargura y la brutalidad. Éstas destruyeron todas las memorias del pasado, la fe del uno hacia el

otro, y arruinaron todas las buenas costumbres que tenían. En el bosque ya no había ni paz ni misericordia.

—Cuesta creer que la situación pueda mejorar algún día —suspiraba la madre de Bambi. La tía Ena suspiraba también.

—Resulta difícil creer que existieron tiempos mejores que éstos— dijo.

—Y sin embargo —terció Marena con la mirada perdida en la lejanía—, yo siempre pienso en los hermosos tiempos pasados.

—Mira —dijo la vieja Netla a la tía Ena—. Tu hijito está temblando —y señaló a Gobo—.

¿Siempre tiembla así?

—Sí —contestó gravemente la tía Ena—. Hace unos días que se estremece en esa forma.

—Pues bien —dijo Netla con su característica rudeza—. Yo me alegro de no tener más hijos ya. Si ese pequeño fuese mío ya estaría preguntándome si lograría sobrevivir al invierno.

El futuro no parecía, verdaderamente, muy promisorio para Gobo. El pobre estaba muy débil. Siempre había sido mucho más delicado que Bambi y Falina, y estaba quedándose más pequeño que ellos. Su crecimiento era más deficiente a medida que transcurría el tiempo. Ni siquiera podía injerir el poco alimento de que se

disponía, pues le daba dolor de estómago. Aparte de eso, estaba completamente agotado por el frío, y por los horrores que le rodeaban. Cada vez temblaba más y más y apenas podía mantenerse en pie. Todos le miraban compasivamente.

La vieja Netla se acercó a él y le acarició bondadosamente con el hocico.

—No estés tan triste —le dijo para animarle—; ésta no es manera de comportarse un joven príncipe como tú; además, poniéndote así vas a enfermarte más todavía. Ánimo.

Y enseguida se volvió para que nadie pudiese ver lo emocionada que estaba.

Roño, que se había echado de costado sobre la nieve, se puso en pie de un salto.

—No sé qué será —murmuró mirando a su alrededor—; no sé qué será..., pero me siento intranquilo. Todos se pusieron alerta.

—¿Qué pasa? —preguntaron.

—No lo sé —repitió Roño—. Pero me siento intranquilo. Repentinamente me sentí lleno de inquietud, como si fuese a ocurrir algo...

Karus venteó repetidamente y con fuerza.

—Yo no huelo nada extraño —declaró. Todos permanecieron inmóviles, escuchando y tomando el aire.

—No hay nada; no se huele nada —manifestaron uno tras otro.

—No obstante —insistió Roño—, podéis decir lo que os parezca; pero aquí pasa algo. Marena dijo:

—Las cornejas están graznando.

—Y ahora empiezan a graznar otra vez —dijo Falina tras una pausa. En efecto, todos pudieron oírlas.

—Ahora las veo volar —avisó Karus.

Todos miraron para arriba. Por encima de las copas de los árboles se veía volar un grupo de cornejas. Venían del extremo más distante del bosque, es decir, del lado por donde siempre llegaba el peligro. Las cornejas venían lamentándose en voz baja. Debía de haber ocurrida algo anormal.

—¿Qué les dije? —preguntó Roño—. Ya veis cómo está ocurriendo algo.

—¿Qué hacemos? —preguntó la madre de Bambi en voz baja, presa de la ansiedad.

—¡Vámonos de aquí! —dijo la tía Ena, alarmada.

—Esperemos —ordenó Roño.

—Pero ¡las criaturas! —replicó la tía Ena—, ¡los pequeños! ¡Gobo no puede correr!

—Vete —accedió Roño—; vete entonces con tus hijos. No creo que sea necesario, pero tampoco impediré que te vayas.

Roño dijo estas palabras con seriedad; parecía prestar atención a algo.

—Vamos, Gobo; vamos, calina. No hagáis ruido, y proceded con cautela. Y no dejéis de seguirme a mí.

Después de dar estas instrucciones a sus hijos, la tía Ena se alejó seguida por ellos. Transcurrieron varios minutos. Todos permanecían inmóviles, temblando.

—Como si ya no hubiéramos sufrido bastante —empezó a quejarse la vieja Netla—, todavía tenemos que pasar por esto...

Daba muestras de gran enojo. Bambi la miró y se dio cuenta de que estaba pensando en algo horrible.

Tres o cuatro urracas habían empezado ya a gritar por el lado del bosque de donde vinieran las cornejas.

—¡Cuidado! ¡Cuidado, cuidado! —exclamaban.

Los ciervos no podían verlas, pero las oían llamándose y avisándose entre sí. Algunas veces una sola, y otras, todas a la vez, gritaban:

—¡Cuidado! ¡Cuidado, cuidado!

Después se acercaron. Revoloteaban aterrorizadas de árbol en árbol, atisbaban por entre las ramas, mirando hacia atrás, y volvían a volar otra vez nerviosamente, alarmadas, llenas de miedo.

—¡Aakj! —gritaron los grajos, dando su voz de alarma lo más alto posible.

De repente todos los ciervos se espantaron, apretujándose los unos contra los otros. Después permanecieron tiesos, inmóviles, tomando el aire.

Acababan de reconocer la proximidad de Él.

Una fuerte oleada de olor llegó hasta el olfato de los ciervos, que permanecieron en la misma inmovilidad, pues no podían hacer otra cosa. El olor les llenaba las narices y les entorpecía los sentidos, y hacía que el corazón se les paralizase de horror.

Las urracas continuaban charlando excitadas. Allá en lo alto los grajos seguían gritando. En los contornos, el bosque se había llenado repentinamente de vida. Los pájaros revoloteaban por entre las ramas, parecidos a pequeñas pelotas aladas, y piaban:

—¡Corran! ¡Corran!

Los mirlos volaban velozmente por encima de lo» paros, soltando sus trinos largos. A través de la maraña de las ramas sin hojas veían sobre la blanca nieve la loca desbandada sin rumbo fijo de otros seres más pequeños: los faisanes. De pronto se vio pasar

como un relámpago rojizo: era el zorro que huía también. En ese momento nadie le temía. El terrible olor aún llenaba el aire aterrorizándolos a todos por igual, y ese terror les unía en un miedo colectivo que les hacía enloquecer en el común y febril impulso de huir, de salvarse.

El misterioso y subyugante olor llenaba el bosque de tal manera que todos se dieron cuenta de que esta vez Él no venía solo, sino acompañado por mucho» de sus iguales; la matanza sería espantosa...

Nadie se movía. Miraron a los paros, que ahora se desbandaban con agitados aleteos; a los mirlos y a las ardillas, que iban de una a otra copa en saltos alocados. Sabían que todas las criaturas pequeñas del suelo no tenían nada que temer; sin embargo, comprendían el pavor que se había posesionado de ellas, pues no había habitante del bosque que pudiese resistir el olor ni la presencia de Él.

La amiga liebre pegó un brinco. Luego titubeó, se quedó sentada y finalmente dio otro salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Karus con impaciencia, Pero la liebre se volvió a mirar con ojos azorados, sin poder articular palabra. La pobre estaba llena de espanto.

—¿Qué ganamos con preguntar? —dijo Roño con desaliento. La liebre trató de recobrar el resuello.

—Estamos rodeados —dijo por fin, con voz apagada—, No podemos escapar por ningún lado. Él está en todas partes.

En ese preciso instante oyeron la voz de Él. En número de veinte o treinta, Ellos gritaron:

—¡Ho! ¡Ho! ¡Ha! ¡Ha!

Y sus voces resonaban en el aire como los vientos y las tormentas. Golpeaban los troncos de los árboles como si fuesen tambores. El ruido resultante era una verdadera tortura, un horror indescriptible. Luego se oyó el ruido característico de los matorrales, con sus crujidos y chasquidos: eran Ellos, que se abrían paso; el ruido de las ramas al romperse era cada vez más claro.

Era Él, que se acercaba.

Era Él, que se acercaba al corazón mismo de la espesura.

De pronto se oyeron unos gorgoritos aflautados, emitidos en forma entrecortada y acompañados por el fuerte batir de unas alas que se remontaban. Era un faisán que levantaba vuelo y había estado a punto de sucumbir bajo el pie de Él. Los ciervos oyeron cómo el batir de alas se hacía menos audible a medida que el ave se elevaba. Entonces se produjo un estampido fuerte como el trueno. Luego, el silencio. Enseguida, el ruido sordo de un cuerpo al dar contra el suelo.

—Ha muerto —dijo temblando la madre de Bambi.

—Es el primero que cae —agregó Roño. La joven cierva, Marena, dijo:

—En este momento van a morir muchos de nosotros. Tal vez yo sea una de ellos. Nadie prestó atención a sus palabras, pues todos eran presa de miedo atroz.

Bambi trató de pensar. Pero los ruidos salvajes que producía Él se hicieron más y más fuertes y paralizaron sus sentidos. Ahora no oía otra cosa que esos ruidos, que le entumecían; y sin embargo, en medio de la feroz gritería, y a pesar del estrépito indescriptible, podía percibir claramente los latidos de su corazón. No sentía otra cosa que curiosidad, y ni siquiera se daba cuenta que temblaba de pies a cabeza. De vez en cuando la madre le decía al oído:

—Quédate bien junto a mí.

En realidad, se lo decía a gritos; pero en medio del estruendo a Bambi le parecía apenas un susurro. Ese “Quédate bien junto a mí” le inspiraba valor. Era como una tabla de salvación. Sin eso habría salido corriendo de una manera insensata; justamente lo oyó en el momento en que iba a perder la serenidad y a lanzarse alocadamente a la carrera.

Bambi miró a su alrededor. Toda suerte de criaturas pasaban sin cesar, atropellándose, chocando ciegamente las unas contra las otras. Una pareja de

comadrejas pasó corriendo de tal manera, que sólo se vio de ellas como un par de rayas alargadas; tal era la velocidad que llevaban. La mirada apenas podía seguirlas. Un hurón estaba escuchando, como hechizado, los chillidos que soltaba la desesperada liebre.

Un zorro estaba en medio de un grupo de faisanes. Éstos no le prestaban la menor atención.

Corrían de un lado para el otro pasando por debajo de sus narices, y por su parte tampoco él parecía darse cuenta de ellos. Inmóvil, con la cabeza echada hacia adelante, escuchaba el estrépito irguiendo las orejas puntiagudas, y venteaba constantemente con fuertes olfateadas.

Sólo movía la cola, y ese meneo indicaba precisamente la intensa concentración con que escuchaba.

Un faisán pasó veloz. Venía del lugar donde el peligro era mayor; el pobre estaba fuera de sí de tan aterrorizado.

—¡No tratéis de volar! —gritó a los otros—. ¡No voléis! ¡Hay que correr! ¡Se trata de no perder la cabeza! ¡Nada de volar! ¡A correr, a correr!

Y siguió repitiendo las mismas palabras como si quisiese darse coraje por ese medio. Pero en realidad ya ni se daba cuenta de lo que decía.

—¡Ho! ¡Ho! ¡Ha! ¡Ha! —venía el grito de muerte, ahora aparentemente desde muy cerca.

—¡A no perder la cabeza! —gritó el faisán. En el mismo momento la voz se le quebró en un silbido entrecortado, y extendiendo las alas se elevó con fuerte aleteo. Bambi le vio ascender en línea recta por entre los árboles, batiendo las alas con energía. El azul metálico y las pintas castañoverdosas de su cuerpo refulgían como el oro. Las largas plumas de su cola estaban majestuosamente extendidas. Se oyó un estampido seco, como un trueno. El faisán se encogió bruscamente en medio de su vuelo. La cabeza se le cayó pesadamente, como si quisiese alcanzar las garras con el pico, y enseguida se derrumbó pesadamente al suelo. Cayó entre los otros y no se movió más.

Entonces todos parecieron perder la cabeza. Corrían los unos hacia los otros, embistiéndose. Cinco o seis faisanes se remontaron simultáneamente con gran rumor de alas.

—¡No voléis! —gritaron los demás, y echaron a correr. El trueno volvió a dejarse oír cinco o seis veces más, y varias de las aves que emprendieron el vuelo cayeron sin vida.

—Vamos —dijo la madre de Bambi. Éste miró a su alrededor. Roño y Karus ya habían escapado. La vieja

Netla les seguía. Sólo Marena estaba junto a ellos. Bambi caminó detrás de su madre, y Marena les siguió tímidamente. Alrededor de ellos se oían voces y gritos; el trueno no dejaba de estallar. La madre de Bambi estaba serena. Temblaba un poco, pero lograba dominarse perfectamente.

—Bambi, hijo mío —dijo—; quédate continuamente detrás de mí. Tendremos que salir de aquí y atravesar el gran espacio abierto. Pero por ahora debemos andar lentamente.

El estrépito ahora era ensordecedor hasta la locura. El trueno se dejó oír diez; doce veces, arrojado por las manos de Él.

—Atención —dijo la madre de Bambi—. Ahora no corras. Pero cuando lleguemos al espacio abierto, corre lo más velozmente que puedas. Y no olvides esto, Bambi, hijo mío: cuando hayamos llegado allá, no te fijes para nada en mí. Aunque yo caiga, no te fijes en mí: sigue corriendo. ¿Entiendes, Bambi?

La cierva avanzó cautelosamente, paso a paso, en medio de la terrible conmoción. Los faisanes corrían de un lado para otro, escondiéndose en la nieve. Y una vez ocultos, salían bruscamente del escondite para reanudar su alocada carrera. La familia entera de la liebre andaba también de un lado para otro, a saltos; luego se agazapaban para reanudar enseguida los

nerviosos saltos. Nadie dijo una palabra. Todos estaban extenuados, agotados por el ruido, los gritos y el repetido golpear del trueno.

Al frente, Bambi y su madre vieron que aclaraba: era el espacio libre que empezaba a verse a través de la espesura. A sus espaldas, el espantoso tamborileo sobre los troncos de los árboles iba aproximándose más y más. Las ramas estallaban al romperse. se oía el rugiente “¡Ho! ¡Ho! ¡Ha! ¡Ha!”

La liebre y dos de sus primos pasaron corriendo por delante de ellos y se internaron en el claro “¡Bin! ¡Ping! ¡Bang!”, rugía el trueno. Bambi vio cómo la amiga liebre embestía a un saúco en mitad de su carrera y rodaba por el suelo con el blanco vientre vuelto para arriba. Esto le hizo temblar para quedarse enseguida paralizado, petrificado. Pero a su espalda alguien le gritó:

—¡Aquí están! ¡Corre! ¡Corre!

Se oyó un golpear de las alas bruscamente desplegadas. A continuación el aire se llenó de voces entrecortadas, sollozos, lluvia de plumas, aleteos desesperados. Los faisanes, pues eran ellos, levantaron el vuelo de asustados que estaban; se elevaron todos simultáneamente. El aire resonó con los repetidos estallidos del trueno, y enseguida repercutió

con el ruido seco de los que caían muertos, y con los chillidos de los que habían escapado con vida.

Bambi oyó ruido de pasos y se volvió para ver quién era. Era Él, Él, que avanzaba a través de los matorrales, por todos lados. Él, que salía de todas partes, multiplicándose, golpeándolo todo a su alrededor, batiendo los matorrales, martillando los troncos de los árboles y gritando con voz diabólica.

—Ahora —dijo la madre de Bambi—. Huye de aquí y no te mantengas muy cerca de mí. Dichas estas palabras, ella misma emprendió la carrera de un salto, rozando apenas el suelo cubierto de nieve. Bambi salió corriendo en pos de ella. El trueno estallaba alrededor de ellos, por todas partes. Parecía como si la tierra fuese a partirse en dos. Bambi no veía nada. Seguía corriendo. Le asaltó un fuerte deseo de alejarse del tumulto y de ponerse, sobre todo, fuera del alcance de ese olor que parecía ahogarle; sentía un impulso creciente de correr, de volar; el deseo de salvarse se había manifestado, por fin, en lo más íntimo de su ser. Y corrió. le parecía distinguir a su madre corriendo adelante, pero no estaba seguro de que fuese ella. El miedo de que el trueno estallase detrás de él cubría los ojos con una especie de velo. Por fin, el terror le dominó por completo, y junto con él el intenso deseo de seguir viviendo. Fuera de eso, no podía pensar en nada, no podía ver nada de lo que le rodeaba. Siguió corriendo...

El espacio libre se vio interrumpido; Bambi se introdujo nuevamente en la espesura. El clamor y los ruidos todavía resonaban en sus oídos. Aún escuchaba los penetrantes estampidos del trueno. En las ramas, por encima de su cabeza, resonaba un golpeteo acompasado parecido al de la, caída del granizo. Luego se hizo el silencio. Bambi seguía corriendo.

Un faisán yacía agonizante sobre la nieve, con la cabeza doblada, agitando débilmente las alas. Cuando oyó llegar a Bambi cesó en sus movimientos convulsivos y murmuró:

—Todo ha terminado para mí.

Pero él no le prestó atención y siguió corriendo.

De pronto se vio en medio de unos matorrales que te forzaron a aminorar la marcha y buscar un paso libre.

Impaciente, pateó contra el suelo.

—Por aquí —le avisó una voz agitada.

Bambi obedeció involuntariamente y encontró enseguida una salida. Alguien avanzaba delante de él con evidente dificultad. Era la esposa de la liebre quien acababa de avisarle.

—¿Puedes ayudarme un poco? —le preguntó. Bambi la miró y no pudo menos que

estremecerse. La pobrecilla arrastraba una de las patas traseras por la nieve; la sangre que manaba del cuerpo inanimado teñía su blancura, y su calor la derretía.

—¿Puedes ayudarme un poquito? —repitió. Hablaba como si estuviese sana y buena, casi como si se sintiese feliz.

—No sé qué puede haberme sucedido —agregó—. No consigo explicarme por qué no puedo caminar...

No terminó de pronunciar estas palabras, cuando rodó sobre la nieve y expiró. Bambi volvió a sentirse acometido del terror y reanudó la carrera.

—¡Bambi!

Este grito le hizo pararse en seco un ciervo le estaba llamando. El llamado se repitió; enseguida la misma voz preguntó:

—¿Eres tú, Bambi?

Entonces vio a Gobo arrastrándose penosamente por la nieve. Todas sus fuerzas estaban agotadas; ya no podía mantenerse en pie. Yacía allí, medio enterrado en la nieve y levantaba la cabeza con dificultad. Bambi se le acercó ansiosamente.

—¿Dónde está tu madre, Gobo? —le preguntó, tratando de recobrar el aliento—. ¿Dónde está Falina?.

Dijo estas palabras rápida, impacientemente. Todavía sentía el corazón lleno de espanto.

—Mamá y Falina tuvieron que seguir sin mí —contestó Gobo resignado.

Hablaba con voz débil, pero con la formalidad y determinación de un ciervo adulto.

—Tuvieron que abandonarme aquí. Caí y ya no pude reincorporarme. Tú también tienes que seguir adelante, Bambi.

—Levántate —dijo Bambi—. ¡Levántate, Gobo! Ya has descansado lo suficiente. Ya no hay un minuto que perder. ¡Levántate y ven conmigo!

—No, déjame —contestó Gobo con calma—. No puedo tenerme en pie. Es imposible. Desearía seguirte, pero estoy demasiado débil.

—Pero ¿qué será de ti? —insistió Bambi.

—No lo sé. Probablemente moriré —repuso sencillamente Gobo.

El clamor volvió a dejarse oír, llenando de nuevo el aire. Se repitieron los estampidos del trueno. Bambi se estremeció. De pronto se quebró una rama. El joven Karus pasó galopando velozmente, huyendo de los perseguidores.

—¡Corre! —gritó al verle—. ¡No te quedes ahí si puedes correr!

Y siguió corriendo con la velocidad del relámpago. Bambi le siguió. Sin embargo, apenas se dio cuenta que

estaba corriendo otra vez, y sólo al cabo de un rato se volvió para decir:

—¡Adiós, Gobo!

Pero ya estaba demasiado lejos. Gobo no podía oírle.

Corrió de ese modo, hasta el caer de la tarde, a través de los bosques que estaban llenos de los gritos y los estampidos del trueno de los perseguidores. A medida que fue oscureciendo volvió a renacer el silencio. Pronto sopló un viento leve que se llevó el olor horrible que se había desparramado por todos los ámbitos. Pero la excitación provocada por la devastadora presencia de Él persistía en todas partes.

El primer amigo con quien se encontró fue Roño. El pobre cojeaba más que nunca.

—Encontré al zorro en el bosquecillo de robles —explicó Roño.

Estaba ardiendo de la fiebre que le produjo una herida. El desdichado sufre horriblemente. No hace más que echar mordiscos a la nieve y a la tierra.

—¿Has visto a mi madre? —preguntó Bambi.

—No —repuso evasivamente Roño. Y se alejó lo más rápidamente que pudo. Más tarde, siendo ya de noche, se encontró con la vieja Netla y con Falina. Los tres se alegraron mucho de estar juntos otra vez.

—¿Habéis visto a mi madre? —les preguntó Bambi.

—No —contestó Falina—. Ni siquiera sé dónde puede estar mi propia madre.

—Bueno, bueno —dijo la vieja Netla en tono risueño—. Éste sí que es todo un problema. Yo, que estaba tan contenta de no tener que molestarme más con los hijos, ahora tengo que cuidar a dos a la vez. ¡Esto sí que está bueno!

Bambi y Falina se echaron a reír.

Luego hablaron de Gobo. Bambi contó cómo le había encontrado; los pequeños se pusieron tan tristes que se echaron a llorar. Pero Netla no les dejó llorar mucho.

—Antes que nada, tenéis que procuraros algo para comer. ¡Dónde se ha visto cosa

semejante! ¡No habéis probado un solo bocado en todo el día!

Enseguida los condujo hasta un lugar donde todavía había algunas hojas que no estaban marchitas del todo. La vieja Netla se comportó tan hondamente como nunca. Ella no comió nada, pero en cambio hizo que Falina y Bambi comiesen. Escarbaba la nieve donde sabía que iba a encontrar pasto, y les ordenaba comer diciéndoles:

—Venid; la hierba aquí está muy buena. O si no, decía:

—Esperad, no comáis eso; ya encontraremos algo mejor un poco más adelante. Pero de vez en cuando agregaba refunfuñando:

—Es ridículo el trabajo que los hijos causan a una. De pronto vieron a la tía Ena que se acercaba y corrieron a su encuentro.

—¡Tía Ena! —exclamó Bambi, que fue el primero en verla.

Falina, fuera de sí de contento, corrió al encuentro de su madre, exclamando:

—¡Madre!

Pero Ena venía llorando y estaba casi muerta de agotamiento.

—Gobo ya no está —sollozó—. Yo fui a buscarle en el sitio donde se echó cuando no pudo sostenerse más..., pero ya no había nada sobre la nieve... Mi pobrecito Gobo ha muerto...

La vieja Netla gruñó: En lugar de desesperarte y llorar, debiste seguir sus huellas en la nieve.

—Allí no había huellas de Gobo —repuso la tía Ena—. En cambio..., vi las huellas de Él...

Él encontró al pobrecito Gobo.

La tía Ena calló. Entonces Bambi preguntó con desaliento:

—Tía Ena..., ¿has visto a mi madre?

—No —contestó ella con voz muy dulce. Bambi no volvió nunca más a ver a su madre.

CAPÍTULO XI

Por fin, los sauces se desprendieron de sus amentos. Todo se vestía de verde, pero todavía las hojas jóvenes de los árboles y los arbustos eran pequeñitas. A la suave luz de la mañana, cuando aún era temprano, brillaban y parecían como unos niños sonrientes que acabasen de despertar.

Bambi estaba frente a un avellano, restregando sus astas nuevas contra la madera. Era muy agradable hacer eso. Y también una absoluta necesidad, ya que sus espléndidas astas todavía estaban cubiertas de corambre y piel. Eso debía caerse, naturalmente, y ninguna criatura sensata iba a esperar a que se desprendiese solo. Bambi golpeó las cuernas hasta que la piel se desprendió, cayéndole en largas tiras sobre las orejas. Al golpear contra los vástagos del avellano una y otra vez, vio cuánto más fuerte eran sus astas que la madera. Esto le hizo sentirse lleno de una sensación de fortaleza y orgullo. Golpeó aún con mayor fuerza y la corteza del arbusto cayó en largas tiras. El cuerpo blanco del árbol quedó expuesto al aire, razón por la cual se puso inmediatamente de un color rojo pardusco. Pero Bambi no reparó en eso. Sólo veía que la madera cedía a sus golpes, y eso le llenaba de ardor. Toda una fila de avellanos quedaron con las marcas dejadas por sus astas.

—Vaya, ya estás casi completamente desarrollado —dijo una voz alegre cerca de él.

Bambi levantó la cabeza y miró a su alrededor. Allí cerca estaba la ardilla, observándole con expresión de simpatía. Desde más arriba llegó a sus oídos una aguda carcajada:

—¡Ja! ¡Ja!

Bambi y la ardilla medio se asustaron. Pero el carpintero, que estaba encaramado sobre el tronco de un roble, dijo:

—Perdóname, pero no puedo menos que reírme cuando os veo a vosotros, los ciervos, comportándoos de esa manera.

—¿Qué tiene mi comportamiento para darte risa? —preguntó cortésmente Bambi.

—¡Oh! —dijo el carpintero—. Vosotros procedéis equivocadamente. En primer lugar, deberías elegir árboles corpulentos, puesto que no podéis sacar nada de las escuálidas ramitas de esos arbustos.

—¿Y qué quieres que saque yo de los árboles?

—Bichos y larvas —repuso riendo el carpintero—. Bichos y larvas. Mira: haz como yo. Dijo, y golpeteó sobre el tronco produciendo una especie de tamborileo: “¡Tack! ¡tack! ¡tack! ¡tack!”

La ardilla ascendió por una rama y le reprendió.

—¿De qué estás hablando tú? El príncipe no busca ni bichos ni larvas.

—¿Por qué no? —dijo el carpintero con voz cantarina—. Constituyen un bocado exquisito. Con estas palabras partió un bicho en dos, se lo tragó, y empezó de nuevo con su tamborileo sobre el tronco del roble.

—Tú no comprendes —siguió reprendiéndole la ardilla—. Un noble señor como él tiene otros motivos, pero muy otros, completamente distintos de los que tú imaginas, para proceder como procede. Hablando de esa manera no haces otra cosa que ponerte en ridículo.

—Pues a mí tanto me da —contestó el carpintero—. Me importan una higa los altos motivos que él pueda tener —agregó en tono jocoso. Y con estas palabras se alejó volando. Entonces la ardilla volvió a su lugar primitivo.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó con expresión de complacencia.

—Me acuerdo perfectamente —contestó Bambi en tono amistoso—. ¿Vives aquí? —agregó señalando al roble. La ardilla le miró con expresión risueña.

—Me estás confundiendo con mi abuela —dijo—. Yo sabía que me confundiste con ella desde el primer momento. Mi abuela vivía aquí cuando tú eras solamente una criatura, príncipe Bambi. Ella solía

hablarme de ti con frecuencia. El hurón la mató hace ya tiempo, el invierno pasado; tal vez tú te acuerdes.

—Sí —repuso Bambi—; me he enterado de eso.

—Pues bien, después mi padre resolvió establecerse aquí —prosiguió la ardilla, sentada, teniendo las dos patitas delanteras pulcramente sobre el blanco pecho—. Es posible que también me confundas con mi padre. ¿Le conociste a él?

—Lo siento —dijo Bambi—; no creo haber tenido ese placer.

—Ya me parecía —exclamó complacida la ardilla—. Papá era un individuo retraído y tímido. No quería saber nada con nadie.

—¿Y dónde está ahora? —inquirió Bambi.

—¡Oh! —dijo la ardilla—. Cayó bajo las garras de la lechuza, hace cosa de un mes. Sí..., ahora soy yo quien vive aquí. Y estoy contenta, porque es donde nací.

Bambi se volvió para irse.

—Espera —se apresuró a gritar la ardilla—. Yo no quería hablarte de esas cosas. Lo que quería decirte es muy distinto.

Bambi se detuvo.

—¿De qué se trata? —preguntó con paciencia.

—Eso mismo —repitió la ardilla—, ¿de qué se trata? Pensó un momento; luego hizo una cabriola y se quedó sentada, bien erguida, manteniendo el equilibrio con su espléndida cola. Miró a Bambi y agregó:

—Ahora sí; ahora me acuerdo de lo que era. Quería decirte que tus cuernas están casi completamente desarrolladas, y que vas a ser un ciervo extraordinariamente hermoso.

—¿Lo dices de veras? —dijo Bambi, divertido.

—Extraordinariamente hermoso, sí, señor —dijo la ardilla; y apretó las patitas delanteras contra el blanco pecho, en un gesto de sincera admiración—. Eres muy alto, esbelto y arrogante; y tus astas tienen unos pitones desusadamente largos y brillantes. Pocas veces se ve un ciervo así.

—¿De veras? —repitió Bambi. Estaba tan contento con lo que acababa de oír, que volvió a dar cornadas contra el avellano, desprendiendo largas tiras de corteza.

Mientras tanto la ardilla habló sin cesar.

—Te diré que son pocos los que tienen semejantes astas a tu edad. Parece increíble. Yo te vi varias veces desde lejos, el verano pasado, y me cuesta creer que seas aquella criatura tan menudita de entonces.

Bambi se quedó repentinamente callado.

—Adiós —dijo de pronto—. Tengo que irme. Y salió corriendo.

No le gustaba que le recordasen el verano anterior. A partir de entonces la vida se había hecho muy difícil para él. Al principio, después de la desaparición de su madre, se había sentido completamente perdido. El largo invierno se le hacía interminable. La primavera llegó tardía y pasó tiempo antes de que el bosque empezase a reverdecer. De no haber sido por la vieja Netla, Bambi tal vez no habría sabido cómo arreglárselas; pero ella le cuidó y le ayudó en todo lo que pudo. A pesar de eso, él se sintió muy solo.

Echaba de menos a Gobo a cada rato; al pobre Gobo, también muerto en aquella terrible ocasión. Durante aquel verano Bambi pensó en él con frecuencia, y por primera vez se dio cuenta de lo bueno y digno de afecto que había sido.

A Falina la veía raras veces. Ésta se quedaba la mayor parte de las veces con su madre, y parecía haberse convertido en una cierva muy tímida. Más tarde, cuando empezó a hacer calor, Bambi volvió a sentirse el mismo de siempre. Le salió la primera asta, y eso le hizo ponerse muy orgulloso. Pero a esa satisfacción siguió pronto un profundo desengaño.

Los otros ciervos le perseguían cada vez que le veían. Le echaban, furiosos. No le permitían que se acercase

a ellos; y hasta tal punto llegó la cosa, que él temió acercárseles por miedo de ser cogido. Tenía miedo de mostrarse, y empezó a internarse por senderos escondidos, en un estado de ánimo muy deprimido.

A medida que los días del verano se hicieron más cálidos, se sintió invadido de una intensa intranquilidad. Tenía el corazón oprimido por una especie de nostalgia que era a la vez dulce y penosa. Cada vez que se le presentaba la oportunidad de ver a Falina o a cualquiera de las amigas de ésta, cosa que ocurría a buena distancia, se sentía dominado por una oleada de incomprensible excitación. A menudo sabía por qué sendero había pasado ella, y aspirando el aire sabía si se encontraba cerca. Entonces se sentía irresistiblemente arrastrado hacia ella. Pero cuando estaba próximo a satisfacer su deseo, terminaba siempre por sufrir una desilusión. O no encontraba a nadie —y después de mucho vagar tenía que admitir que ellas evitaban encontrarse con él—, o, por el contrario, se encontraba con uno de los ciervos, quien no tardaba en echársele encima para golpearle y patearle, y hacerle retirarse por la fuerza. Roño y Karus le habían tratado peor que los demás. No, aquel tiempo no había sido nada feliz.

Ahora, la ardilla venía a recordárselo estúpidamente. De pronto se puso como loco y empezó a correr. Los paros y las currucas revolotearon espantados por

entre los arbustos al verle pasar y se preguntaron los unos a los otros, presas de gran agitación:

—¿Y eso qué fue?

Pero Bambi no los oyó. Una pareja de urracas chachareó nerviosamente:

—¿Qué ha pasado?

El grajo le gritó con enojo:

—¿Se puede saber qué te pasa? Él tampoco le hizo caso. Arriba la oropéndola cantó de árbol en árbol:

—Buenos días, estoy contenta.

Bambi no las contestó. La espesura estaba llena de luz proveniente de distintos rayos de sol que la penetraban. Pero el joven ciervo tampoco se detuvo a observar eso.

De pronto oyó un gran murmullo de alas. Todo un arco iris de alegres colones se escondió a sus pies y le deslumbró de tal manera que se detuvo, encandilado. Era Jonelo, el faisán, quien se elevó por los aires atemorizado, pues Bambi había estado a punto de aplastarlo, Jonelo se alejó refunfuñando.

—¡Nunca he visto cosa semejante! —gritó con su manera de hablar entrecortada, cacareando. El joven ciervo seguía inmóvil, mirándole lleno de perplejidad.

—Esta vez no pasó nada, pero lo mismo fue una acción irreflexiva, desconsiderada —dijo una voz gorjeando

con suavidad. Era Jonelina, la esposa del faisán, quien estaba sentada en el suelo, cubriendo sus huevos.

—Mi marido se llevó un susto terrible —prosiguió con voz irritada—. Y yo también. Sin

embargo no me atrevo a moverme de aquí; no me movería de aquí, sucediera lo que sucediese. Tú podrías haberme aplastado, y sin embargo no me habría movido.

Bambi se sentía lleno de confusión.

—Perdóname —tartamudeó—; yo no lo hice con intención.

—Oh, no es nada —replicó la esposa del faisán—. Después de todo, la cosa no fue tan terrible. Pero es que mi marido y yo últimamente estamos muy nerviosos. Comprenderás la razón...

Bambi no comprendía nada y por eso mismo prosiguió andando. Ahora estaba más tranquilo. El bosque cantaba a su alrededor. La luz se hacía por momentos más luminosa y cálida. Las hojas en los matorrales, la hierba que crecía bajo los pies y la tierra húmeda empezaron a despedir un aroma más dulce. La fuerza y el vigor parecían correr juntos con la sangre por sus venas, y llegaban hasta sus miembros, haciéndole caminar con movimientos acompañados, rítmicos, llenos de una elasticidad que le conferían el aspecto de un juguete mecánico.

Acercándose a un joven aliso, levantó las patas tan alto y las dejó caer enseguida con tal fuerza sobre la tierra, que levantó espesas nubes de polvo. Las pezuñas puntiagudas cercenaban el césped que allí crecía; arrancaban los yeros y los puerros, las violetas y las campanillas, hasta que la tierra quedó completamente removida delante de él. Sus golpes resonaban sordamente.

Dos topos, que estaban escarbando entre las raíces entrelazadas de un viejo sicómoro, levantaron ansiosamente la cabeza y descubrieron a Bambi.

—Eso que está haciendo es una ridiculez —dijo uno de los topos.— ¿Dónde se ha visto que alguien escarbase alguna vez de esa manera?

El otro topo hizo un gesto burlón torciendo la boca.

—Sí —repuso—; se ve que no sabe escarbar. Pero esto es lo que ocurre siempre que la gente se mete a hacer lo que no le corresponde.

De pronto Bambi prestó atención y levantó la cabeza escuchando; después asomó la cabeza por entre las ramas. A través del follaje distinguió un lomo rojizo. Los pitones de unas astas relumbraron de tal modo que resultó imposible no reconocerlos como tales. Bambi bufó. Quienquiera que fuese, el que andaba rondándole, Karus o cualquier otro, ya no le inspiraba temor.

—¡Adelante! —se dijo con decisión; y cargó—. Voy a demostrarles que ya no les tengo miedo —añadió, sintiéndose lleno de coraje—. Voy a enseñarle a cuidarse de mí.

Los arbustos crujieron por la furia de su carga; las ramas restallaron y se quebraron. Bambi vio al otro ciervo delante de él. No le reconoció, pues todo parecía bailar delante de sus ojos. No pensaba en otra cosa sino en atacar. Con las astas bajas, aceleró la carrera. Toda su fuerza estaba concentrada sobre sus hombros. Iba listo para la feroz embestida. El joven ciervo percibió el olor característico del cuero de su oponente; mas no vio delante de sus ojos otra cosa que el flanco rojizo. Pero entonces el otro giró ligeramente y Bambi, sin encontrar la resistencia esperada, siguió de largo y no embistió otra cosa que el aire libre. Por el impulso que llevaba estuvo a punto de perder el equilibrio y rodar por el suelo. Se tambaleó, recobró el equilibrio y se preparó para embestir de nuevo.

Pero entonces reconoció al viejo príncipe. Al ver que era él se quedó tan estupefacto que perdió el control sobre sí mismo. se sentía avergonzado, y hubiese deseado huir a todo correr, pero la misma vergüenza le inhibía; así, permaneció tieso, inmóvil.

—Y bien —preguntó el viejo ciervo con tono calmoso, bondadosamente. Su voz estaba llena de sencillez; y sin embargo, tenía al mismo tiempo un algo de

imperiosa que embargaba de respeto y temor el corazón de Bambi. El joven ciervo no supo qué decir.

—Y bien —repitió el viejo ciervo.

—Yo creí... —tartamudeó Bambi—. Yo creí que... que era Roño... o...

Calló y se arriesgó a mirar al majestuoso príncipe. La mirada de éste aumentó su confusión. El ciervo permanecía inmóvil, arrogante. Su cabeza ya estaba completamente blanca; y sus ojos oscuros y profundos despedían un vivo fulgor.

—¿Por qué no vuelves a atacarme...? —preguntó a Bambi.

Éste le miró, experimentando a la vez un éxtasis profundo y un misterioso terror. Quería poder exclamar: “¡No te ataco porque siento cariño hacia ti!”; pero sólo contestó:

—No lo sé...

El viejo ciervo le miró.

—Hacía mucho tiempo que no te veía —le dijo—. Has crecido; te encuentro grande, fuerte. Él no contestó. Estaba temblando de júbilo. El viejo príncipe prosiguió mirándole con mirada llena de satisfacción. Después, inesperadamente, se le acercó, y al verle sintió acrecentarse su espanto.

—Pórtate siempre con bravura —le dijo. Enseguida se volvió y un segundo después había desaparecido. Bambi se quedó inmóvil en el mismo sitio durante un largo rato.

CAPÍTULO XII

Era verano y hacía un calor sofocante. Bambi volvió a experimentar la misma ansiedad inexplicable; sólo que ahora era mucho más intensa que la primera vez. Era algo que bullía en su sangre llenándole de intranquilidad. Se iba, en su inquietud, a vagar campo adentro.

Un día se encontró con Falina. Fue un encuentro repentino, y era tal la confusión de sus pensamientos, y sus sentidos estaban hasta tal extremo oscurecidos por el desasosiego que ardía en su ser, que en el primer momento no la reconoció. Ella estaba allí, frente a él. La miró un instante, incapaz de pronunciar palabra. Después, como fascinado, exclamó:

—¡Qué hermosa te has puesto, Falina!

—¿Entonces me reconoces? —replicó ella.

—¿Y cómo no iba a reconocerte? —exclamó él—. ¿Acaso no nos criamos juntos? Falina suspiró.

—Hace mucho tiempo que no nos veíamos —dijo. Luego añadió—: Y cuando la gente crece, parece como si la amistad que la unía se perdiese.

Sin embargo, pronto la joven cierva volvió a hablar con su tono alegre y zumbón de otro tiempo. Los dos se quedaron juntos.

—Cuando yo era pequeño, solía pasear con mi madre por este mismo lugar —dijo Bambi al cabo de un momento.

—Este sendero conduce al prado —dijo Falina.

—En el prado es donde te vi la primera vez —añadió él un tanto solemnemente—.

¿Recuerdas?

—Sí —repuso Falina. —Allí nos conociste a godo y a mí. —Suspiró y agregó en un murmullo:

—Pobre Gobo... Bambi repitió:

—Sí; pobre Gobo...

Enseguida se pusieron a evocar los viejos tiempos; y a cada minuto se preguntaban:

—“¿Recuerdas?” Y los dos vieron que todavía se acordaban de todo, cosa que les llenó de complacencia.

—¿Recuerdas cómo solíamos jugar y correr en el prado? —preguntó Bambi con nostalgia.

—Sí; jugábamos así —dijo Falina; y salió disparada, veloz como una flecha. En el primer momento Bambi permaneció inmóvil, sorprendido; pero enseguida corrió tras ella.

—¡Espérame! ¡Espérame! —gritó lleno de gozo.

—¡No puedo esperarte! —se burló ella—. Estoy apuradísima.

Y siguió corriendo veloz y describiendo amplios círculos por el pastizal y alrededor de los matorrales. Por fin Bambi la alcanzó y se le puso delante, impidiéndole el paso. Los dos permanecieron el uno junto al otro, riendo, divertidos. De repente Falina pegó una cabriola como si alguien la hubiese golpeado, y renovó la loca carrera. Bambi se disparó en pos de ella, que corría dando vueltas y más vueltas, y se las componía para eludirle siempre.

—¡Detente! —dijo Bambi resoplando—. Quiero preguntarte una cosa. Falina se detuvo.

—¿Qué quieres preguntarme? —inquirió curiosamente. Él permaneció callado.

—Oh, eso quiere decir que bromeas —dijo Falina—; y se dispuso a reanudar la carrera.

—No —dijo Bambi precipitadamente—. ¡Detente! ¡Detente! Yo quería... quería preguntarte... dime, Falina... ¿me quieres?...

Ella le miró con más curiosidad que antes; y repuso, un tanto reservada:

—No lo sé, Bambi.

—Pero tienes que saberlo —insistió—. Yo sé perfectamente que te amo. Te amo terriblemente, Falina. Dime, ¿tú no me amas también a mí?

—Es posible que sí —contestó ella, tratando de esquivar una respuesta directa.

—Entonces, ¿te quedarás conmigo? —preguntó apasionadamente el joven ciervo.

—Si me lo pides cortésmente... —repuso Falina, llena de felicidad.

—Por favor, quédate conmigo, Falina. ¡Querida, hermosa, bienamada Falina! —exclamó apasionadamente, lleno de ardor—. ¿Me oyes bien? Te quiero con toda el alma.

—Entonces sí; me quedaré contigo —dijo la hermosa cierva dulcemente. Y salió huyendo. Bambi partió tras ella, extasiado. Falina atravesó velozmente el prado, y desapareció en el interior de la espesura. Pero cuando él se disponía a seguirla, se oyó un fuerte ruido entre los arbustos y Karus se hizo presente.

—¡Alto! —gritó a Bambi.

Pero él no le oyó. Estaba muy preocupado por seguir a Falina.

—Déjame pasar —dijo cuando el otro se interpuso en su camino—; no tengo tiempo para perderlo contigo.

—Vete —le ordenó Karus, iracundo—. Vete de aquí al momento o te propinaré tal tunda que no quedará aliento en tus pulmones. Te prohíbo que sigas a Falina.

El recuerdo del verano anterior, en el que había sido perseguido y acosado con tanta frecuencia, se despertó en Bambi. Y ese recuerdo le llenó de cólera. No dijo una palabra; sin esperar más, corrió hacia Karus con las cuernas bajas.

Su carga fue irresistible; y antes de que se diese cuenta de lo que había sucedido, Karus yacía tirado sobre la hierba. Sin embargo, se levantó con la rapidez del relámpago; pero no había terminado de incorporarse cuando un nuevo ataque de su rival le hizo trastabillar.

—Bambi —llamó—. Bam... —trató de volver a llamar; pero una tercera embestida le ahogó casi por el dolor intenso que le produjo.

Karus saltó a un costado para evitar a su oponente que volvía nuevamente a la carga. De pronto se sintió lleno de una extraña debilidad. Y enseguida comprendió, en medio del espanto que le dominaba, que ésta era una lucha a muerte. El espanto se hizo mayor en su ánimo, helándole el corazón. Y se volvió en el deseo de huir; pero Bambi corrió silencioso y terrible en pos de su rival. Karus comprendió entonces que estaba furioso e iba a matarle sin merced; ese pensamiento le paralizó por completo. Después, sacando fuerzas de flaqueza, hizo un último esfuerzo, corrió desviándose del sendero y se introdujo en la espesura a través de los arbustos. Su única esperanza de salvación consistía en escapar.

Pero Bambi dejó enseguida de perseguirle. Karus no se dio cuenta de eso, y en su terror siguió corriendo, lo más velozmente que pudo. En cuanto al primero, se detuvo porque acababa de oír el grito agudo de Falina. Prestó atención, y volvió a oírla, clamando auxilio con voz llena de miedo y desesperación. Entonces dio media vuelta y partió como una flecha. Cuando llegó al prado vio que Roño perseguía a Falina, quien para librarse de su persecución se había introducido en la espesura.

—¡Roño! —gritó Bambi, sin darse cuenta de que le llamaba. Roño, que no podía correr mucho por su cojera, se detuvo.

—Oh, es nuestro pequeño Bambi —dijo con sarcasmo—; ¿quieres algo de mí?

—Sí —repuso con calma, pero con voz alterada por la rabia contenida que le dominaba—. Quiero que dejes tranquila a Falina; y quiero que dejes de molestarla al momento.

—¿De veras? —se burló Roño—. ¡Vaya! Te has convertido en un pilluelo insolente.

¿Quién lo hubiera dicho de ti?

—Roño —dijo Bambi con mayor calma aún—; te lo digo por tu propio bien. Si no te vas ahora, después te alegrarás de poder correr; pero lo malo será que no podrás volver a correr nunca más.

—¿De veras? —gritó furiosamente Roño—. ¿Cómo osas hablarme en ese tono? Supongo que será porque yo cojeo. Pero la mayoría no nota mi cojera. También es posible que pienses que te temo porque Karus obró de manera tan cobarde. Pues mira: te prevengo que...

—No, Roño —le interrumpió Bambi—; soy yo quien te previene a ti: ¡Vete! —la voz le temblaba—. Tú siempre me fuiste simpático, Roño. Siempre te consideré muy inteligente, y te respeté porque eres mayor que yo. Te lo digo de una vez por todas: vete. Mira que ya no me queda más paciencia.

—Es una lástima que tengas tan poca paciencia —dijo el Otro con una risita sarcástica—; una gran lástima para ti, muchacho. Pero tranquilízate; voy a dar buena cuenta de ti. No tendrás que esperar mucho. Supongo que habrás olvidado las veces que yo te perseguí y acosé...

A la evocación de ese recuerdo Bambi no tuvo más que decir. Ya nada podía contenerle.

Como una bestia furiosa, cargó sobre Roño, quien le esperó con la cabeza gacha. Los dos se embistieron y al encontrarse las astas chocaron ruidosamente. Roño permaneció firme, pero se preguntó cómo era posible que su rival no hubiese cedido ante su empuje. El ataque repentino le había ofuscado, pues no esperaba, que Bambi se atreviese a atacar el primero. La fuerza

gigantesca del joven ciervo le inquietó, y se dijo que debía estar alerta.

Mientras estaban empujándose frente contra frente, Roño trató de servirse de una estrategia.

Repentinamente dejó de hacer fuerza, de manera que su rival perdió el equilibrio y trastabilló, cayendo un poco hacia adelante.

Pero Bambi se afirmó en las patas traseras y se arrojó sobre Roño con redoblada furia, antes de que pudiese colocarse en posición de repeler el ataque. Uno de los pitones de las cuernas de Roño se quebró con un fuerte chasquido; éste pensó que tenía la frente deshecha. Veía danzar estrellas delante de sus ojos, y en los oídos sentía un estruendo ensordecedor. En el momento siguiente otra embestida le abrió el lomo. Entonces perdió el aliento y cayó al suelo, mientras el vencedor se erguía sobre él, amenazador.

—Déjame ir —suplicó el herido con voz doliente. Pero Bambi volvió a cargar ciegamente sobre él. Los ojos le relumbraban. En su mente parecía no caber en ese momento el pensamiento de ser misericordioso.

—Por favor, te ruego que te contengas —suplicó Ron, quejumbrosamente—. ¿No sabes que soy cojo? Yo sólo estaba bromeando. Perdóname. ¿No puedes recibir una broma?

El joven príncipe le abandonó sin decir palabra. Roño se incorporó penosamente. Estaba sangrando y sus patas vacilaban. Callado, humillado, se escurrió lo más silenciosamente posible.

Bambi se encaminó hacia el bosque en busca de Falina; pero ella salió a su encuentro antes de que él llegase. Había estado en el lindero del bosque, y desde allí lo había presenciado todo.

—Estuviste maravilloso —dijo sonriendo. Después agregó tiernamente y con aire grave:

—Te quiero, Bambi...

Los dos se alejaron caminando, llenos de felicidad.

CAPÍTULO XIII

Un día Falina y Bambi fueron a ver el pequeño espacio abierto situado en medio de lo profundo del bosque, donde éste encontrara la última vez al viejo ciervo. Bambi habló a Falina de él y llegó a entusiasmarse.

—Tal vez le encontremos otra vez —dijo—. Me gustaría que le conocieses.

—Me gustaría conocerle —dijo Falina animosamente—. Tendría mucho gusto en platicar con él.

Sin embargo, no decía la verdad, porque, aunque curiosa, tenía miedo al viejo príncipe.

La penumbra iba convirtiéndose poco a poco en una media luz grisácea. El amanecer estaba próximo.

Caminaron sin hacer ruido entre arbustos y matas, eligiendo senderos por donde la poca espesura del follaje les permitía ver hasta cierta distancia y en todas direcciones. De pronto se oyó ruido cerca de donde se encontraban. Se detuvieron y miraron. El viejo ciervo avanzaba con paso lento y majestuoso entre loa arbustos, en dirección al espacio abierto. A la escasa luz del momento, parecía una gigantesca sombra grisácea.

Falina soltó un gritito involuntario. Bambi consiguió dominarse. Él también estaba aterrorizado, y sentía

en la garganta el ansia de gritar. Pero la voz de Falina sonó con tal expresión de miedo que se sintió acometido de piedad, y con ello, del deseo de tranquilizarla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en un murmullo lleno de solicitud, sin poder impedir, empero, que la voz le temblase un poco—; ¿qué te pasa? No tienes nada que temer; él no te hará el menor daño.

Pero Falina volvió a chillar.

—No te alarmes así, mi querida —le rogó Bambi. Es ridículo que te asustes de él. Después de todo, es uno de los nuestros.

Pero sus palabras no lograron serenarla; permaneció rígida, mirando al ciervo que pasó sin darse cuenta de lo que a ella le ocurría. Dominada por el pánico, Falina chilló y chilló.

—Sosiégate, domínate —suplicó Bambi—. ¿Qué va a pensar él de nosotros? Pero no había manera de tranquilizarla.

—Que él piense lo que quiera —repuso; y volvió a soltar sus balidos—: ¡Ah-oh! ¡Ba-ho!...

¡Es terriblemente grande! Y como Bambi insistiera, agregó sin dejar de balar:

—¡Baoh! Déjame, no puedo evitarlo. Tengo que balar. ¡Baoh! ¡Baoh! ¡Baoh! El ciervo estaba ahora en el espacio abierto, arrancando bocados de pasto.

Bambi estaba ahora completamente sereno y con buen ánimo; con un ojo vigilaba a su compañera y con el otro observaba al viejo ciervo, que parecía estar muy pacífico. Tratando de serenar a Falina, había logrado dominar su propia emoción y ya no tenía miedo. Así, empezó a reprocharse por el estado lastimoso en que él mismo se ponía cada vez que veía al príncipe: un estado mezcla de terror y excitación, admiración y sometimiento.

—Es absurdo, completamente absurdo —se dijo con decisión—. Iré directamente a su

encuentro y le diré quién soy.

—¡No hagas eso! —gritó Falina—. ¡No vayas! ¡Ba-oh! ¡Va a suceder algo terrible! ¡Baoh!

¡Baoh!

—Voy a acercármele de todos modos —repuso Bambi. El ciervo que estaba desayunándose con tanta calma, sin prestar la menor atención a la llorosa Falina, empezó a parecerle excesivamente arrogante. Eso le hizo sentirse ofendido y humillado.

—Voy a hablarle —dijo—. Cállate. Ya verás como no sucede nada. Espérame aquí.

Bambi partió, pero Falina no quiso esperarle. No tenía ni el deseo ni el coraje necesario para quedarse. Miró a su alrededor, indecisa, y salió corriendo sin dejar de balar, pensando que lo mejor que podía hacer era huir. Bambi la oyó alejarse cada vez más, gritando siempre:

—¡Baoh! ¡Baoh!

Él la habría seguido gustoso. Pero ya no era posible. Eso mismo disipó los últimos titubeos y avanzó.

A través de las ramas vio al ciervo en el espacio abierto, con la cabeza cerca del suelo, buscando qué comer. Bambi sintió que el corazón le latía desordenadamente al poner el pie en el claro.

Al oírle el viejo ciervo levantó inmediatamente la cabeza y le miró. Después perdió la mirada en un punto distante. Esa mirada perdida en el espacio, como si allí no hubiese nadie, pareció tan arrogante a Bambi como la que le dirigiera al oírle llegar.

Pero ahora que estaba frente a él, no sabía qué hacer. Había venido con la intención de hablarle; quería decirle:

—Buenos días, yo soy Bambi. ¿Me permites que te pregunte cuál es tu honorable nombre? Sin embargo, la cosa que en el primer momento le pareciera tan sencilla, ahora no lo era tanto. ¿De qué le servían las buenas intenciones de un momento antes? Empero, no quería dar la impresión de ser un mal educado,

impresión que indudablemente no dejaría de causar si partía sin decir una sola palabra. Tampoco quería parecer descarado, concepto en que podía quedar si iniciaba la conversación.

El ciervo era de una majestad sublime, que le causaba un infinito placer al mismo tiempo que le hacía sentirse muy humilde. Trató vanamente de levantar su espíritu, y se preguntó repetidas veces: “¿Por qué tengo que asustarme en su presencia? ¿Acaso yo no soy tan bueno como él?” Pero era inútil. Seguía con el mismo miedo y la misma timidez, y sentía en el fondo de su corazón que no era tan digno y bueno como el viejo ciervo. Por el contrario, se consideraba muy lejos de semejante igualdad. Tan poca cosa se consideró, que llegó a sentirse casi despreciable, y tuvo que apelar a todas sus fuerzas para mantenerse sereno.

El viejo ciervo le miraba, entre tanto, y pensaba: “Es hermoso, es realmente simpático; tan delicado, tan elegante y gracioso en todo su porte. Sin embargo, no debo mirarle así. No está bien mirarle de este modo. Además» puedo desconcertarle.” Por eso, levantó la cabeza y miró nuevamente hacia el espacio.

“¡Qué porte tan altanero!”, pensó Bambi. Resulta realmente inaguantable la opinión que algunos se forman de sí mismos.

El ciervo estaba pensando: “Me gustaría hablarle; es tan simpático... Qué tontería eso de no querer hablar con aquellos a quienes no conocemos.” Y volvió a perder la mirada en la lejanía, pensativo.

“Cualquiera diría que yo soy parte del aire, se dijo Bambi. Este individuo se comporta como si él fuese el único sobre la superficie terrestre.”

“¿Qué podría decirle?”, se preguntaba el viejo príncipe. Yo no tengo la costumbre de hablar. Lo más probable en que diga alguna tontería y me ponga en ridículo... porque no me cabe la menor duda de que es un joven muy inteligente.”

Bambi se armó de valor y miró fijamente al ciervo. “¡Qué espléndido es!”, pensó con admiración y perdiendo a la vez toda su decisión.

—Bueno, será para otra vez, acaso —decidió el ciervo; y se alejó, descontento pero majestuoso.

Bambi se quedó en el mismo sitio, lleno de desencanto.

CAPÍTULO XIV

El bosque se abrasaba bajo el sol ardiente. Desde su salida el astro rey había hecho desaparecer hasta la más pequeña nube del cielo, y ahora resplandecía solo en la inmensidad azul que parecía palidecer por efectos del calor. Sobre las praderas y las copas de los árboles el aire se estremecía en ondas brillantes, transparentes, como se observan en la parte superior de una llama. No se movía una hoja, ni una brizna de hierba. Los pájaros estaban callados y se quedaban escondidos a la sombra del follaje sin moverse de su sitio. Ninguno de los habitantes del bosque se animaba a salir al descubierto. El bosque parecía una criatura yacente, herida por la luz enceguecedora. La tierra y los árboles, los arbustos, las bestias, respiraban en ese intenso calor con una especie de perezoso y placentero abandono.

Bambi dormía.

Él y Falina habían estado jugando toda la noche; y siguieron divirtiéndose hasta muy entrado el día, olvidándose, en su regocijo, hasta de comer. Sin embargo, el joven ciervo se había cansado tanto que ya ni tenía hambre. Se le cerraron los ojos, y se echó en el mismo sitio del bosque donde se detuviera, quedándose dormido instantáneamente.

El olor amargo y acre que se desprendía del enebro recalentado por el sol, y el penetrante aroma de la laureola, llegaban hasta su hocico mientras dormía, infundiéndole lluevas energías. De pronto despertó, sobresaltado. ¿Acababa de llamarle Falina? Miró a su alrededor. Recordaba haberla visto en el momento en que se echara a descansar, junto al espino, mordisqueando las hojas del mismo. Supuso que Falina se quedaría a su lado, pero se había ido. Aparentemente se había cansado de estar sola y por eso ahora le llamaba, para que fuese a buscarla.

Bambi se preguntó cuánto tiempo habría dormido, y cuántas veces le habría llamado Falina. No estaba seguro. Todavía los velos del sueño le nublaban el pensamiento.

Ella volvió a llamar. Con un hábil salto de costado Bambi se volvió en la dirección de donde venía la llamada. Volvió a oírla. Y de pronto se sintió lleno de felicidad. Se encontraba notablemente reparado en sus fuerzas, descansado, despejado, pero experimentaba al mismo tiempo un apetito intenso, acicateador.

El reclamo llegó nuevamente, ahora más claro, agudo como el gorjeo de un pájaro, tierno y lleno de nostalgia:

—¡Ven! ¡Ven! —decía.

Sí, ésa era su voz. Ésa era Falina. Bambi corrió a su encuentro tan velozmente que las ramas secas apenas

si chasqueaban al pasar corriendo por entre las matas, y las hojas verdes apenas producían sonido al ser rozadas.

Sin embargo, tuvo que pararse en seco en mitad de su carrera y virar hacia un costado, pues allí estaba el viejo ciervo, impidiéndole el paso.

Bambi no tenía tiempo para otra cosa que para dedicarlo al objeto de sus amores. El viejo príncipe ahora era absolutamente indiferente para él. En cualquier otro momento podrían verse. Ahora no podía detenerse, por noble que se le apareciese. Su pensamiento sólo tenía un objetivo: Falina. Por eso, saludó ligeramente al ciervo y trató de seguir corriendo.

—¿Adónde vas? —le preguntó aquél con aire grave. Bambi se sintió algo confundido y trató de pensar en algo para evadirse; pero cambió de parecer y repuso francamente:

—Voy hacia ella; me está llamando.

—No vayas —replicó él.

Por su mente pasó un chispazo de ira. ¿No acudir al llamado de Falina? ¿Cómo podía este viejo tonto pedirle semejante cosa? “Saldré corriendo sin hacerle caso” —pensó, y dirigió una rápida mirada al ciervo—. Pero la mirada intensa con que se encontró tuvo el poder de contenerle. Bambi se estremeció de impaciencia, pero no pudo irse.

—Ella está llamándome —explicó. Lo dijo con tal tono de súplica, que equivalía a haber pedido.

—¡No me entretengas con tu conversación!

—No —dijo el viejo ciervo—; no es ella quien te está llamando, como crees tú. El llamado volvió a dejarse oír, débil como el piar de un pájaro:

—¡Ven!

—¿Qué quieres? —preguntó Bambi, fuera de sí de impaciencia—; ya ves: ha vuelto a llamarme.

—La oigo perfectamente —asintió el ciervo.

—Bien, entonces, adiós —dijo disponiéndose a correr.

—¡Alto! —le ordenó esta vez el viejo príncipe.

—¿Qué quieres? —gritó Bambi sin poder ya contener su enojo—. Déjame ir. No tengo tiempo que perder. Por favor, Falina me llama... Deberías comprender...

—Te digo —insistió el viejo ciervo— que no es ella. Bambi estaba desesperado. Pero dijo:

—Yo conozco perfectamente su voz...

—Escúchame —agregó su interlocutor. La llamada volvió a dejarse oír. El joven ciervo sentía que el suelo le quemaba los pies.

—Más tarde —suplicó—; más tarde volveré para que me lo expliques.

—No —dijo tristemente el príncipe—; no volverás nunca, nunca más. El reclamo llegó otra vez.

—¡Debo acudir! ¡debo ir! —gritó Bambi, ya casi sin control.

—Entonces —declaró el viejo ciervo con voz autoritaria— iremos juntos.

—¡Pronto! —dijo Bambi; y partió con un salto formidable.

—No, iremos lentamente —ordenó el príncipe con una voz tal que Bambi no se animó a desobedecerle—. Quédate detrás de mí. No des más de un paso por vez.

Tras estas palabras empezó a caminar. Bambi le siguió, suspirando lleno de impaciencia.

—Escúchame —dijo luego sin detenerse—; no importa con cuánta frecuencia oigas esa llamada; no te muevas de mi lado. Si se trata de Falina lo sabrás muy pronto. Pero no es ella. No te dejes engañar. Todo depende ahora de si confías o no en mí.

Bambi no osó resistirse y se rindió en silencio a la voluntad del ciervo.

Este último avanzó lentamente; y él le siguió. ¡Con cuánta habilidad y prudencia avanzaba el príncipe! Sus patas no producían el menor ruido en el suelo. No movían siquiera una hoja; ni quebraban una ramita. Y sin embargo, estaban deslizándose por entremedio de

espesas matas, escurriéndose por la parte más espesa del bosque. Bambi estaba sorprendido y no pudo menos que admirarle a pesar de la impaciencia que sentía. Jamás se le había ocurrido que alguien pudiese caminar así.

La llamada se repitió una y otra vez. El viejo ciervo permaneció inmóvil, escuchando y moviendo la cabeza. Bambi estaba detrás de él, estremeciéndose, sufriendo al no poder dar rienda suelta a sus deseos de emprender la carrera. No lograba comprender qué objeto tenían las precauciones de su compañero.

Éste se detuvo varias veces; levantó la cabeza, escuchó, y luego la movió como si hiciese signos afirmativos. Bambi no oía nada. El viejo príncipe cambió el rumbo, como con la intención de rodear el punto de donde venía la llamada. Esto hizo que la impaciencia de Bambi se convirtiese en verdadera furia.

La llamada seguía repitiéndose cada vez más cerca. Por fin estaban casi junto al sitio de donde aquélla provenía. El viejo ciervo susurró:

—Veas lo que vieres, no te muevas, ¿entiendes? Fíjate en todo lo que yo hago e imítame, con sumas precauciones. Y no pierdas la cabeza.

Avanzaron unos pasos más y de pronto aquel olor penetrante que tanto le impresionaba y que tan bien conocía llegó hasta donde estaban ellos. La sorpresa

fue tan repentina al percibirlo, que Bambi estuvo a punto de soltar un grito. Pero se contuvo y permaneció como clavado en el suelo. Por un momento sintió los latidos del corazón golpeándole con fuerza en el cuello. El ciervo, sereno a su lado, le indicó algo con un movimiento de los ojos.

Él estaba allí.

Él estaba muy cerca, apoyado contra el tronco de un árbol, oculto por unos avellanos. Y era

Él quien llamaba dulcemente:

—¡Ven! ¡Ven!

Bambi quedó completamente trastornado. Tal era el terror que se posesionó de su ánimo, que sólo gradualmente empezó a darse cuenta de que estaba imitando la voz de Falina. Él había estado llamando:

—¡Ven! ¡Ven!

Un frío terror pareció recorrer el cuerpo del joven ciervo. La idea de huir se hizo carne en él, dominándole, llenándole el corazón.

—Quédate quieto —susurró su compañero rápida y perentoriamente, como si quisiese prevenir los efectos desastrosos que podía ocasionarle el miedo que experimentaba.

El pobre logró dominarse mediante un esfuerzo.

El viejo ciervo le miró, al principio con mirada un tanto burlona, según pareció a Bambi, que a pesar del terror que experimentaba no dejaba de observarle. Pero la mirada cambió pronto de expresión, haciéndose grave, bondadosa.

Bambi atisbo, mirando hacia donde Él estaba, y sintió que ya no podría resistir mucho tiempo su presencia.

Como si acabase de leer ese pensamiento en la mente de su joven acompañante, el príncipe se inclinó y le dijo en voz baja —vámonos.

Y se volvió para emprender la retirada.

Se alejaron deslizándose sigilosamente. El viejo ciervo ahora avanzaba en un movimiento de zigzag cuya finalidad Bambi no alcanzaba a comprender. Sin embargo, dominó sus nervios y le siguió a pesar de la impaciencia que volvía a sentir otra vez. El temor con respecto a Falina ya había pasado, dejando lugar a la alegría de saberla a salvo. Y esta alegría lo llenaba del deseo de emprender una loca carrera, del deseo de volar, si esto último le hubiese sido posible.

Pero su protector caminaba lentamente, deteniéndose a escuchar con frecuencia. Al reanudar la marcha, lo hacía en zigzag; volvía a detenerse, y empezaba a caminar otra vez, siempre con extremadas precauciones, y con estudiada lentitud.

Ya estaban lejos del peligro. “Si vuelve a detenerse —pensó Bambi— estaría bien que yo le hablase para darle las gracias.”

Pero en ese preciso instante el viejo ciervo desapareció delante mismo de sus ojos por entremedio de una maraña de jóvenes cornejos. No se movió una hoja, ni se quebró una sola ramita al paso del generoso protector.

Bambi trató de seguirle, y, lo que es más, trató de hacerlo tan silenciosamente como él, evitando producir el menor ruido con la misma extraordinaria habilidad. Pero no tuvo esa suerte. Las hojas susurraban suavemente, y las ramas que le rozaban los flancos soltaban, al quedar libres del contacto con su cuerpo, un sonido vibrante. Ramas secas se quebraban contra su pecho con secos chasquidos.

“Él me salvó la vida —siguió pensando—. ¿Qué puedo decirle ahora?”

Pero el príncipe no se veía por ninguna parte. Avanzó un poco más y se encontró en medio de un mar de cardillos, llenos de flores amarillas. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Hasta donde alcanzaba su vista no vio moverse siquiera una hoja. Estaba completamente solo.

Libre de todo control, el impulso de correr velozmente le hizo emprender una loca carrera.

Los cardillos se abrían a su paso como si sus pezuñas fuesen una tajante guadaña.

Después de vagar largo rato sin rumbo fijo se encontró con Falina. Estaba fatigado, pero lleno de felicidad, a la vez que profundamente excitado.

—Por favor, amada mía —dijo—, por favor, no vuelvas a llamarme jamás. Será mejor que siempre nos busquemos silenciosamente hasta encontrarnos. No vuelvas a llamarme nunca... porque si hay algo que no puedo resistir, es tu dulce voz...

CAPÍTULO XV

Días más tarde los dos caminaban tranquilamente por un bosquecillo de robles situado al otro extremo de la pradera. Para llegar al sendero por donde solían transitar, tenían que atravesar todo el prado hasta llegar al sitio donde estaba el roble solitario.

A medida que la vegetación iba haciéndose menos densa, se detenían y miraban a su alrededor. Algo de aspecto rojizo se movía cerca del roble. Los dos se detuvieron para mirar qué era.

—¿Quién podrá ser? —suspiró Bambi.

—Probablemente Roño o Karus —dijo Falina. Bambi dudó que pudiese ser alguno de ellos.

—Ninguno de los dos se atreve a acercarse más a mí —dijo, mirando con concentrada atención—. No —concluyó con decisión—; no son ni Roño ni Karus. Se trata de un desconocido.

Falina asintió, sorprendida y llena de curiosidad.

—Sí —dijo—, es un desconocido. Yo también lo veo ahora. ¡Qué extraño! Los dos le miraron en silencio.

—Es un tonto —dijo Bambi—, un verdadero tonto. Obra como una criatura, como si no hubiese el menor peligro.

—Acerquémonos —propuso Falina. Su curiosidad podía más que todo sentimiento de prudencia.

—Muy bien —contestó Bambi—. Vamos; quiero mirarle bien de cerca. Avanzaron unos cuantos pasos. De pronto Falina se detuvo.

—Supón que quiera luchar contigo —dijo—. Parece muy fuerte.

—¡Bah! —dijo Bambi inclinando la cabeza hacia un lado en gesto desdeñoso—. Fíjate en las astas pequeñas que tiene. ¿Crees que puede asustarme? Es cierto que ese individuo está bien gordo y tiene el pelo brillante. Pero ¿indica eso que sea fuerte? A mí no me lo parece. Ven, acerquémonos.

Y siguieron avanzando.

El desconocido parecía muy ocupado mordisqueando el pasto, y no se dio cuenta de la presencia de ellos hasta no tenerles bien cerca, cuando Bambi y Falina habían recorrido más de la mitad del prado. Entonces levantó la cabeza y corrió al encuentro de los dos.

Avanzaba dando alegres saltitos que producían la impresión de que se tratase de una criatura. Bambi y Falina se detuvieron, sorprendidos, y le esperaron. Cuando se encontró a unos pasos de distancia, él también se detuvo.

Después de unos segundos preguntó:

—¿No me reconocéis?

Bambi había inclinado la cabeza, preparándose para la lucha.

—¿Nos conoces tú a nosotros? —replicó. El desconocido le contestó en tono de reproche, y al mismo tiempo como con confianza:

—¡Bambi!

Bambi se sorprendió al oírse llamar por su nombre. Al mismo tiempo la voz de su interlocutor parecía evocar recuerdos lejanos en su corazón. Antes de que se diese cuenta, Falina había corrido al encuentro del desconocido.

—¡Gobo! —exclamó, y se quedó sin poder agregar ninguna otra palabra. Luego permaneció silenciosa, inmóvil. Apenas podía respirar.

—Falina —dijo Gobo dulcemente—, Falina, hermanita mía..., tú me reconociste, al menos.

Enseguida se acercó a ella y la besó. Por sus mejillas corrían lágrimas de emoción. Falina también estaba llorando y no podía hablar.

—Vaya, Gobo —empezó a decir Bambi. La voz le temblaba; se sentía lleno de confusión.

Estaba profundamente emocionado, lleno de asombro.

—Vaya, entonces no habías muerto —agregó más animado, en tono alegre. Gobo rompió a reír.

—Ya ves que estoy vivo —dijo—; bien puedes ver, pues, que no he muerto.

—Pero ¿qué sucedió aquella vez en la nieve? —preguntó Bambi.

—¡Ah!, ¿entonces? —repuso Gobo con aire lleno de gravedad—. En aquella oportunidad Él me rescató.

—¿Y dónde has estado durante todo este tiempo? —preguntó Falina, asombrada.

—Con Él —replicó Gobo—. Estuve todo el tiempo con Él. Después miró en silencio a Falina y a Bambi. El asombro que leía en sus semblantes le causaba un verdadero placer. Después agregó:

—Sí, mis queridos; yo he visto más cosas que todos vosotros juntos en el viejo bosque.

Estas palabras las dijo un tanto jactanciosamente, pero sus interlocutores no le hicieron caso. Los dos estaban todavía demasiado sorprendidos.

—Cuéntanos eso, Gobo —dijo después Falina, llena de entusiasmo y alegría.

—¡Oh! —dijo Gobo con satisfacción—. Podría pasarme todo el día contando al respecto, y sin embargo, no llegaría al fin de mi historia.

—Bueno, no importa; habla —dijo Bambi con impaciencia. Gobo se volvió a Falina y se puso serio.

—¿Mamá vive aún? —dijo tímida y dulcemente.

—Sí —exclamó Falina con regocijo—. Está viva, aunque hace bastante tiempo que no la veo.

—Pues me voy a buscarla ahora mismo —dijo Gobo con decisión—. ¿Venís conmigo?

Partieron los tres juntos.

Durante todo el camino no pronunciaron una sola palabra. Bambi y Falina comprendían el deseo y la impaciencia de Gobo por ver a su madre; por eso se mantuvieron callados. Gobo avanzaba adelante con rapidez, sin abrir la boca para nada. Y ellos dejaron que hiciese primero lo que pluguiese a su corazón.

Sólo a veces, cuando parecía haber olvidado el camino y en su impaciencia por llegar pronto iba a tomar un sendero por el que no podría llegar a destino, le llamaban la atención.

—Por aquí —le decía Bambi.

O si no, era Falina la que le prevenía:

—No, no; por ahí, no. Por aquí.

Varias veces tuvieron que atravesar grandes espacios abiertos. Vieron que Gobo nunca se detenía en el límite del bosque para mirar a su alrededor antes de seguir avanzando y seguir al claro, sino que, por el contrario, seguía corriendo sin adoptar ninguna precaución. Bambi y Falina cambiaban miradas de estupor cada vez que ocurría eso; pero no dijeron una sola palabra al

respecto y le siguieron, no sin cierta vacilación, pues ellos no podían dejar de vigilar, atisbar y asegurarse de la ausencia de peligro antes de proseguir.

Gobo recordó al momento los senderos que recorriera en la niñez. Estaba encantado de sí mismo, sin darse cuenta de que eran Bambi y Falina quienes le guiaban en realidad. Volviéndose para mirarles les preguntaba:

—¿Qué decís de la habilidad con que sé andar por el bosque después de tanto tiempo?

Ellos no dijeron nada, pero volvieron a cambiar miradas de inteligencia.

Pronto llegaron a un pequeño claro sombreado por espesa fronda.

—Mira —dijo Falina y se deslizó dentro del mismo. Gobo la siguió, pero una vez dentro, se detuvo. Ése era el claro en que él y su hermana habían nacido y donde vivieron con su madre siendo pequeñitos. Gobo y Falina se miraron en los ojos. No dijeron una sola palabra. Pero Falina besó tiernamente a su hermano. Después siguieron avanzando.

Caminaron de un lado para el otro durante una buena hora. El sol brillaba cada vez con mayor intensidad a través de las ramas y el bosque iba sumiéndose en un silencio cada vez más profundo. Era la hora de echarse a descansar. Pero Gobo no estaba cansado. Siguió

caminando rápidamente, respirando agitado, debido a la excitación y la impaciencia que le dominaban, y mirando a su alrededor, sin detener la mirada en ningún punto determinado. Cada vez que una comadreja pasaba corriendo velozmente por entre sus patas, no podía menos que estremecerse. Por momentos parecía que iba a aplastar a los faisanes con las patas, y cuando éstos protestaban ante su falta de cuidado, agitando ruidosamente las alas, se asustaba terriblemente. Bambi se maravillaba ante la manera extraña y ciega que tenía de caminar.

Por fin, Gobo se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Parece que mamá no está por aquí —exclamó con desaliento. Falina le calmó.

—Pronto la encontraremos —le dijo, profundamente emocionada—. La encontraremos pronto, Gobo.

Y le miró. Su hermano tenía siempre esa expresión de abatimiento que ella conocía tan bien.

—¿Quieres que la llamemos? —le preguntó sonriendo—. ¿Quieres que la llamemos como cuando éramos pequeños?

Bambi se alejó unos pocos pasos. Y entonces vio a la tía Ena. Ésta ya se había echado para descansar, allí cerca, junto a un joven avellano.

—Por fin —se dijo.

En el mismo momento, Gobo y Falina le daban alcance. Los tres juntos, miraron a Ena. Ésta levantó vivamente la cabeza y les miró a su vez con ojos soñolientos.

Gobo dio unos pocos pasos inseguros, y dijo dulcemente:

—¡Mamá!...

Ella se incorporó rápida como un relámpago y permaneció inmóvil, como transfigurada. Gobo se puso a su lado de un salto.

—¡Mamá! —repitió.

Y trató de agregar algunas palabras, pero la emoción se lo impidió.

La madre le miró intensamente en los ojos. La rigidez de la tía Ena dio lugar a un estremecimiento que afectaba a todo su cuerpo.

No hizo ninguna pregunta. Ella no necesitaba escuchar ninguna historia que le explicase el milagro de volver a ver vivo a su hijo. Simplemente, besó a Gobo con infinita ternura; le besó en la boca, en la cara, en el cuello. Le besó larga, incansablemente, lo mismo que hiciera cuando Gobo era recién nacido.

Bambi y Falina se alejaron prudentemente para dejarles a solas.

CAPÍTULO XVI

Estaban todos reunidos en un pequeño claro situado en el centro del bosque. Gobo tenía la palabra.

Hasta la amiga liebre estaba allí. Llena de atención y asombro, levantaba una de sus orejas acucharadas, escuchaba, la dejaba caer, para volver a erguirla inmediatamente.

La urraca estaba encaramada en la rama más baja de una haya, y escuchaba deslumbrada.

El grajo se encontraba sobre la rama de un fresno; se veía que estaba muy inquieto; de vez en cuando soltaba un grito de asombro.

Algunos faisanes amigos habían traído a sus respectivas esposas e hijos, y todos estiraban el cuello, escuchando con interés y asombro. A veces lo recogían para mirar a derecha e izquierda en un gesto de mudo estupor.

La ardilla había subido veloz a su árbol, y desde arriba gesticulaba, presa de gran excitación. En un momento imprevisto descendía al suelo para encaramarse casi enseguida a otro árbol. Ubicada nuevamente en las alturas, se erguía sobre las dos patas traseras y sacaba el blanco pecho, manteniendo el equilibrio con la cola. De vez en cuando trataba de interrumpir a Gobo para decir algo; pero en cuanto

abría la boca todos le decían en tono perentorio que callase.

Gobo contó cómo en aquella memorable ocasión había permanecido tirado sobre la nieve, esperando la muerte.

—Pero me encontraron los perros —agregó—. Los perros son terribles. Los seres más terribles del mundo. Tienen las mandíbulas chorreando sangre y su ladrido es cruel y colérico.

Miró a su alrededor el círculo de caras atentas y prosiguió:

—Pues bien; desde aquella vez he jugado con ellos como podría hacerlo con cualquiera de vosotros.

Se veía que estaba muy orgulloso de lo que decía.

—Ya no les temo, pues son buenos amigos míos. Pero cuando empiezan a ladrar me siento ensordecido y el corazón deja de latirme de miedo. Sin embargo, sus ladridos no significan necesariamente una amenaza; como ya os dije, son buenos amigos míos.

—Prosigue —le urgió Falina. Gobo la miró.

—Y bien —agregó—; los perros me habrían despedazado de no haber sido por la providencial llegada de Él. Gobo hizo una pausa; los demás apenas respiraban.

—Sí —agregó el relator—; llegó Él, llamó a los perros, quienes al oírle se serenaron inmediatamente. A su segunda llamada éstos fueron a acurrucarse inmóviles a sus pies. Después, Él me levantó. Yo grité, asustado, pero él me acarició y me tomó en sus brazos. No me hizo ningún daño. Finalmente, me llevó consigo.

Felina le interrumpió para preguntarle:

—¿Qué quieres decir con eso de que "te llevó consigo"? Gobo procedió a explicárselo con lujo de detalles.

—Es muy sencillo —le interrumpió Bambi—; es lo mismo que hace la ardilla cuando coge

una nuez: "se la lleva".

La ardilla quiso aprovechar la coyuntura para meter baza.

—Un primo mío... —comenzó a decir.

Pero todos le interrumpieron vivamente, diciéndole:

—¡Cállate, cállate! Deja proseguir a Gobo con su historia.

Y la ardilla tuvo que callarse. Eso la desesperaba; oprimiéndose el pecho con las dos patas, intentó trabar conversación con la urraca.

—Como decía, un primo mío... —empezó. Pero la urraca le volvió simplemente la espalda.

Gobo contaba verdaderas maravillas.

—“Afuera” puede estar lloviendo a mares y hacer un frío terrible, pero, en el mismo momento, “adentro” no sopla la menor brisa y hace una temperatura tan agradable como en verano —dijo.

—¡Akj! —gritó el grajo.

—Sí, sí; “afuera” la lluvia puede inundarlo todo, pero “adentro” no cae siquiera una gota y uno está bien séquito.

Los faisanes estiraban el cuello más aún y ladeaban la cabeza llenos de curiosidad.

—“Afuera” estaba todo cubierto por la nieve, mientras que “adentro” yo sentía un calorcito muy agradable. Me daban de comer heno y castañas, patatas y nabos, todo lo que yo quería.

—¿Heno? —exclamaron todos a la vez en tono interrogativo, atónitos, incrédulos,

excitados.

—Sí, heno fresco, recién segado —repitió Gobo con calma, y dirigió una mirada triunfante a su alrededor. Nuevamente se dejó oír la voz de la ardilla:

—Un primo mío...

—¡Cállate! —le gritaron los demás.

—¿De dónde saca Él el heno y lo demás en invierno? —preguntó Falina, intrigada.

—Lo cultiva él mismo —contestó Gobo—. Él puede cultivar todo lo que quiere y conservar lo que se le antoja. Falina siguió preguntando:

—¿No tenías miedo, Gobo, de estar con Él? Gobo sonrió con aire de superioridad.

—No, querida Falina —dijo—; ya no. Por entonces sabía que Él no iba a hacerme daño.

¿Por qué iba entonces a tener miedo? Todos vosotros creéis que Él es un malvado. Pero no lo es. Él es bueno con todos aquellos a quienes ama y con los que le sirven. Pero muy bueno. Nadie en el mundo puede serlo tanto.

Mientras Gobo estaba hablando de esta guisa, apareció repentinamente el viejo príncipe, sin hacer ruido, viniendo de lo más espeso del bosque.

Gobo no se percató de su presencia y siguió hablando.

Pero los demás, que le vieron, se mantuvieron inmóviles, conteniendo la respiración, respetuosos, impresionados.

El recién llegado permaneció inmóvil, mirando a Gobo con ojos llenos de gravedad, con mirada profunda.

Gobo dijo:

—No sólo Él, mas todos sus hijos me querían. Su mujer y los niños me acariciaban y solían jugar conmigo...

Gobo acababa de ver al ciervo, por lo que calló bruscamente. Se hizo un silencio general.

Después el viejo ciervo preguntó con su voz serena y dominante:

—¿Qué clase de banda es ésa que llevas al cuello? Todos miraron y vieron por primera vez la tira oscura de crin trenzada que le rodeaba el cuello. Gobo contestó, evidentemente turbado:

—¿Esto? Es parte del cabestro que uso. Es el cabestro que Él me puso; usarlo es un gran honor, es...

Pero dominado por la confusión, tartamudeó y terminó por callar.

Volvió a reinar el silencio en la concurrencia. El viejo príncipe miró largamente a Gobo, con mirada inquisitiva y triste a la vez.

—¡Pobrecillo! —le dijo al final; tras de lo cual se volvió para alejarse silenciosa y majestuosamente.

En el silencio lleno de estupor que siguió, la ardilla empezó una vez más:

—Como decía, un primo mío pasó también una temporada con Él. Fue capturado y encerrado; Él le tuvo prisionero mucho tiempo. Hasta que un día mi padre...

Pero nadie escuchaba a la ardilla. Todos se retiraron, alejándose cada cual por su lado.

CAPÍTULO XVII

Un día reapareció Marena.

En el invierno en que desapareciera Gobo ya era casi adulta; pero después de aquella ocasión no se la había vuelto a ver, pues vivía sola y a su manera.

Marena seguía siendo muy esbelta y su aspecto muy juvenil. Sin embargo, era muy callada y seria y más bondadosa que todos los demás. Por la ardilla y el grajo, la urraca y los zorzales se había enterado del regreso de Gobo y de sus extraordinarias aventuras. Y decidió hacer acto de presencia para verle.

La madre de Gobo se alegró mucho con su visita. La cierva se sentía muy orgullosa y contenta con su buena fortuna, que le permitía ver al hijo que consideraba muerto. Le encantaba oír a todo el bosque hablar de su hijo. Se solazaba en la gloria de Gobo, y quería que todo el mundo supiese que su hijo era el más inteligente, hábil y mejor de los ciervos vivientes.

—¿Qué opinas de él, Marena? —preguntó—. ¿Qué opinas de nuestro Gobo? Y no esperó la respuesta para agregar:

—¿Recuerdas cómo la vieja Netla decía que mi Gobo no valía gran cosa, aquella vez que el pobrecito estaba caído, temblando sobre la nieve? ¿Recuerdas cómo

profetizó que no sería otra cosa que un motivo de zozobra para mí?

—Pues bien —contestó Marena—; mucho ha sido lo que tuviste que penar por causa de

Gobo.

—Eso ya pasó —exclamó la madre, preguntándose cómo era posible que alguien recordase aún tales cosas—. ¡Oh, lo siento por la pobre Netla! ¡Qué lástima que no haya podido vivir para saber las cosas que llegó a hacer Gobo!

—Sí, pobre Netla —dijo dulcemente Marena—. Es una lástima que haya muerto.

A Gobo le gustaba oír los elogios que le prodigaba la madre. Cuando eso ocurría se quedaba cerca, disfrutando tanto con los maternales elogios como quien goza del dulce calor del sol.

—Hasta el anciano príncipe vino a visitar a Gobo —dijo Ena a Marena; esto lo dijo en voz muy baja, como si se tratase de algo solemne, misterioso—. Nunca se dejó ver por nadie, pero a Gobo le hizo una visita.

—¿Por qué me llamó “pobrecillo”? —interrumpió Gobo, preguntando con disgusto—.

Quisiera saber qué quiso decir con esa palabra.

—No hagas caso —contestó su madre para tranquilizarlo—. El príncipe está viejo y tiene sus rarezas.

Pero parecía que Gobo deseaba serenar su mente perturbada de una vez por todas.

—Esa palabra no deja de resonar en mi cabeza en todo el día —dijo—. “¡Pobrecillo!” Yo no soy un pobrecillo; por el contrario, me considero muy afortunado. Yo he visto más cosas y he tenido más experiencias emocionantes que todos vosotros juntos. He visto más del mundo y sé más de la vida que cualquier habitante del bosque. ¿Tú qué opinas, Marena?

—Sí —repuso ella; nadie puede negártelo. Desde ese día Marena y Gobo fueron vistos siempre juntos.

CAPÍTULO XVIII

Bambi fue en busca del viejo ciervo. Vagó durante toda la noche; llegó la aurora y salió el sol, para encontrarse frustrado en sus propósitos, en un sendero desconocido, sin Falina.

Todavía se sentía, a veces, atraído por ella. Había momentos en que sentía hacia la cierva un amor tan intenso como jamás lo experimentara. Entonces le gustaba pasear con ella, escuchar su conversación, retozar en su compañía por el prado o ramonear en el límite del bosque. Pero ya su compañera parecía no satisfacerle tanto como al principio.

Antes, cuando estaba con Falina, apenas si recordaba sus encuentros con el viejo ciervo; y cuando los recordaba, era por pura casualidad. Ahora le buscaba, impelido por un inexplicable deseo de verle. Sólo pensaba en Falina algunas veces. Con ella podía estar cuando quería. Con los demás no tenía mayor interés en encontrarse. A Gobo y la tía Ena evitaba encontrarles cuantas veces podía.

La palabra que el viejo príncipe pronunciara con respecto a Gobo resonaba aún en sus oídos, pues le había hecho una impresión profunda, particular. En cuanto a Gobo, éste le producía una sensación extraña desde el día de su regreso. Bambi no sabía por qué,

pero en la manera de ser de Gobo había para él algo muy penoso. Además, se sentía avergonzado de él, y no sabía por qué. También temía por su vida, siempre sin poder explicarse la causa. Cada vez que se encontraba con el inofensivo, vanidoso, afectado y satisfecho de sí mismo Gobo, la palabra volvía a resonar en sus oídos: “¡Pobrecillo!” y no podía dejar de recordarla.

Pero una noche en que Bambi volviera a deleitar al mochuelo asegurándole que su grito le aterrorizaba, se le ocurrió, repentinamente, preguntarle:

—¿Sabes dónde está ahora el viejo ciervo? El mochuelo contestó con su voz arrulladora que no tenía la menor idea al respecto. Pero Bambi se dio cuenta de que no quería decírselo.

—No te creo —repuso—; tú eres demasiado listo para no saberlo. Todo lo que sucede en el bosque, lo sabes tú. Por tanto, tienes que saber dónde se oculta.

El mochuelo, profundamente halagado y envanecido, estrechó las plumas todo lo posible contra el cuerpo, empequeñeciéndose visiblemente.

—Es claro que lo sé —repuso con voz más arrulladora todavía—; pero no debo decírtelo; no: no debo decírtelo. Bambi empezó a suplicar.

—Yo guardaré el secreto —dijo—; nadie sabrá que tú me diste el informe. ¿Cómo voy a descubrirte respetándote como te respeto?

El ave distendió sus plumas, convirtiéndose en una hermosa pelota de color gris castaño, revoleó los arteros ojos, como lo hacía siempre que se sentía de buen humor.

—De manera que tú sientes respeto hacia mí —dijo—; ¿y por qué, si se puede saber? Bambi no titubeó.

—Porque eres muy sabio —contestó con acento sincero— y además, simpático y bueno. Y porque eres tan hábil y asustas tan bien. Se necesita mucha habilidad para asustar; sí; se necesita ser muy hábil. Ojalá yo pudiese hacerlo como tú; me serviría de mucho.

El mochuelo hundió el pico en el plumaje del pecho. se sentía enteramente feliz con las manifestaciones de Bambi.

—Pues bien —se resolvió a contestar por fin. —Yo sé que el viejo ciervo se alegraría mucho de verte.

—¿De veras crees eso? —exclamó Bambi, mientras el corazón empezaba a latirle más rápidamente de contento que estaba.

—Sí, estoy seguro de ello. Y cómo él se alegraría tanto de verte, creo que puedo aventurarme a decirte dónde se encuentra.

Con estas palabras volvió a aplastar las plumas contra el cuerpo, empequeñeciéndose otra vez.

—¿Conoces esa zanja honda junto a la cual crecen unos sauces? Bambi dijo que sí con la cabeza.

—¿Conoces el bosquecillo de robles que hay al otro lado de la zanja?

—No —contestó Bambi—; nunca he estado al otro lado de la zanja.

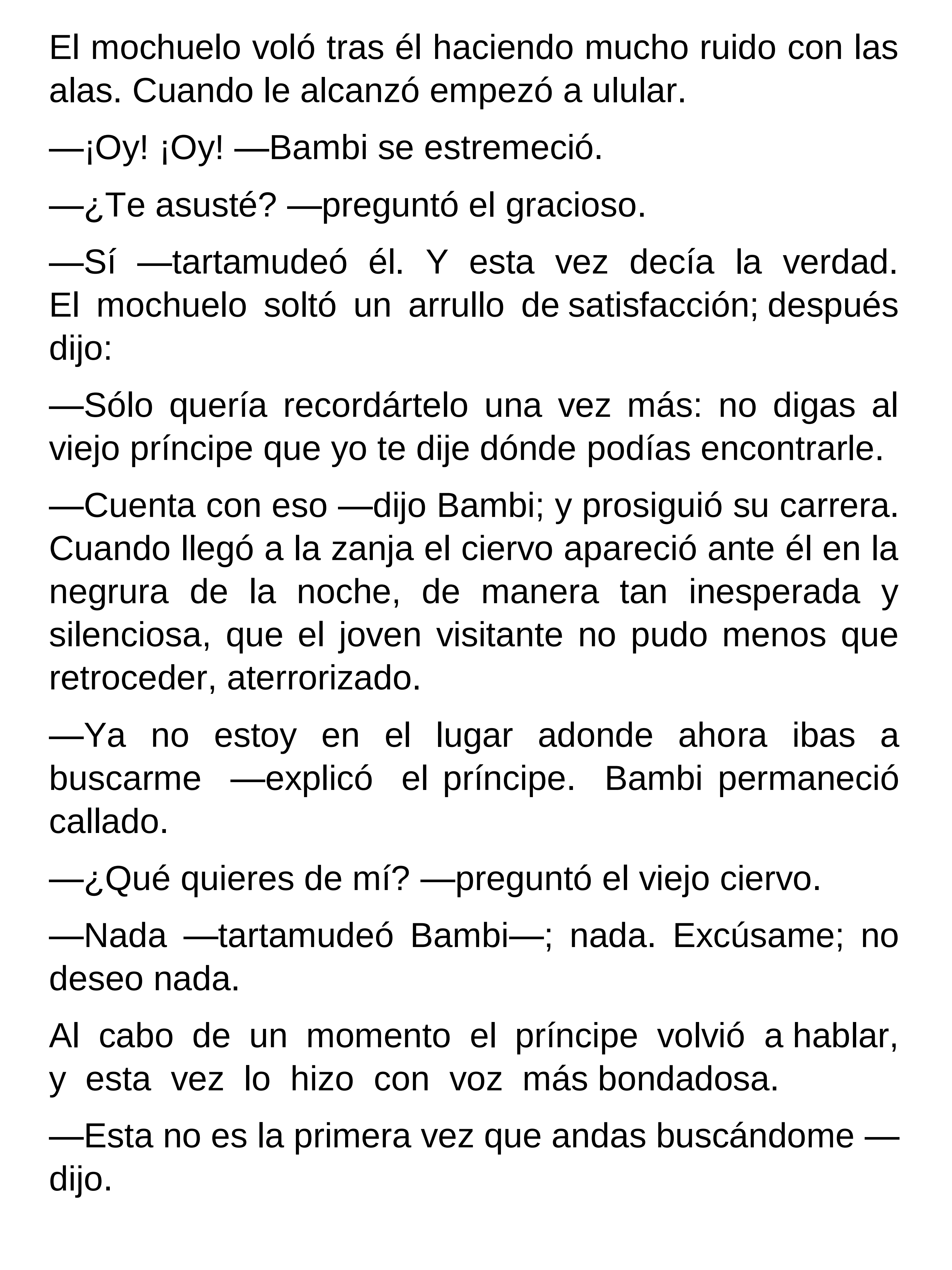
—Bien, entonces escúchame atentamente —murmuró el mochuelo—. Como te dije, al otro lado de la zanja hay un bosquecillo de robles. Después encontrarás algunos arbustos, en su mayor parte avellanos y espinos. En medio de éstos encontrarás una haya vieja desarraigada. Tendrás que buscarla bien. No es tan fácil descubrirla desde el suelo como desde el aire. Encontrarás a quien buscas debajo del tronco. Pero no le digas que yo te lo dije.

—¿Debajo del tronco? —repitió Bambi.

—Sí —dijo riendo el mochuelo—. Allí, debajo del tronco, hay un agujero hecho en la tierra, cubierto en parte por el haya. Él duerme debajo del tronco.

—Muchas gracias —repuso Bambi con efusión—. No sé si podré encontrarle, pero de todos modos te estoy muy agradecido.

Y con estas palabras se alejó corriendo.



El mochuelo voló tras él haciendo mucho ruido con las alas. Cuando le alcanzó empezó a ulular.

—¡Oy! ¡Oy! —Bambi se estremeció.

—¿Te asusté? —preguntó el gracioso.

—Sí —tartamudeó él. Y esta vez decía la verdad. El mochuelo soltó un arrullo de satisfacción; después dijo:

—Sólo quería recordártelo una vez más: no digas al viejo príncipe que yo te dije dónde podías encontrarle.

—Cuenta con eso —dijo Bambi; y prosiguió su carrera. Cuando llegó a la zanja el ciervo apareció ante él en la negrura de la noche, de manera tan inesperada y silenciosa, que el joven visitante no pudo menos que retroceder, aterrorizado.

—Ya no estoy en el lugar adonde ahora ibas a buscarme —explicó el príncipe. Bambi permaneció callado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó el viejo ciervo.

—Nada —tartamudeó Bambi—; nada. Excúsame; no deseo nada.

Al cabo de un momento el príncipe volvió a hablar, y esta vez lo hizo con voz más bondadosa.

—Esta no es la primera vez que andas buscándome —dijo.

Luego esperó, pero Bambi no dio ninguna respuesta. Entonces agregó:

—Ayer pasaste dos veces por mi lado, y esta mañana otra vez más, muy cerca de mí.

—¿Por qué —dijo Bambi armándose de valor—, por qué dijiste aquella palabra a Gobo?

—¿Tú crees que hice mal en decírsela?

—No —repuso Bambi con pena—; por el contrario, siento que hiciste bien.

El viejo ciervo asintió con un movimiento apenas perceptible; sus ojos miraron a Bambi con más bondad que nunca.

—Pero, ¿por qué? —agregó Bambi—. ¿Por qué es Gobo un “pobrecillo”? No alcanzo a comprenderlo.

—Es suficiente conque tengas el íntimo convencimiento de que lo es. Más adelante comprenderás por qué —dijo el viejo príncipe—. Adiós.

CAPÍTULO XIX

Todos vieron muy pronto que Gobo tenía costumbres que resultaban extrañas y sospechosas. Dormía de noche, cuando todos se quedaban despiertos. Pero de día, cuando los demás buscaban un lugar donde echarse a dormir, él se quedaba levantado y se iba a pasear. Salía del bosque cuando quería, sin la menor vacilación, y se paseaba con toda tranquilidad por el prado, a plena luz del sol.

Bambi encontró imposible guardar silencio por más tiempo.

—¿No sé te ocurre pensar nunca en el peligro? —le preguntó.

—No —repuso Gobo—; no hay ningún peligro para mí.

—Tú olvidas, mi querido Bambi —intervino la tía Ena— que Él es amigo de Gobo. Mi hijo puede arriesgarse más que ninguno de vosotros.

Dijo esto con notable orgullo.

Bambi no agregó nada más. Un día Gobo le dijo:

—¿Sabes una cosa? Me resulta un poco extraño esto de poder comer donde y cuando quiero. Bambi no comprendió.

—No veo por qué ha de parecértelo —repuso—; a todos nos ocurre lo mismo.

—Ah, a vosotros sí —dijo Gobo con superioridad—; pero yo soy un poco distinto de vosotros. Yo estoy acostumbrado a que me traigan la comida, o a que me llamen cuando está preparada y lista.

Bambi le miró con lástima. Después miró a Falina, a Marena y a la tía Ena. Pero todas estaban mirando a Gobo con una sonrisa de admiración.

—Yo creo que te va a resultar difícil acostumbrarte al Invierno, Gobo —empezó a decir Falina—. Nosotros no disponemos ni de heno, ni de nabos y patatas durante esa estación.

—Es verdad —repuso él con aire reflexivo—. No se me había ocurrido pensar en eso aún. Ni siquiera puedo imaginar cómo será eso. Debe ser horrible.

Bambi repuso calmosamente:

—No es horrible; es duro, nada más.

—Bien —declaró Gobo displicentemente—. Si la cosa se me hace muy dura, regresaré junto a Él ¿Por qué habría de pasar hambre? No veo la necesidad.

Bambi se volvió sin decir palabra y se alejó lentamente. Cuando Gobo se quedó solo con Marena empezó a hablar de Bambi.

—Mi primo no me comprende —dijo—. El pobre cree que yo soy siempre el bobito de otros tiempos. No puede acostumbrarse a la idea de que me he

convertido en un ser excepcional. ¡Peligro!... ¿Qué quiere decir con esa palabra? Sé que lo hace por mi bien; pero el peligro es cosa que debe preocuparle a él, y a los que son como él: no a mí.

Marena estaba de acuerdo con ese criterio. Amaba a Gobo, quien a su vez la amaba a ella. Los dos eran muy felices.

—Bien —agregó—; nadie me entiende como tú, Marena. De todos modos, no puedo quejarme. Todos me respetan y me honran. Pero tú me comprendes como nadie. Cuando digo a los demás lo bueno que es Él, me escuchan, sí. Pero si no creen que yo miento, al menos siguen aferrados a la opinión de que Él es malo.

—Yo siempre he creído en Él —dijo Marena ensoñadoramente.

—¿De veras? —exclamó Gobo.

—¿Recuerdas el día en que te dejaron caído en la nieve?

—agregó Marena—. Ese día yo dije que alguna vez Él vendría al bosque a jugar con nosotros.

—No —replicó Gobo bostezando—; no recuerdo eso. Pasaron unas pocas semanas. Una mañana Bambi, Falina, Gobo y Marena se encontraron en el viejo y familiar bosque de avellanos. Bambi y Falina regresaban de su paseo y se encaminaban hacia su

refugio, cuando vieron a Gobo y Marena, El primero se disponía a salir a la pradera.

—Quédate con nosotros —le sugirió Bambi—; pronto saldrá el sol y ya nadie irá al prado.

—Tonterías —repuso Gobo en tono burlón—; si no va nadie, iré yo. Y se dirigió hacia el gran espacio libre, seguido por Marena.

Bambi y Falina se detuvieron.

—Ven —dijo Bambi con enojo—; vámonos. Deja que haga lo que quiera.

Y ya iban a proseguir su camino, cuando el grajo soltó un agudo chillido en la parte más distante del bosque. Mediante un gran salto, Bambi empezó a correr rumbo a la pradera. Al llegar al roble del límite, dio alcance a Gobo y Marena.

—¿Oísteis eso? —preguntó.

—¿Qué? —preguntó Gobo con extrañeza.

—El grajo volvió a chillar en la parte más distante del bosque.

—¿Oísteis eso? —repitió Bambi.

—No —declaró el otro con calma.

—Eso significa peligro —insistió Bambi.

Una urraca empezó a parlotear en voz alta; e inmediatamente, otra, y luego otra. Después el grajo

chilló por tercera vez y las cornejas dieron su voz de alarma desde los airea.

Falina empiezo a suplicar.

—¡No salgas, Gobo! ¡Es peligroso! La misma Marena le suplicó:

—Quédate aquí; quédate, amado mío. Es peligroso salir. Gobo les miró con su sonrisa de superioridad.

—¡Peligroso! ¡Peligroso! ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó. Apremiado por la inminente necesidad de convencerle, Bambi tuvo una idea.

—Al menos deja que Marena salga primero —dijo—; así sabremos si... No había terminado de hablar cuando Marena se deslizó rumbo al prado.

Los tres permanecieron inmóviles, mirándola; Bambi y Falina ansiosamente; Gobo con evidente calma, como quien quiere ser indulgente con los temores vanos de los demás.

Así vieron a Marena atravesar el prado paso a paso; con pie indeciso, la cabeza alta, miraba y venteaba en todas direcciones. De pronto la vieron moverse con la rapidez del rayo y, con un salto formidable, como si la impeliese un ciclón, regresó al bosque.

—¡Es Él, Él! —susurró, con voz entrecortada por el terror. Estaba temblando—. Yo... yo le vi —tartamudeó—. Es Él. Está detenido cerca de los alisos.

—Vamos —dijo Bambi—; vámonos inmediatamente de aquí.

—Vamos —suplicó Falina—. Y Marena, que apenas podía hablar, susurró:

—¡Por favor, vámonos, Gobo; vámonos de aquí! Pero éste permaneció impertérrito.

—Corred cuanto gustéis —dijo—; yo no os detendré. Ya que Él está aquí, quiero hablarle. No hubo forma de disuadirle.

Los tres se quedaron mirando cómo se alejaba hacia el prado. Estaban inmóviles, impresionados por su gran confianza, al mismo tiempo que un miedo horrible les atenaceaba las entrañas.

Gobo llegó al centro del prado, donde se detuvo buscando los alisos con la vista. Después pareció encontrarlos, y junto a ellos, descubrió a Él. En ese momento resonó el trueno.

Gobo pegó un salto en el aire en el preciso instante en que se oyó el estampido. Enseguida se volvió y emprendió veloz carrera hacia el bosque, tambaleándose.

Los otros tres seguían en el mismo sitio, petrificados por el terror, mientras él se acercaba.

Ya percibían las boqueadas que daba en su esfuerzo por respirar. Y como no se detuvo, sino que pasó

corriendo por su lado, los tres le dieron alcance y huyeron a su vez.

Pero el herido cayó pronto al suelo. Marena se detuvo a su lado; Falina y Bambi algo más lejos, dispuestos a huir a la primera señal de peligro.

Gobo yacía con las entrañas saliéndose por la herida que tenía en el flanco. Con un movimiento débil, irguió la cabeza.

—Marena —dijo con un esfuerzo—; Marena... Y ya no pudo reconocerla. Su voz se hizo más débil aún. Por el lado del prado se oyó un gran ruido. Marena se acercó a Gobo.

—¡Él viene hacia aquí! —murmuró con desesperación—. ¡Gobo, que viene Él! ¿No puedes incorporarte y venir conmigo?

El herido levantó un poco la cabeza, la giró otro poco, dio unos golpes convulsivos con las patas sobre la tierra, y después permaneció inmóvil.

Con mucho ruido, estallidos y chasquidos de ramas rotas a su paso, Él se abrió camino entre los arbustos y se hizo visible.

Marena le vio desde muy cerca. Volviéndose lentamente, la pobre desapareció entre los arbustos más próximos; después se apresuró para dar alcance a Bambi y a Falina.

Al volver la cabeza por última vez, vio cómo Él se inclinaba para levantar al herido. Después, se oyó el alarido de muerte de Gobo.

CAPÍTULO XX

Bambi estaba solo. Iba caminando junto al arroyo que corría rápidamente entre juncos y sauces.

Ahora iba allí cada vez con mayor frecuencia. Por esos sitios había muy pocos senderos, y ello hacía que encontrase raramente a alguno de sus amigos. Eso era justamente lo que él deseaba. Últimamente sus pensamientos se habían hecho muy graves y su corazón estaba abrumado. Él mismo no sabía lo que le pasaba. Ni siquiera pensaba qué podía ser. No hacía más que recordar cosas de una manera inconexa; su vida entera parecía haberse oscurecido.

Solía estarse durante horas en la ribera. La corriente, que en ese punto describía una suave curva, ocupaba enteramente su pensamiento. El aire fresco de las ondas le traía olores extraños, refrescados y acres que le hacían sumirse en el olvido y le llenaban de confianza en sí mismo.

Bambi observaba a los patos bogando juntos, tranquilamente, hablando los unos con los otros enfrascados en charlas amistosas e interminables, y llenas de gravedad.

Había un par de mamas, rodeada cada una por un grupo de patitos. Las dos estaban enseñando constantemente cosas nuevas a sus hijos, quienes

no parecían cansarse de aprenderlas. A veces una u otra de las mamás daba la voz de alarma. Entonces los patitos salían corriendo en todas direcciones, desparramándose veloz y silenciosamente. Bambi veía cómo los más diminutos, que todavía no podrán volar, nadaban entremedio de los espesos juncos sin agitar uno solo que pudiese denunciarles con su movimiento.

Veía desaparecer los diminutos cuerpecillos oscuros serpenteando sobre la superficie del agua.

Después, una de las mamas soltaba un grito y ellos volvían a rodearla en mi santiamén. La pequeña flotilla se reorganizaba y proseguía entonces su tranquilo crucero. Bambi experimentaba la misma admiración, se maravillaba siempre lo mismo cada vez que volvía a verles. Esa flotilla era para él una constante fuente de asombro.

Después de una de esas alarmas, Bambi preguntó a una de las mamas:

—¿Qué pasó? Yo estaba mirando atentamente y no vi nada.

—No pasó absolutamente nada —contestó la pata. Otra vez fue uno de los patitos quien dio la señal, volviéndose para correr veloz como una flecha y atisbar luego entre los juncos. Al rato salió de su escondite y se llegó a la orilla donde estaba Bambi.

—¿Qué pasó? —preguntó Bambi al pequeñuelo—. Yo no vi nada.

—No pasó nada —contestó el aludido, sacudiendo las plumas de la cola con la gravedad de un pato adulto, y alineando cuidadosamente cada pluma en su sitio. Y enseguida se alejó nadando.

Con todo, Bambi tenía fe en los patos. Llegó a la conclusión de que ellos eran más vigilantes y atentos que él, y que oían y veían las cosas más rápidamente. Cuando se ponía a mirarlos, la continua tensión que sentía en su interior en otros momentos, cedía un poco.

También le gustaba hablar con los patos. Ellos no decían las tonterías que se escapaban con tanta frecuencia de la boca de otros. Hablaban del ancho cielo, del viento, y de unos campos distantes donde ellos solían tener festín con los bocados elegidos que allí encontraban.

De vez en cuando Bambi veía algo que parecía un rayo encendido, atravesando el aire junto al arroyo. “¡Srrrri!”, cantaba suavemente el colibrí, y pasaba volando, veloz; apenas si se le distinguía; era una manchita que aleteaba vertiginosamente en el aire. se veía un resplandor de verde, otro de rojo... ya había pasado: se había ido. Bambi estaba maravillado y sentía deseos de ver al desconocido de los brillantes colores bien de cerca. Y le llamaba.

—No te molestes en llamarme —dijo la curruca a Bambi desde los macizos del junco—. No te molestes. No conseguirás que te conteste.

—¿Dónde estás que no te veo? —preguntó Bambi a la curruca, atisbando entre los juncos.

Pero ésta rió a carcajadas desde un sitio distinto del anterior.

—Aquí estoy. Esa criatura lunática a quien acabas de llamar no se molesta en contestar a nadie. Es inútil llamarla.

—Es muy hermoso —dijo Bambi.

—Pero malo —repuso la curruca, que había cambiado otra vez de lugar.

—¿Qué te hace pensar que es malo? —inquirió Bambi. La curruca le contestó desde un nuevo sitio:

—No le importa de nada ni de nadie. Suceda lo que sucediere, no habla con nadie y nunca pareció mostrarse agradecido porque los demás le dirigiesen la palabra. Cuando ve peligro nunca da la voz de alarma. Nunca ha dicho una sola palabra a ser viviente alguno.

—Pobre... —dijo Bambi.

La curruca siguió hablando, y su voz alegre y aflautada volvió a oírse nuevamente desde un punto distinto.

—Tal vez cree que la gente siente envidia de los tontos colores de su plumaje y no quiere por eso que nadie le mire de cerca.

—Pues yo conozco a otros que tampoco se dejan ver —repuso Bambi.

En un santiamén la curruca se puso delante de él.

—En mi caso no hay nada especial que mirar —dijo con sencillez.

Diminuta, y brillante el plumaje por el agua que lo empapaba, esbelta de cuerpo y de movimientos nerviosos e incesantes, se mostraba animada, satisfecha. Veloz como una centella, volvió a desaparecer.

—Yo no comprendo cómo la gente puede estar tanto tiempo en el mismo sitio —dijo desde el agua; y agregó enseguida desde la orilla opuesta—: Es cansador y peligroso quedarse mucho tiempo seguido en el mismo punto —y otra vez se oyó su voz desde otro lugar—: Hay que estar en constante movimiento —dijo alegremente—. Hay que estar en constante movimiento para mantenerse sano y fuerte.

Un susurro suave entre la hierba sobresaltó a Bambi. Miró a su alrededor y vio una cosa rojiza que pasaba veloz entremedio de unos arbustos para desaparecer enseguida entre los juncos. Al mismo tiempo percibió

un olor penetrante y cálido, en el que reconoció al zorro; en efecto, él era el que acababa de escabullirse.

Bambi quiso gritar y dar patadas en el suelo para prevenir a los demás. Pero antes de que pudiese hacerlo se oyó el crujido de los juncos que el zorro separaba al avanzar en rápidos saltos. Se oyó un fuerte chapoteo en el agua y luego el grito desesperado de un pato. Bambi oyó cómo la pobre víctima agitaba las alas y distinguió su blanco cuerpo por entre el verde de las hojas. Vio también cómo las alas golpeaban con fuerza contra la cara del zorro. Después, el pato se quedó inmóvil.

El zorro salió de la maleza llevando al pato en las fauces. El cuello de la víctima caía sin vida; las alas se le movían un poco aún, pero el cazador no hacía caso de ello. Al pasar miró de soslayo y con expresión burlona al ciervo, y luego introdujese lentamente en el bosque.

Bambi permaneció inmóvil.

Algunos de los patos más viejos revoloteaban con gran rumor de alas, indefensos, asustados. La curruca gritaba alarmada, siempre desde un punto distinto. Los paros chispeaban excitados entre los arbustos. La víctima era una de las patas; sus pobres huerfanitos chapoteaban junto a los juncos, y lloraban en voz baja, dulcemente.

El colibrí pasó volando a lo largo de la orilla del arroyo.

—Por favor —le dijeron los patitos—, por favor, dinos, ¿has visto a nuestra madre?

—Srrri —contestó el colibrí con trino chillón, mientras se alejaba en todo el esplendor de sus colores—. ¿Qué tengo yo que ver con ella?

Bambi se volvió y se alejó. Atravesó un campo de espinos dorados, recorrió un bosquecillo de hayas y luego uno de viejos avellanos, hasta que llegó a la zanja por cuya proximidad vagó en la esperanza de encontrar al viejo ciervo, a quien no veía desde mucho tiempo atrás. De pronto le distinguió a cierta distancia de donde se encontraba y corrió a su encuentro.

Caminaron un momento en silencio y después el príncipe preguntó:

—Y bien, ¿siguen hablando de él como solían hacerlo? Bambi comprendió que se refería a

Gobo, y replicó:

—No lo sé. Ahora estoy casi siempre solo —titubeó y añadió—: Pero yo pienso mucho en él.

—¿De veras? —preguntó el ciervo—, ¿estás casi siempre solo, ahora?

—Sí —repuso Bambi, expectante; pero su interlocutor permaneció callado. Siguieron caminando. De pronto el viejo príncipe se detuvo.

—¿No oyes algo? —preguntó. Bambi escuchó. No oía nada.

—Ven —dijo el ciervo y emprendió la carrera; Bambi le siguió. El primero volvió a detenerse—. ¿Tampoco ahora oyes nada? —preguntó.

Entonces Bambi oyó un ruido que no pudo comprender. Parecía como si las ramas fuesen dobladas para recuperar enseguida y en forma violenta la posición natural. Algo golpeaba sobre la tierra con sonido irregular y opaco.

Bambi quiso emprender la huida, pero el viejo ciervo dijo:

—Ven conmigo.

Y corrió en dirección del ruido. Bambi, a su lado, se aventuró a preguntar:

—¿No es peligroso?

—Es terriblemente peligroso —contestó su compañero en tono misterioso.

Pronto vieron unas ramas que algo o alguien parecía tirar y agitar violentamente desde abajo. Se acercaron y distinguieron entonces un senderillo que corría entre los arbustos.

La amiga liebre estaba tirada en el suelo, revolcándose tan pronto sobre un costado como sobre el otro, retorciéndose. Se quedó inmóvil, para volver a

retorcerse. Cada uno de sus movimientos significaba un tirón de las ramas que se elevaban por encima de ella.

Bambi vio un lazo delgado y oscuro, que se extendía desde una rama hasta el cuello de la liebre, alrededor del cual estaba anudada.

La amiga liebre debió de oír que alguien se acercaba, porque dio un salto salvaje en el aire para caer pesadamente al suelo. Quiso huir y rodó nuevamente, revolcándose por el pasto.

—Quédate quieta —ordenó el príncipe; después, bondadosamente, con una voz tan suave que llegó al corazón de Bambi, agregó—: Tranquilízate, amiga liebre, soy yo. No te muevas. Quédate todo lo inmóvil que puedas.

La liebre hizo lo que le recomendaron y se quedó quieta sobre el pasto. Su respiración agitada producía un leve ronquido al pasar por la garganta.

El viejo ciervo tomó la rama con los dientes, la dobló y la inclinó. Enseguida tiró de ella con fuerza hasta hacerla tocar el suelo, donde, sosteniéndola con la pata, la cortó con un solo golpe de sus astas.

Después hizo un movimiento de cabeza como para tranquilizar y dar ánimo a la liebre.

—No te muevas —le dijo—; aunque te lastime, quédate quieta.

Inclinando la cabeza, metió una de las astas junto a la nuca de la liebre y le oprimió la piel detrás de la oreja. Hizo un esfuerzo y cabeceó. La liebre empezó a retorcerse de dolor.

El ciervo se retiró vivamente.

—Quédate quieta —ordenó—. Esto es cosa de vida o muerte para ti.

Y empezó de nuevo. La liebre se quedó inmóvil, boqueando de dolor. Bambi estaba cerca, mudo de asombro.

Una de las astas del ciervo, oprimiendo a la liebre detrás de la oreja, se había introducido por debajo del lazo. Esto obligaba al viejo príncipe a estar con la cabeza muy inclinada y casi arrodillado, como si fuese a arremeter. Poco a poco metió el asta más y más debajo del lazo, de modo que éste pronto empezó a ceder.

La amiga liebre ya podía respirar con más libertad; y entonces dio rienda suelta al miedo y el dolor que sentía; de su garganta se escapó un débil quejido:

—¡I-i-ih!

El ciervo se contuvo.

—¡Quédate quieta! —exclamó, reprochándole bondadosamente—. Quédate quieta.

Ahora tenía la boca junto al hombro de la liebre; el asta se encontraba siempre entre las orejas de la misma. Parecía como si hubiese ensartado al pobre animalejo.

—¿Cómo puedes ser tan tonta de gritar en este momento? —gruñó, siempre bondadosamente—. ¿Es que quieres que venga el zorro? ¿Eso quieres? Yo creía lo contrario. Vamos; quédate quieta.

Y siguió trabajando, poniendo en juego, paulatinamente, toda su fuerza. De pronto el lazo se rompió con un chasquido seco. La liebre quedó libre sin darse cuenta de ello en el primer momento. Dio un paso y se dejó caer sentada, como atontada. Después empezó a correr a grandes saltos.

Bambi la vio alejarse.

—¡Se va sin darte siquiera las gracias! —exclamo asombrado.

—Es que todavía está aterrorizada —repuso el viejo ciervo.

El lazo estaba en el suelo. Bambi lo toco, y del mismo se escapo una especie de chirrido que le atemorizo. Ese era un sonido como nunca lo había oído en el bosque.

—¿Fue... Él? —pregunto en voz baja. El ciervo asintió.

Empezaron a caminar, callados.

—Cuando vayas por un sendero, ten cuidado —dijo después el viejo ciervo—; prueba todas las ramas. Púnzalas por todos lados con tus astas. Y si oyes ese chirrido retrocede inmediatamente. Y cuando pierdas las cuernas en la estación de la muda, sé doblemente precavido. Yo ya no uso más los senderos.

Bambi se sumió en profunda y afligida meditación.

—Pero... no veo que Él esté aquí... —murmuró hablando consigo mismo, lleno de estupefacción.

—No. Ahora Él no se encuentra, en el bosque —repuso el ciervo.

—Sin embargo no está y está —agregó Bambi sacudión" tío la cabeza. El viejo ciervo dijo con voz llena de amargura:

—¿Cómo eran las palabras de vuestro Gobo...? ¿No dijo que Él es todopoderoso y todo bondad?

—Con Gobo fue bueno —murmuró Bambi. El viejo ciervo se detuvo.

—¿Tú lo crees así, Bambi? —preguntó tristemente. Era la primera vez que le llamaba por su nombre.

—No lo sé —repuso Bambi, apenado—; no lo alcanzo a comprender. El viejo príncipe agregó en tono solemne, grave:

—Debemos aprender a vivir y a cuidarnos.

CAPÍTULO XXI

Una mañana vino que para Bambi fue de dolor. El amanecer gris pálido empezaba a insinuarse por la floresta. Una niebla lechosa se levantaba sobre el prado; la quietud que precede a la luz reinaba en todas partes. Las cornejas todavía no habían despertado, ni tampoco las urracas. Los grajos también seguían durmiendo.

La noche anterior Bambi se había encontrado con Falina. Ella le miró tristemente y se mostró muy tímida.

—Me siento muy sola —dijo después.

—Yo también estoy solo —contestó Bambi con cierta indecisión.

—¿Por qué ya no te quedas conmigo? —preguntó apenada la cierva.

Y él se afligió al ver tan triste y abatida a la que siempre fuera alegre y animosa Falina.

—Quiero estar solo —replicó.

Y por muy dulcemente que trató de decirlo, sus palabras resultaron crueles. El mismo las sintió así. Ella le miró y preguntó en voz baja:

—¿Me amas todavía?

—No lo sé —contestó él en idéntico tono. Ella se alejó silenciosamente, dejándole solo. El se quedó debajo del gran roble al borde del prado y atisbo con cautela, aspirando el aire fresco, puro y sin olores de la mañana, que estaba saturado de la humedad que se desprendía de la tierra, y de la del rocío, del pasto y del bosque. Bambi lo aspiraba a raudales. Y de repente su espíritu se sintió más Ubre de lo que estuviera durante mucho tiempo. Feliz, se encaminó hacia el prado cubierto de niebla.

Entonces estalló un ruido parecido al del trueno. Bambi sintió un terrible golpe que le hizo trastabillar. Loco de terror, pegó un salto y volvió al bosque por donde corrió vertiginosamente. No comprendía qué acababa de suceder. No tenía la menor idea. Lo único que podía hacer, era seguir corriendo sin parar. El miedo le oprimía de tal modo el corazón que el aliento le fallaba en su loca y ciega carrera. Después sintió un dolor mortal atravesarle todo el cuerpo; un dolor insoportable. También sintió que una cosa cálida corría por su hombro izquierdo. Era como un hilo de fuego que partía del mismo sitio donde se originaba el dolor que parecía llenarle todo el cuerpo. Bambi tuvo que dejar de correr y se vio obligado a caminar lentamente. Después vio que cojeaba, y se dejó caer. Era muy confortante yacer allí y descansar.

—¡Arriba, Bambi! ¡Levántate! El viejo ciervo estaba a su lado y le tocaba suavemente el hombro con el hocico. Bambi quiso contestar:

—No puedo.

Pero el príncipe repitió:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Y había tal expresión de apremio y de ternura en su voz, que no se atrevió a decirle nada. Hasta el dolor por el cual se sentía atravesado pareció mitigarse por un minuto.

El viejo ciervo insistió con ansiedad:

—¡Levántate! Debes huir, hijo mío.

"¡Hijo mío!" Esas dos palabras parecían habérsele escapado. Bambi estuvo de pie con la velocidad del relámpago.

—Bien —dijo el ciervo, respirando con fuerza; y hablando enfáticamente, agregó:— Ahora ven conmigo y quédate muy junto a mí.

Con estas palabras emprendió veloz marcha. Bambi le siguió por más que sentía un ardiente deseo de dejarse caer al suelo, para estarse inmóvil y descansar.

El viejo príncipe pareció adivinarlo, porque le habló sin dejar de correr:

—Ahora tienes que soportar el dolor. No puedes pensar en echarte a reposar. No debes pensarlo, ni por un minuto. Ese pensamiento basta para hacerte sentir cansado. Tienes que ponerte a salvo, ¿me entiendes, Bambi? Tienes que salvarte. De lo contrario estás perdido. Recuerda que Él te persigue, ¿me entiendes? Y si te alcanza, te matará sin piedad. Vamos. Sígueme de cerca. Pronto estarás bien. Tienes que ponerte bien.

A Bambi no le quedaban fuerzas ni para pensar; el dolor le quebrantaba todo el cuerpo a cada paso que daba, quitándole el aliento y sumiéndole casi en los abismos de la inconsciencia. El líquido caliente escurría del hombro herido, produciéndole el efecto lacerante de una pena del corazón.

El viejo ciervo describió un amplio círculo. Recorrer esa distancia les llevó mucho tiempo.

A través del velo de dolor y debilidad en que se sentía envuelto, Bambi no pudo menos que sorprenderse al ver que pasaban de nuevo junto al gran roble. El viejo ciervo se detuvo y olfateó el terreno.

—Él está todavía aquí —murmuró—. Estoy seguro: es Él. Y también está su perro. Ven, vámonos, ¡más rápido! Y emprendieron otra vez la huida. De repente el salvador de Bambi volvió a detenerse.

—Mira —dijo—; aquí es donde te dejaste caer. Bambi vio los pastos aplastados y un pequeño charco de su propia sangre coagulándose en la tierra.

Su acompañante y protector olfateó cautelosamente todo alrededor del lugar.

—Él y su perro estuvieron aquí —dijo—. ¡vámonos! Y siguió avanzando, sin dejar de aspirar el aire con fuerza a intervalos regulares.

Bambi vio manchas de sangre brillantes en las hojas de los arbustos y en las briznas de hierba.

—Ya pasamos una vez por aquí —pensó; pero no pudo hablar.

—¡Aja! —dijo el viejo ciervo con entonación jubilosa—. Ahora somos nosotros los que vamos detrás de Él.

Siguieron por el mismo sendero durante otro trecho. Después viró bruscamente y empezó a describir otro círculo. Bambi siguió cojeando los pasos de su salvador. Así llegaron nuevamente al gran roble, aunque por el lado opuesto. Por segunda vez pasaron por donde el herido cayera al suelo. Y desde allí el viejo ciervo tomó, otra vez, un camino distinto.

—Come esto —dijo inesperadamente, deteniéndose y separando la hierba para dejar en descubierto un par de hojas cortas y de color verde oscuro que crecían muy juntas, pegadas al terreno.

Bambi obedeció. Sabían terriblemente amargas y despedían un olor desagradable.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó el ciervo al cabo de un momento.

—Mejor —contestó Bambi enseguida. Así, repentinamente, se sentía de nuevo capaz de hablar. Se notaba además los sentidos despejados y la fatiga ya era mucho menor.

—Pongámonos en camino otra vez —ordenó el príncipe tras otra pausa. Y cuando ya hacía bucal rato que Bambi le seguía, exclamó:

—¡Por fin!

Y se detuvieron.

—Ya la hemorragia se ha detenido —dijo el ciervo—; ya no te sale más sangre de la herida. Ya no hay peligro de que tus venas queden vacías. Al mismo tiempo, el precioso líquido ya no podrá traicionarte: ya no enseñará a Él y a su perro dónde encontrarte para darte muerte.

El salvador de Bambi parecía preocupado, cansado; pero su voz se oyó alegre cuando añadió:

—Sigamos; ahora podrás descansar.

Así llegaron a un ancho zanjón que Bambi no atravesara nunca; el protector se deslizó por la pared del mismo y el herido trató de seguirlo, cosa que no le

resultó difícil. En cambio, nada fácil para él ascender por la pared opuesta. Allí el dolor volvió a lacerarle de nuevo de manera punzante. Tropezó, cayó, se puso otra vez en pie, volvió a tropezar, respirando en forma agitada.

—Yo no puedo ayudarte —le dijo su compañero—; tendrás que subir solo.

Bambi alcanzó por fin la cima. Ahora sentía otra vez el líquido caliente corriéndole por el hombro y también que las fuerzas volvían a faltarle.

—Estás sangrando de nuevo —dijo el ciervo—. Me lo esperaba. Pero no te aflijas: es muy poco —agregó en un susurro—. Y ya no tiene importancia.

Caminaron lentamente a través de una arboleda de altísimas hayas. Allí el terreno era llano, parejo. Se podía caminar fácilmente. Bambi sentía un fuerte deseo de echarse a descansar, de estirarse para no volver a incorporarse jamás. Ya no podía seguir andando. Le dolía la cabeza y le zumbaban los oídos. Sentía los nervios vibrantes; la fiebre empezaba a agobiarlo.

Delante de sus ojos había oscuridad. Ya no sentía nada fuera del deseo de reposar; al mismo tiempo, estaba estupefacto de ver su vida tan cambiada, tan quebrantada. Recordaba cómo había recorrido el bosque, entero, sano, esa misma mañana. De eso hacía apenas una hora y sin embargo se presentaba

a su entendimiento como el recuerdo de un pasado distante, perdido en la bruma de la memoria.

Pasaron junto a un bosquecillo de robles enanos y cornejos. Un tronco de haya, enorme, ahuecado, enmarañado por el ramaje de los arbolillos bajos, les cerraba el paso.

—Ya llegamos —oyó decir Bambi a su salvador. El viejo ciervo caminó paralelamente a lo largo del caído tronco; Bambi le siguió y casi cayó en un agujero que allí había.

—Aquí está —dijo el ciervo al momento—. Puedes echarte aquí. Bambi se echó y no volvió a moverse.

El agujero se prolongaba por debajo del tronco formando una especie de cámara. El follaje se cerraba espeso por la parte superior formando como un techo que impedía ver lo que podía haber dentro del hueco.

—Aquí estarás a salvo —dijo el viejo príncipe. Pasaron varios días.

Bambi yacía sobre la tierra tibia; sobre su cuerpo caían pedazos de la corteza seca del tronco del haya. Sintió que el dolor se intensificaba, para hacerse después menos y menos agudo, hasta que fue desapareciendo paulatinamente.

A veces salía del agujero y permanecía tambaleándose sobre las débiles patas. Daba unos pocos pasos, en procura de alimento. Ahora comía plantas que no había visto nunca, que eran gratas a su paladar, y que le

atraían con su olor extraño, acre, incitante. Aun le desagradaban muchas de las hojas pequeñas y de los renuevos cortos, duros; pero los comía lo mismo, como si se sintiese obligado a ello. Su herida sanó rápidamente. Y sintió que iba recuperando las fuerzas.

Cuando estuvo curado, no por eso abandonó el hueco. De noche salía a caminar un poco; pero durante el día se quedaba tranquilo en su lecho. Bambi no pensó en lo que le había ocurrido hasta que la fiebre no le abandonó por completo. Entonces se despertó en su ánimo un profundo terror, y sintió el corazón estremecido. Por más que quería, no lograba librarse de ese miedo; no podía levantarse y salir a correr como antes. Y se quedaba allí, inmóvil. se sentía alternativamente aterrorizado, avergonzado, estupefacto y turbado. A veces experimentaba honda desesperación; otras, contento.

El viejo ciervo estaba siempre con él. Al principio se quedó día y noche a su lado. Después empiezo a dejarlo por algunos momentos, especialmente cuando lo veía sumido en profundas reflexiones. Pero siempre se quedaba cerca.

Una noche vino el trueno y también el relámpago, y cayó una tormenta, a pesar de que el cielo estaba despejado y el sol crepuscular dejaba caer sus rayos sobre la tierra. Los mirlos cantaban en voz alta sobre los árboles próximos, los pinzones trinaban, los paros

piaban en los matorrales. Entremedio del pasto y por debajo de los arbustos, el cacareo gutural y metálico de los faisanes se dejaba oír a intervalos. El pájaro carpintero reía de cuando en cuando, jubiloso; las palomas se arrullaban amorosamente.

Bambi salió de su refugio. La vida era hermosa... Él viejo ciervo estaba allí, como esperándolo. Sin cambiar una palabra, se pusieron a andar juntos. Y cuando se separaron, ya

Bambi no volvió al agujero, y tampoco en busca de su protector.

CAPÍTULO XXII

Una noche en que el aire suspiraba con las hojas otoñales, el mochuelo soltó un grito chillón entre las ramas. Después esperó.

Bambi le había visto ya a través del follaje, y se detuvo.

El mochuelo voló cerca de él y chilló más fuerte. Y volvió a esperar. Pero Bambi no dijo nada.

Entonces el mochuelo ya no pudo contenerse más.

—¿Es que no te asustas ya? —preguntó con disgusto.

—Te diré —replicó Bambi—; me asustaste un poco.

—Sí, ¿eh? —replicó el ave con tono de ofendida—, ¿conque sólo un poco? Sin embargo, antes solías asustarte terriblemente. Era un verdadero placer ver cómo te espantabas. Pero por una u otra razón ahora resulta que sólo te asustas un poquito —y enfureciéndose repitió—:

¡Sólo un poquito!

El mochuelo estaba envejeciendo, y por eso mismo se estaba poniendo más vanidoso y mucho más sensible que antes.

Bambi deseó contestar: “Tampoco me asustabas antes”, pero decidió guardar eso para sí mismo. Sentía ver al pobre tan enfurecido. Por eso trató de serenarle.

—Tal vez sea que no bien chillaste pensé en ti —dijo.

—¿Qué? —exclamó el ave, poniéndose alegre otra vez—. ¿De veras pensaste en mí?

—Sí —contestó Bambi con indecisión—; no bien te oí chillar. De lo contrario, es natural que me hubiese asustado como siempre.

—¿De veras? —inquirió el mochuelo.

Bambi no tuvo corazón para negarlo. ¿Qué diferencia podía haber para él que ésa no fuese la verdad? Que el pobre quedase contento, ya que le bastaba con tan poco para ello.

—De veras —le aseguró; y agregó—: Cuando te oigo así, repentinamente, experimento una sensación muy emocionante; créeme, me gusta tu grito.

El mochuelo se infló de satisfacción, distendiendo las plumas de color gris castaño de manera que quedó convertido en una pelota, se sentía feliz.

—Eres muy amable pensando en mí —dijo con voz emocionada—. Muy amable. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Mucho tiempo, en efecto —dijo Bambi.

—Ya no usas los viejos senderos, ¿verdad?

—No —dijo Bambi lentamente—; ya no uso más los viejos senderos.

—Yo también estoy viendo del mundo más de lo que solía en otro tiempo —observó el mochuelo con jactancia.

Naturalmente, no mencionó que había sido desalojado de su vieja heredad por un joven y despiadado rival.

—No se puede estar siempre en el mismo sitio —agregó. Y calló, esperando la respuesta de su interlocutor. Pero Bambi se había ido. Por entonces él también sabía, igual que el viejo ciervo, cómo desaparecer repentina y silenciosamente.

El mochuelo se enojó.

—Qué poca vergüenza —se dijo. Luego sacudió las plumas, hundió el pico en el pecho, y filosofó en silencio:

—No hay que esperar nunca llegar a ser amigo de los grandes. Estos pueden ser muy amables; pero hay momentos en que no hacen el menor caso de uno, y le dejan estúpidamente sentado, como me quedé yo ahora.

De pronto se dejó caer a tierra como una piedra. Acababa de descubrir a un ratón. La pobre bestezuela chilló una vez bajo sus garras, con las que lo despedazó, de furioso que estaba. Devoró a la diminuta presa comiéndola con mayor rapidez que de costumbre, y luego subió otra vez a su rama.

—¿Qué me importan todos los grandes? —dijo—. Nada; nada en absoluto.

Y empezó a gritar con tono tan chillón y tan seguido que dos palomas que estaban dormidas se despertaron y se alejaron de su nido con gran rumor de alas.

La tormenta se abatió sobre el bosque durante varios días, arrancando las últimas hojas de las ramas. Entonces los árboles quedaron desnudos.

Bambi vagaba en el gris amanecer; se encaminaba hacia el agujero donde dormía junto al viejo príncipe.

Una voz aguda le llamó repitiendo su nombre dos o tres veces, rápidamente. Al oír se detuvo. Entonces la ardilla descendió ágilmente por las ramas de un árbol y fue a ponerse en el suelo delante de Bambi.

—¿Eres tú, ciertamente, eres tú? —chilló con sorpresa y deleite—. Te reconocí al verte pasar; pero me costó creerlo...

—¿De dónde saliste? —le preguntó Bambi. La carita alegre de la ardilla adquirió una expresión afligida.

—El roble ya no está —dijo quejosa—. Mi hermoso roble... ¿te acuerdas? Fue algo terrible: Él lo derribó.

Bambi inclinó la cabeza, entristecido. se sentía muy apenado por la muerte de aquel espléndido árbol.

—En cuanto ocurrió la desgracia —contó la ardilla—, todos los que vivíamos en el roble huimos y

contemplamos tristemente, desde lejos, cómo Él daba feroces dentelladas sobre el tronco con un diente gigantesco y muy brillante. Al sentirse herido, el roble soltó un profundo gemido. Después, mientras el diente seguía mordiendo el tronco no cesó de quejarse. Era algo que destrozaba el alma oírlo. Después, el hermoso árbol cayó muerto en el prado. Todos lloramos mucho.

Bambi permaneció callado.

—Sí —suspiró la ardilla—. Él lo puede todo. Es todopoderoso.

Miró a Bambi con sus grandes ojos e irguió las orejas. Pero Bambi permaneció callado.

—A raíz de esa desgracia nos quedamos todos sin hogar —prosiguió la ardilla—. Ni siquiera sé a donde fueron las demás. Yo vine aquí. Pasará mucho tiempo antes de que vuelva a encontrar otro árbol como aquél...

—El viejo roble... —balbuceó Bambi, hablando consigo mismo—. Yo lo conocía desde que era pequeñito.

—En fin —dijo la ardilla—. ¡Quién iba a decirme que volvería a verte! —agregó con tono de satisfacción—. Todos decían que habías muerto. Naturalmente, algunos afirmaban que debías estar vivo. Pero nadie podía saber nada con seguridad. Yo no hice caso a estos últimos —agregó mirando inquisitivamente a su interlocutor— desde que no te vi regresar.

Bambi vio que la ardilla estaba llena de curiosidad y ansiosa por recibir una respuesta aclaratoria.

Mas no por eso habló. Con todo, él mismo empezaba a sentirse acicateado por la curiosidad. Quería preguntar por Falina, por Ena, Roño y Karus, en fin, por todos los compañeros de su infancia. Pero al final se quedó callado.

La ardilla seguía frente a él, estudiándole.

—¡Qué astas tienes! —exclamó con admiración—. ¡Qué astas! Nadie las tiene iguales en todo el bosque, excepto el viejo príncipe.

En otro tiempo se hubiese sentido henchido de satisfacción, halagado por tal elogio. Pero ahora sólo contestó:

—Es posible.

La ardilla movió vivamente la cabeza.

—De veras —dijo sorprendida; y agregó—: Observo también que la pelambre se te está poniendo de color gris.

Bambi siguió vagando.

La ardilla se dio cuenta de que la conversación había terminado y se internó a su vez en la espesura, gritando:

—Adiós, adiós. Me alegro de haberte visto. Si encuentro a tus amigos les diré que estás vivo. Eso les llenará de alegría.

Él le oyó y volvió a sentir nuevamente el acicate de una tierna curiosidad. Pero no dijo nada. Cuando era pequeño el viejo ciervo le había enseñado que debía vivir solo, que debía saber arreglárselas solo. Después le había enseñado también las cosas que sabía, revelándole muchos secretos. Pero de todas sus enseñanzas, ésta era la más importante: “hay que vivir solo”. Si uno quería cuidarse, si uno comprendía la vida, si uno deseaba hacerse sabio, tenía que vivir solo.

—Pero —objetó una vez Bambi— tú y yo ahora andamos siempre juntos.

“No será por mucho tiempo”, contestó enseguida el viejo príncipe. Eso se lo había dicho unas semanas atrás. Ahora, recordando eso, a la mente de Bambi acudió el recuerdo de las primeras palabras que su protector y amigo le dirigiera: esas primeras palabras se habían referido también a la soledad. Aquel día en que Bambi, siendo aún una criatura, llamó llorando a su madre, el ciervo se le había acercado para decirle:

—¿Es que no puedes arreglártelas solo? Bambi siguió vagando.

CAPÍTULO XXIII

El bosque estaba otra vez cubierto por el blanco manto de la nieve invernal. Reinaba en todas partes un profundo silencio. Sólo se oía, a veces, el grito de la corneja. De vez en cuando se dejaba oír también la ruidosa charla de la urraca. El gorjeo de los paros resonaba tímidamente. Cuando el frío se hizo más intenso, el silencio lo llenó todo. El aire parecía zumbar de frío.

Una mañana el ladrido de un perro rompió el silencio.

Era un ladrido continuo y repetido, que se extendía por todos los ámbitos del bosque, potente, claro, insistente.

Bambi levantó la cabeza. Estaba con su protector en el agujero, debajo del tronco del árbol caído. Acababa de oír el ladrido del perro, y miró significativamente a su compañero.

—No es nada —dijo éste, interpretando la mirada—. Nada que deba preocuparnos. Con todo, los dos escucharon atentamente.

Se encontraban dentro del hueco; el tronco del haya loa protegería haciendo las veces de techo. La gruesa capa de nieve les defendía del cierzo helado, y la enmarañada vegetación que cubría las proximidades del agujero les tenía a cubierto de miradas curiosas.

Los ladridos fueron acercándose. Se oían furiosos, jadeantes e implacables. Parecían de un podenco. Cada vez se acercaba más.

Después oyeron una voz, también jadeante, distinta del ladrido del perro. Era una especie de gruñido grave, que se oía distintamente a pesar del continuo ladrar del can.

—No tenemos por qué preocuparnos —dijo—. Bambi se inquietó, pero el viejo ciervo le tranquilizó otra vez.

Los dos permanecieron silenciosos en su abrigado agujero, atisbando hacia afuera por entre la maraña.

Los pasos se acercaron más y más. La nieve se desprendía de las ramas sacudidas, al mismo tiempo que del suelo se levantaban nubes de la misma.

Saltando, agachándose y escurriéndose alternativamente, vino el zorro, caminando por la nieve, pisando ramas y raíces. Un pequeño podenco, de patas cortas, le seguía.

Una de las patas delanteras del zorro estaba lastimada, con la piel arrancada. Él la mantenía estirada hacia adelante; de la herida manaba sangre. Estaba tan cansado, que le costaba resollar. Los ojos miraban con desesperación; se veía en la expresión de los mismos el esfuerzo que le costaba seguir huyendo. Además se advertían en ellos rabia y miedo. Estaba aterrorizado y exhausto.

De tanto en tanto miraba a su alrededor y gruñía de tal modo que el perro, momentáneamente alarmado, se detenía, quedándose rezagado.

Finalmente el zorro se sentó sobre la nieve. Ya no podía seguir más. Levantando penosamente la pata herida, las fauces abiertas y los labios desplegados hacia afuera, gruñó al perro.

Pero éste no cesaba de ladrar. Su ladrido agudo y áspero se hizo más lleno y profundo.

—¡Aquí! —decía—. ¡Aquí está! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

Ni acosaba al zorro, ni tampoco le hablaba, sino que parecía estar dando aviso a alguien que tardaba en llegar.

Bambi supo enseguida, lo mismo que su compañero, que era a Él a quien llamaba el perro. El zorro también parecía saberlo. La, sangre que manaba de su herida formaba sobre la nieve una mancha roja de espantable aspecto, una mancha de la que se desprendía un vapor tenue.

Acometido por repentina debilidad, el zorro dejó caer la pata lastimada; pero un dolor punzante pareció recorrerle todo el cuerpo cuando tocó la nieve. Volvió a levantarla con un esfuerzo, y la mantuvo erguida y temblorosa.

—Déjame escapar —dijo al perro—. Déjame ir.

Hablaba en tono suplicante, casi tierno. Estaba muy débil y desesperado.

—¡No! ¡no! ¡no! —bramó el perro. El zorro suplicó, insistente.

—Tú y yo somos parientes —dijo—; somos casi hermanos. Déjame ir con los míos. Deja que al menos muera en el seno de mi familia. Tú y yo somos casi hermanos.

—¡No! ¡no! ¡no! —repitió el perseguidor. Entonces el zorro se estiró de manera que, aunque sentado, ahora estaba erguido. Acercó el hocico, hermoso y puntiagudo, al pecho, que también tenía herido, levantó los ojos y miró al perro en la cara. Con voz completamente distinta, tensa y amarga, gruñó:

—¡No tienes vergüenza, traidor!

—¡No! ¡no! ¡no!—ladró el perro. Pero el zorro prosiguió:

—¡Desertor, renegado! —su cuerpo herido estaba rígido por el desprecio y el odio que lo animaba—. ¡Espía! —agregó entre dientes—. ¡Canalla! Nos persigues hasta el punto mismo donde Él jamás podría encontrarnos de no ser por tu intervención. Nos traicionas a nosotros, tus parientes; a mí, que casi soy tu hermano. ¡Cómo puedes mirarme sin avergonzarte!

Al momento varias voces de los contornos se unieron a la del zorro.

—¡Traidor! —gritó la urraca, desde un árbol.

—¡Espía! —graznó el grajo.

—¡Canalla! —silbó la comadreja.

—¡Renegado! —gruñó el hurón. De cada árbol y arbusto llegaban chirridos, píos, gritos chillones, mientras desde arriba las cornejas graznaban:

—¡Espía! ¡Espía!

Todos se habían refugiado en sitios seguros, y desde las copas de los árboles o desde los escondrijos del suelo, presenciaban la escena. La furia del zorro había desatado en ellos una ira llena de amargura. Y la sangre que manchaba la nieve y vahaba delante de sus ojos, les enloquecía hasta el punto de hacerles olvidar toda prudencia.

El perro miró a su alrededor.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó—. ¿Qué queréis de esto? ¿De qué estáis hablando? Todo pertenece a Él, lo mismo que le pertenezco yo. Y yo, le amo. Yo le adoro y le sirvo.

¿Creéis acaso que unas pobres criaturas como vosotros pueden oponerse a Él? Él es todopoderoso; Él está muy por encima de todos vosotros. Todo lo que tenemos, nos viene de Él. Todo lo que vive o crece es de Él.

El podenco está trémulo de exaltación.

—¡Traidor! —gritó la ardilla con voz penetrante.

—¡Sí, traidor! —dijo el zorro con voz silbante—. No hay otro traidor más que tú, sólo tú.

El perro se paseaba agitado; su devoción hacia Él le ponía fuera de sí.

—Sólo yo, ¿eh? —dijo—. ¡Mientes! ¿No hay muchos otros de parte de Él? El caballo, la vaca, la oveja, la gallina, muchos, muchísimos de vosotros y de vuestra raza está de parte de Él, y le adoran y le sirven.

—Esos que nombras no son más que pura canalla —gruñó el zorro, lleno de inmenso desprecio.

Entonces el perro no pudo contenerse más y saltó a la garganta del zorro. Gruñendo, echando espuma por la boca, gañendo, rodaron por la nieve, convertidos en una masa que se movía frenética, salvajemente, de la que se desprendían mechones de pelo. La nieve se levantaba en verdaderas nubes salpicadas con manchas de sangre. Al fin el zorro no pudo luchar más. Segundos más tarde yacía echado de espaldas, el blanco vientre al aire. Se estremeció; luego quedó rígido, muerto.

El perro lo sacudió varias veces; después lo dejó caer sobre la nieve pisoteada. Entonces se plantó junto al muerto, y empezó a llamar con fuerza:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Está aquí!

Los demás, horrorizados, huyeron en todas direcciones.

—¡Qué horrible! —dijo Bambi a su compañero.

—Lo más horrible de todo —contestó el viejo ciervo— es que los perros creen sinceramente lo que acaba de decir este podenco. Creen en eso, y se pasan la vida con miedo; odian al amo y se odian a sí mismos, y sin embargo serían capaces de morir por Él.

CAPÍTULO XXIV

El frío cesó, y en pleno invierno se produjo una tregua de temperatura calurosa. La tierra bebió grandes cantidades de nieve derretida, de manera que en muchas partes se podía ver otra vez el suelo oscuro, formando contraste con la blanca sábana de nieve. Los mirlos todavía no cantaban, pero cuando levantaban vuelo del suelo, adonde bajaban en busca de gusanos, o cuando revoloteaban de rama en rama pasando de uno a otro árbol, soltaban un prolongado silbido, lleno de júbilo, que era casi un canto. El pájaro carpintero empezó a charlar un poco. Urracas y cornejas se hicieron más parleras. Los paros chirriaban con más alegría. Y los faisanes, bajando de sus nidos, se ponían a alisarse las plumas soltando sus cacareos guturales y metálicos.

Esa mañana Bambi andaba vagando como de costumbre. En el gris amanecer llegó al borde de la zanja. Al otro lado de la misma, donde había vivido antes, había algo que se movía. Bambi permaneció oculto en la espesura, atisbando. Un ciervo se paseaba de un lado para el otro, buscando los sitios donde la nieve se había derretido, y mordisqueaba el poco pasto que ya, tan temprano, había brotado de la tierra.

Bambi quiso volverse al punto e irse de ahí, pues acababa de reconocer a Falina. Su primer impulso fue saltar hacia adelante y llamarla. Pero se quedó en el mismo sitio, como si hubiese echado raíces. Hacía mucho tiempo que no la veía. El corazón empezó a palpitarle con fuerza. Falina se movía con movimientos lentos, como si estuviese cansada y triste. Ahora se parecía a su madre; el parecido con la tía Ena era notable. Bambi reparó en ello con dolorosa sorpresa.

La cierva levantó la cabeza y miró hacia donde él estaba, como si se hubiese dado cuenta de su presencia. Bambi sintió otra vez el deseo de avanzar, pero se quedó inmóvil, titubeando incapaz de moverse.

Veía que Falina había envejecido y que su pelo era gris.

—La alegre, la vivaracha Falina —pensó—. ¡Qué alegre era cuando jovencita! ¡Y qué llena de vitalidad!

Bambi creyó ver delante de sus ojos toda la juventud, ya pasada. Vio la pradera, los senderos por los que solía pasear con su madre, los juegos felices con Gobo y Falina, los simpáticos saltamontes y mariposas, la lucha con Karus y Roño, cuando ganara a Falina por derecho de conquista. se sentía feliz otra vez, y sin embargo estaba temblando.

Ella, mientras tanto, iba caminando lentamente, llena de tristeza, con la cabeza gacha. En ese momento el ciervo sintió que la amaba con un amor inmenso,

lleno de intensa melancolía. Sintió deseos de atravesar la zanja que le separaba de los demás, mediante un salto. Quería alcanzarla, hablar con ella, recordar a su lado la juventud que pasaran juntos y todo lo que había sucedido.

Pero se quedó mirándola por entre las ramas mientras ella se alejaba lentamente, hasta que terminó por perderla de vista.

Bambi permaneció mucho tiempo en el mismo sitio, mirando al lugar por donde su amada acababa de alejarse.

Y de pronto se produjo un estampido parecido al del trueno. El joven ciervo se estremeció.

El ruido procedía de un punto muy cercano, casi pegado a él. Se produjo un segundo estampido y enseguida un tercero.

Bambi se introdujo de un salto en la espesura; después se detuvo a escuchar. Todo estaba en calma. Con toda precaución, se deslizó hacia su escondrijo.

El viejo ciervo llegó al zanjón antes que él. Todavía no había entrado y estaba junto al tronco caído, en actitud expectante.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó con tal severidad que Bambi se puso serio.

—¿Oíste eso? —preguntó después, tras una pausa.

—Sí —contestó Bambi—. Sonó tres veces. Él debe de andar por el bosque.

—Con toda seguridad —asintió el viejo príncipe; y repitió con singular entonación:

—Él está en el bosque y nosotros debemos ir...

—¿Adónde? —se escapó de los labios de Bambi.

—Adonde Él está en estos momentos —dijo el viejo ciervo con voz que ahora era solemne. Bambi se sintió aterrorizado.

—No te asustes —agregó su protector y amigo—; ven conmigo y no temas. Me alegro de poder llevarte para que aprendas... —titubeó, y añadió en voz más baja—: antes de que yo me vaya.

Bambi le miró sorprendido. Y entonces, de repente, se dio cuenta de que estaba muy, pero muy viejo. Ahora tenía la cabeza completamente gris. Su cara estaba muy demacrada. La luz intensa se había extinguido de sus ojos, en los cuales había ahora un brillo débil, nebuloso, que daba la impresión de que estuviese ciego.

Bambi y el viejo ciervo no habían andado mucho cuando llegó a ellos ese olor acre que les llenaba el corazón de terror.

El primero se detuvo. Pero el viejo príncipe siguió avanzando en dirección al olor. Y aquél le siguió indeciso.

El terrible olor se hacía más y más intenso. Pero el ciervo seguía avanzando sin detenerse.

La idea de huir acudió a la mente de Bambi para agolpársele enseguida en perentorio deseo dentro del corazón. Pronto fue tan irresistible, que parecía una fuerza material, capaz de arrastrarle. Sin embargo, con un esfuerzo de voluntad se dominó, y siguió desde muy cerca los pasos de su protector.

Entonces el horrible olor se hizo tan fuerte que ahogó todos los demás; se hacía casi imposible respirar.

—Aquí le tienes: es Él —dijo el viejo ciervo haciéndose a un lado. A través de las ramas desnudas, Él yacía sobre la nieve pisoteada, a pocos pasos de donde se encontraban.

Bambi se sintió acometido de un terror irresistible; con un salto repentino, se decidió a ceder al deseo de escapar.

—¡Alto! —ordenó su amigo y protector. Bambi volvió la cabeza y le vio detenido junto a Él, que yacía inmóvil. Esto le llenó de asombro; y, movido por el deseo de obedecer tanto como por una intensa curiosidad, se acercó.

—Ven más cerca —dijo el viejo ciervo—. No temas. Allí estaba Él, con la cara pálida y sin pelos vuelta hacia el cielo, el sombrero caído junto a su cabeza, en la nieve. Bambi no sabía nada de sombreros y pensó que la horrorosa cabeza estaba partida en dos. La camisa del cazador furtivo, abierta en el cuello, estaba atravesada y por el agujero se veía una herida, parecida a una, pequeña boca roja. De ella manaba sangre lentamente. En la nariz y en la cabellera, la sangre empezaba ya a secarse. Y un pequeño lago del rojo líquido, junto al cuerpo sin vida, había derretido la nieve con su tibieza.

—Ya ves —dijo el viejo ciervo en voz baja—; podemos estarnos junto a Él sin correr el menor peligro.

Bambi miró el cuerpo yacente cuyos miembros y cuya piel eran para él tan misteriosos y terribles; y miró los ojos, que se habían quedado abiertos, en una mirada sin vida. No lograba comprender...

—Bambi —prosiguió el viejo príncipe— ¿recuerdas lo que dijo Gobo, lo que dijo el perro?

¿Recuerdas lo que todos piensan con respecto a Él? Bambi no pudo contestar.

—Ya ves —agregó—, ya ves cómo ahora yace aquí, muerto. Escúchame, hijo mío: Él no es todopoderoso como dicen. Todo lo que crece y vive no proviene de su poder. Él no está por encima de todo; es lo mismo que somos nosotros.. Tiene los mismos temores, las

mismas necesidades, y sufre en la misma forma. Puede ser muerto, como tú y yo, y cuando eso ocurre, yace impotente sobre la tierra como cualquier mortal, según lo estás viendo ahora.

Se produjo un silencio.

—¿Me entiendes, Bambi? —preguntó el viejo príncipe.

—Creo que sí —dijo él en un suspiro.

—Entonces, habla —ordenó su protector. Bambi se sintió inspirado; con voz trémula, dijo:

—Hay Otro que está por encima de todos: por encima de nosotros, y de Él.

—Ahora, puedo irme —dijo el viejo ciervo. se volvió, y los dos caminaron lentamente un trecho, el uno junto al otro.

Después el príncipe se detuvo junto a un alto roble.

—No me sigas más, Bambi —dijo con voz llena de serenidad—; me ha llegado la hora. Ahora debo ir en busca de un lugar para echarme a reposar.

Bambi trató de hablar.

—No digas nada —dijo el viejo ciervo interceptándole el uso de la palabra—; no hables. En la hora que para mí está próxima, nosotros los ciervos nos quedamos solos. Adiós, hijo mío. Te he amado entrañablemente.

CAPÍTULO XXV

El amanecer del primer día de verano llegó caluroso, sin viento, sin el frío que se sintiera hasta entonces a esa hora de la mañana. El sol pareció levantarse más rápidamente que de costumbre. Y brilló en el cielo azul como una antorcha, despidiendo rayos deslumbradores.

El rocío en la pradera y en los arbustos se secó rápidamente. La tierra estaba perfectamente seca, de manera que los terrones se deshacían bajo las pisadas. El bosque había permanecido en entera calma; sólo un pájaro carpintero martilleaba a intervalos, o las palomas expresaban sus ternezas en férvido e incansable arrullo.

Bambi se hallaba en un pequeño claro que formaba un recinto natural en el corazón de la floresta.

A la luz del sol, una bandada de moscas de agua revoloteaba zumbando alrededor de su cabeza.

Entre las hojas de los avellanos que estaban próximos a él, se oyó un zumbido grave; un enorme escarabajo apareció arrastrándose y luego emprendió pesadamente el vuelo... Voló entre las moscas, y después se elevó hasta alcanzar la copa del árbol donde pensaba dormir hasta la noche. Sus alas vibraban con fuerza en el aire.

Las moscas se dividieron para dejar pasar al escarabajo, y volvieron a cerrarse detrás de él. Su cuerpo color castaño oscuro, sobre el cual brillaban las alas transparentes y ruidosas, resplandeció un instante a la luz del sol y luego desapareció.

—¿Le habéis visto? —se preguntaron las moscas entre sí.

—Ese es el viejo escarabajo —dijeron otras—. Todos sus hijos han muerto. Sólo vive uno;

sólo uno.

—¿Cuánto tiempo vivirá? —preguntaron varias moscas. Otras contestaron:

—No lo sabemos. Algunos de sus hijos viven mucho tiempo. Viven casi eternamente... Ellos ven el sol treinta o cuarenta veces; no sabemos exactamente cuántas. Nuestras vidas son bastante largas; pero, así y todo, alcanzamos a ver la luz del día una o dos veces.

—¿Cuánto tiempo hace que vive el viejo escarabajo? —preguntaron algunas de las moscas más jóvenes.

—Sólo sabemos que ha sobrevivido a toda su familia. Es tan viejo como las montañas. Ha visto y pasado por más cosas en este mundo de lo que nosotros podemos siquiera imaginar.

Bambi pasó caminando.

“Zumbido de moscas —pensó—; zumbido de moscas.” Una débil llamada llegó a sus oídos.

Prestó atención y luego siguió avanzando, con toda suavidad, por la parte más espesa del bosque, moviéndose sin hacer el menor ruido, tal como aprendiera hacía ya mucho tiempo.

La llamada llegó otra vez, más plañidera, apremiante. Voces de cervatillos decían:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Bambi se deslizó a través de la espesura, avanzando en dirección a esas voces.

Dos cervatillos estaban el uno junto al otro; tenían el pelo rojizo. Eran hermano y hermana, y estaban allí, desamparados, abatidos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —llamaban sin cesar. Antes de que se diesen cuenta, Bambi estaba frente a ellos. Los pequeñuelos le miraron, incapaces de pronunciar palabra.

—Vuestra madre ahora no tiene tiempo para perderlo con vosotros —dijo severamente. Después miró al cervatillo en los ojos.

—¿No eres capaz de arreglártelas solo? —le preguntó. El cervatillo y su hermanita permanecieron callados. Bambi se volvió y, deslizándose por entre la espesura,

desapareció antes de que ellos hubiesen vuelto en sí de su estupor. Y siguió vagando.

“El pequeño me gusta —pensó—; tal vez vuelva a buscarle cuando sea mayor...”

Caminó otro trecho.

“Y la pequeñuela también es bonita —pensó luego—; Falina era como ella cuando pequeña.”

Así, caminando lentamente, desapareció por lo más denso del bosque.

FIN